PCE(r)

PCE(r)

LUCHA DE CLASES Y MOVIMIENTOS NACIONALES EN ESPAÑA

1983

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Lucha de clases y movimientos nacionales en España

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

http://www.abertzalekomunista.net

Albino Artigues
Editorial Contracanto
Herrera de la Mancha, agosto de 1983.

ÍNDICE

Breve introducción
1. Origen y desarrollo del Estado español
1.1 Las raíces históricas de España
1.2 La centralización de los reinos hispánicos
1.3 Hacia el Estado multinacional
1.4 El tardío despertar de la burguesía
1.5 Los conceptos de Estado y nación
1.6 España, estado multinacional
1.7 El nacionalismo en España
2. El nacionalismo reaccionario y clerical de la burguesía vasca
2.1 El origen del capitalismo en EuskalHerria
2.2 La aparición del movimiento nacionalista vasco
2.3 Un bastión del movimiento obrero
2.4 La etapa autonomista
2.5 Posición del Partido Comunista ante el problema nacional
3. Galicia: la lucha contra el feudalismo agrario
3.1 O Rexurdimento de Galicia
3.2 La liquidación del sistema foral y el regionalismo
3.3 El nacionalismo gallego y la revolución democrático-popular
4.El nacionalismo catalán en la encrucijada de la lucha de clases
4.1 Los comienzos de la industrialización y La Renaixença
4.2 La aparición del nacionalismo catalán
4.3 El radicalismo del movimiento obrero catalán
4.4 La lucha por el Estatuto de Autonomía
4.5 La resistencia antifascista y la formación del PSUC
5.Dos formas de entender la nación
5.1 El desarrollo monopolista y la nueva correlación de las fuerzas sociales
5.2 La lucha por el socialismo
5.3 El falso nacionalismo
5.4 El principio del derecho a la autodeterminación
5.5 El Partido Comunista y sus tareas generales más inmediatas
Bibliografía

Breve introducción

El presente trabajo, realizado en la prisión de Herrera de la Mancha por comunistas de Galicia, Euskadi y Catalunya, no persigue otro objeto que contribuir a fundamentar los principios básicos por los

que hasta ahora se ha venido guiando nuestro Partido en lo referente al problema nacional, así como delimitar claramente nuestras posiciones de las sostenidas por los grupos nacionalistas.

1. Origen y desarrollo del Estado español

La nación moderna, tal y como la entendemos hoy, es una categoría histórica determinada por la aparición del capitalismo. Decir esto no es negar la historia de la nación o limitarla a una época concreta. Toda nación —aun antes de constituirse como tal— tiene una historia e incluso una prehistoria, un cúmulo de realidades, de hechos sucesivos que van dando lugar a su formación.

Pero es en el proceso de liquidación del feudalismo y de ascenso del capitalismo cuando los hombres se constituyen en naciones.

Ha sido Stalin quien mejor y de forma más clara ha definido el concepto de nación:

> *La nación sólo se forma como resultado de un conjunto de relaciones duraderas y regulares, como resultado de una vida en común de los hombres, de generación en generación. Es decir, la nación es, ante todo, una comunidad de hombres, una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura* [...] *Por lo expuesto* —prosigue Stalin— *es necesario subrayar que ninguno de los rasgos indicados, tomados aisladamente, es suficiente para definir la nación; basta con que falte tan sólo uno de estos rasgos, para que la nación deje de serio. Por tanto, se comprende que la nación como fenómeno histórico se halla sujeta a la ley del cambio, tiene su historia y su fin*[1]. Tales son, en la concepción marxista, las bases sobre las que se asienta el nacionalismo y el desarrollo de la nación.

La aparición de la nación moderna es consecuencia de la formación de un marco económico propio, y las condiciones más idóneas para la formación de este marco se dan allí donde no existen barreras lingüísticas ni geográficas. Sin embargo, este desarrollo no va a ser igual en todos los casos. En los lugares donde la formación de las naciones coincidió con la formación de Estados centralizados, las naciones revistieron la forma estatal y se constituyeron como Estados nacionales burgueses.

---

[1] José Stalin: *El marxismo y el problema nacional.*

Por otra parte, nos encontramos con los Estados integrados por varias nacionalidades, es decir, Estados multinacionales. Este modo peculiar de formación de Estados, como también subraya Stalin, sólo podía tener lugar en las condiciones de un feudalismo todavía sin liquidar, en las condiciones de un capitalismo débilmente desarrollado. Cuando el capitalismo comienza a desarrollarse en estas naciones postergadas, que despiertan a una vida propia, ya no se constituyen en Estados nacionales independientes: tropiezan con la poderosísima resistencia que les oponen las capas dirigentes de las naciones dominantes, las cuales se hallan desde hace largo tiempo a la cabeza del Estado.

Este es el caso de los letones, ucranianos, georgianos, etc, en la Rusia zarista. Y es el caso también de los vascos, catalanes y gallegos en la España actual.

El Estado multinacional, que se ha originado en base al dominio de la clase dirigente de la nación hegemónica sobre las naciones más débiles, constituye, por tanto, la base histórica de la opresión nacional y de los movimientos nacionales.

4

Aunque más adelante hablaremos ampliamente de España como Estado multinacional, conviene adelantar que el concepto de España, desde su misma aparición en la historia, designa una realidad político-administrativa, y no la denominación que adopta una sola nación. Durante la Edad Media, existirán distintos Reinos en la Península Ibérica, y será más tarde, con la unificación estatal de la mayor parte de ellos, cuando se adoptará la denominación española. Sin embargo, hoy está universalmente admitido que esa misma denominación agrupa a cuatro naciones bien diferenciadas: la castellana, la vasca, la gallega y la catalana. España es, pues, un concepto de Estado, un concepto que designa una realidad estatal multinacional, y no una sola nación. Y así ha sido siempre, desde los comienzos mismos de nuestra historia.

1.1 Las raíces históricas de España

Con la conquista de la Península Ibérica por los romanos y su inclusión como provincia del Imperio, con el nombre de Hispania, se puede decir que los primitivos pobladores peninsulares entran en la historia. La romanización transformó completamente las formas de vida y organización social en todo el territorio, a excepción del norte, poblado por diferentes ramificaciones de tribus

cántabras, astures, galaicas y vasconas.

El diferente grado de desarrollo de los pueblos hispanos hizo que la cultura romana fuera asimilada con mayor o menor resistencia, con mayor o menor facilidad. En aquellas zonas donde eran ya escasos o nulos los restos del régimen gentilicio, y la propiedad privada estaba presente en todas las esferas de la vida social, las formas jurídico-sociales romanas se asimilaron con facilidad. Serían los pueblos del Norte, más atrasados con relación a los habitantes de las regiones mediterráneas y del Sur, los que mantendrían una resistencia permanente. Sus formas sociales radicalmente opuestas a las romanas —vida rural, administración de la tierra por la comunidad como principal forma de organización social, existencia de lazos gentilicios, diferencia mínima en cuanto a posesiones privadas, etc.— fueron factores decisivos para la oposición a Roma, que jamás pudo imponerse, hasta el punto de que los romanos tuvieron que establecer una frontera entre los pueblos del Norte y el resto de Hispania. La existencia de este límite, con fortificaciones y ejércitos permanentes, revela la preocupación de los romanos ante la amenaza constante que suponían las continuas rebeliones e intentos de expansión de los pueblos septentrionales.

A pesar de ello, la prolongada dominación romana en la Península aceleró la evolución natural de las tribus del norte. Cántabro-astures y galaicos recibieron las influencias de la cultura y formas sociales romanas, aceptaron el latín como lengua y, junto a él, múltiples aspectos de la vida romana. Los vascones se mantuvieron más reacios a estas influencias.

Tras la caída del Imperio Romano y la fijación definitiva de los visigodos en la Península, la totalidad de Hispania es incluida en la administración estatal visigoda. Sin embargo, cántabro-astures y vascones mantienen su oposición, persistiendo las diferencias entre una y otra cultura, entre unas formas y otras de organización social. Las mismas fronteras fortificadas que establecieron los romanos para combatir a estos pueblos continuaron con los visigodos. Estos se habían erigido en defensores de Roma; pasaron de ser bárbaros a defensores de la civilización; de feroces opositores, se transformaron poco a poco en paladines de todo lo que significaba la vieja Roma. Pertenecía al pasado la vitalidad que les dio la victoria sobre el Imperio Romano. Ahora, los visigodos eran incapaces de abatir la resistencia de los pueblos nor-peninsulares que por necesidades de supervivencia se enfrentaban persistentemente a su poder. En el año 711, cuando los musulmanes iniciaron su andadura por Hispania, Rodrigo, rey de los godos, se hallaba combatiendo las

revueltas del norte.

5

La rápida implantación del Islam en la Península obedece a la descomposición del endeble Estado Visigodo, en proceso de feudalización y minado por continuas luchas de banderías entre sectores de la nobleza. El régimen social musulmán, que aún conservaba formas democráticas junto con las peculiaridades feudales que lo animaban — combinación de la propiedad estatal sobre la tierra con la propiedad privada de artesanos y comerciantes—, es aceptado con regocijo por la mayoría de la población hispana. Únicamente en el norte de la Península Ibérica, la oposición al avance musulmán fue rotunda y no lograron someter a sus pobladores. Como anteriormente los romanos y visigodos, los árabes se limitaron a acciones de castigo y control militar, sin llegar en ningún momento a implantarse permanentemente en estas regiones septentrionales.

Precisamente entre esos pueblos se iniciaría el fenómeno mal llamado de la *Reconquista*. Este movimiento de expansión no se debió —como afirman los historiadores burgueses más reaccionarios y patrioteros— a que *la nacionalidad española existiera ya*. Su fuerza motriz no fue ninguna idea de *restauración nacional* o las motivaciones religiosas *congénitas al espíritu español*. La prueba más palpable de tal mixtificación es que la *Reconquista* se inició, concretamente, desde las zonas que habían ofrecido más tenaz resistencia a los sucesivos pueblos que dominaban la Península —romanos, visigodos y, ahora, musulmanes—, es decir, desde los pueblos menos *hispánicos*. Estos pueblos habían alcanzado al fin suficiente grado de maduración histórica como para hacer su expansión irrefrenable, en un momento en que Al-Andalus atravesaba una profunda crisis que terminó por fragmentarlo en varios Estados (taifas) independientes y enfrentados entre sí. Se trató, por tanto, de una conquista y no de una reconquista.

La expansión del primitivo reino astur fue resultado de la aparición en el mismo de nuevas y superiores formas sociales y económicas. Las peculiaridades históricas que confluyeron en la formación del reino astur caracterizaban su vitalidad. Una organización social marcadamente jerarquizada convivía con rasgos de la sociedad gentilicia. Y ello fue posible porque habíase formado en pugna con el Estado Visigodo. Fueron, pues, las necesidades militares, de defensa, las que dieron origen al reino astur. Lo constituyeron unos pueblos que, a la vez que alcanzaron formas de desarrollo económico y social superiores, se dotaron de un Estado de tipo feudal, producto de las guerras, conservando en buena medida las

viejas formas gentilicias. Esta síntesis, aparentemente contradictoria, fue la causa de su irrefrenable avance sobre los territorios de Al-Andalus. Las mismas o parecidas razones confluirían al poco en los otros principales focos de este movimiento: Navarra, Aragón y Catalunya.

Será tras la expansión inicial del reino astur y con la progresiva asimilación cultural de las formas económicas y sociales predominantes en las tierras conquistadas —León y Galicia—, cuando la nobleza y la Iglesia se atribuyan la continuidad con el reino visigodo. A partir de este momento surgirá la idea de la *Reconquista*, que no es otra cosa que una coartada ideológica pura y simple para justificar las guerras de rapiña emprendidas. Desde entonces, la *Historia oficial* de España va a ser una Historia muy peculiar, falseada desde sus albores para justificar los intereses de las sucesivas castas dominantes.

6

Con los movimientos de expansión de los pueblos del norte se inicia una larga época de luchas, aparición, fusión y desaparición de pequeños estados que culminaría en el siglo XIII con la conquista de los reinos de Valencia, Mallorca, Murcia y la mayor parte de la cuenca del Guadalquivir. En este siglo acaba la *Reconquista* para la mayoría de los reinos que se han consolidado políticamente durante los últimos trescientos años en la Península. Navarra, vuelve ahora su mirada hacia Francia, Aragón inicia su expansión por el Mediterráneo, y Portugal muy pronto comenzará también su aventura africana y atlántica. Únicamente Castilla mantiene la lucha contra el reino de Granada, con acciones militares que no pasan del pillaje, concluyendo por hacer a este reino musulmán tributario de su corona.

1.2 La centralización de los reinos hispánicos

A partir del siglo XIV, el inestable equilibrio social del feudalismo comienza a romperse en la mayoría de los países europeos. Todas las contradicciones incubadas en los largos siglos de consolidación del nuevo sistema comienzan a manifestarse de forma violenta. Arrecian en todas partes las luchas campesinas por liberarse de la servidumbre de la gleba y, sobre todo, las ciudades comienzan a enfrentarse decididamente contra las arbitrariedades y privilegios de la nobleza feudal.

Es el inicio de una crisis que ha de culminar en los Estados

centralizados y en las monarquías absolutas —Francia, Inglaterra, España— allí donde el equilibrio de fuerzas entre las nuevas clases ciudadanas y la vieja nobleza feudal no logra romperse en favor de unos u otros. Donde esto ocurre —en Italia a favor de las ciudades o en Alemania a favor de los viejos caballeros teutónicos— será imposible la centralización.

En los territorios europeos donde se consolidan, a partir de los siglos XV y XVI, las monarquías absolutas, los campesinos alcanzan su liberación de la servidumbre, y las dos fuerzas fundamentales en pugna, ciudades y nobleza, cederán su independencia y muchos de sus privilegios políticos a favor de las viejas monarquías feudales, que se erigen así en árbitros de la contienda.

Esta crisis general del feudalismo —una crisis que revela la aparición de formas sociales en su seno que exige nuevos cauces para su desarrollo— afectará de forma peculiar a los reinos peninsulares y su incidencia será distinta en cada uno de ellos.

Veamos qué ocurre, durante estos siglos de grandes convulsiones sociales, en los dos reinos peninsulares que van a protagonizar esa unificación: Aragón y Castilla.

La Corona de Aragón está constituida en esta época por una federación de cuatro reinos: Aragón, Catalunya, Valencia y Mallorca. Con la conquista de Levante y el fin de la guerra contra los musulmanes, en el siglo XIII, todo su potencial económico y militar se volcó hacia el Mediterráneo. Barcelona se convirtió en su principal puerto y, con Valencia, en una importante ciudad mercantil, competidoras ambas de las ciudades italianas.

7

Si bien el siglo XIV es de plena expansión, la caída demográfica de finales de siglo causada por la peste negra y, sobre todo, el inicio de la crisis comercial que provoca el avance turco en el Mediterráneo, traerá como consecuencia una profunda crisis económica, social y política que culminará en la guerra civil de 1462-1472. En ella se enfrentan, de una parte, los campesinos y las nuevas clases ciudadanas de productores y exportadores; y de otra, la vieja nobleza feudal y la aristocracia mercantil de los importadores. Los payeses de remença consiguen su liberación, pero el triunfo político es para la monarquía, que logra someter a la nobleza y, en vista de que el mercado mediterráneo se ha cerrado —Constantinopla caería en manos turcas en 1453—, vuelve los ojos al mercado castellano como única posibilidad de relanzamiento económico, apoyando los intereses de la *Biga*, el partido de las nuevas clases ciudadanas que ha luchado junto al rey en la guerra. El fin de la

guerra civil coincide con el matrimonio de Fernando e Isabel, herederos respectivos de las coronas de Aragón y Castilla.

En Castilla las cosas ocurren de otro modo. La fusión definitiva de Castilla, León y Galicia a comienzos del siglo XIII —Portugal había iniciado el siglo anterior su andadura histórica independiente— da un fuerte impulso a la *Reconquista*, pero en las últimas décadas del siglo el Reino manifiesta claras muestras de agotamiento. Se paralizará durante dos siglos la lucha contra el último bastión musulmán en la Península: el Reino de Granada. En el siglo XIV se impulsa la repoblación de amplias zonas peninsulares y se inicia un largo período de convivencia pacífica de tres culturas: cristiana, judía y musulmana; prospera la vida ciudadana y la Mesta comienza a tener fuerza. Es precisamente el comercio de la lana lo que va a permitir a Castilla, en un momento de profunda crisis en el comercio mediterráneo, tomar posiciones de privilegio en la ruta comercial del Cantábrico, que se abre próspera en el siglo XV. Este mismo comercio de la lana impulsa las ferias en el interior, una incipiente producción textil y el desarrollo y prosperidad de las ciudades, no sólo las exportadoras del tipo de Bilbao y Burgos.

Mientras esto ocurre, son continuas las luchas entre la nobleza feudal y se agudizan sus enfrentamientos con las ciudades. El primer conflicto serio entre ciudades y nobleza se da ya a finales del siglo XIV, en el reino de Pedro I. El asesinato del rey refuerza la hegemonía política de la alta nobleza ligada a los intereses ganaderos de la Mesta: comienza en Castilla la persecución de los judíos. Aun así, durante el siglo XV las ciudades consolidarán su propia milicia, la Santa Hermandad, para contener los desmanes de la turbulenta nobleza. Y apoyarán, en la guerra civil de sucesión (1469-1479), a Isabel la Católica contra la nobleza más recalcitrante. Por lo demás, su peso en la vida económica del reino era cada vez mayor.

Así pues, en el siglo XV Castilla se encuentra en plena expansión. La crisis de estos siglos no la ha debilitado. Al contrario, se han fortalecido las nuevas clases urbanas, es floreciente el comercio de la lana —la mejor producción posible de valor económico internacional en la Europa arruinada de entonces—, se inicia la producción textil y aún Castilla disputa a Portugal la otra ruta comercial que comienza a despuntar: la atlántica y africana. Estos intereses encontrados iban a impedir precisamente la unidad con Portugal, que en la guerra de sucesión al trono de Castilla apoyará al bando que se opone a la coronación de Isabel la Católica. Lo que para Aragón —su unidad con Castilla— era un problema de

supervivencia, para Portugal representaba ya a estas alturas un conflicto de intereses, de reparto de influencias.

8

La centralización de los reinos hispánicos —pronto se conquistará Granada y Navarra será anexionada mediante un golpe de mano un poco más tarde— en las testas coronadas de Isabel y Fernando se produce en un momento de máximo apogeo económico y demográfico de Castilla, y tanto la nobleza como las ciudades ceden de grado o por fuerza su independencia política en favor de un poder centralizado. Pero la inestable conjunción de fuerzas sociales y económicas, que ha hecho posible la formación de esa monarquía absoluta, cambiará muy pronto. Los campesinos han logrado liberarse de la servidumbre tras largas luchas, igual que en Catalunya, y las ciudades han alcanzado el máximo desarrollo económico y demográfico hasta entonces. El equilibrio se romperá, finalmente, primero a favor de la Iglesia, que en pocos años recuperará el terreno perdido en dos siglos de desprestigio; y muy pronto también en favor de la nobleza, que saldrá tremendamente fortalecida, económica y políticamente, de la conquista de Granada, y a la que favorece sobremanera el próspero comercio de la exportación lanera y los privilegios de la Mesta. Por el contrario, la expulsión de los judíos debilitará a las clases urbanas, que incluso verán descender su poderío político y económico tras las medidas decretadas por los Reyes Católicos, como la imposición de corregidores reales en los ayuntamientos, la limitación de la cantidad de lana disponible para los talleres, etc.

Castilla es la fuerza hegemónica en la unificación y en Castilla se están planteando los conflictos sociales que van a dilucidar el futuro de la monarquía absoluta y del Estado recién inaugurado. A pesar de la expulsión de los judíos y del apoyo de los Reyes Católicos a los exportadores laneros, las ciudades castellanas mantienen un desarrollo progresivo en las primeras décadas del siglo XVI y surgen algunos centros manufactureros de tejidos en el interior. Hasta que el conflicto entre la nobleza más reaccionaria, partidaria de una política imperial y militarista que refuerce su hegemonía social, y las ciudades, que plantean una política de protección aduanera y de desarrollo de la producción interior, estalla con fuerza inusitada. La negativa de las ciudades castellanas a pagar los impuestos exigidos para la coronación de Carlos V como Emperador marca el inicio de la guerra civil. Tras dos años de lucha, los Comuneros serán aplastados en Villalar. El triunfo de la orientación política imperial y militarista en la recién estrenada monarquía absoluta estaba asegurado, y con él la hegemonía social y económica de las castas

feudales más reaccionarias, la nobleza y la Iglesia, que se van a erigir en gendarmes de Europa.

Un imperio se alzaba sobre el cadáver de las fuerzas sociales progresistas y de las libertades medievales de las ciudades castellanas. En Villalar se decapitó también, junto a los jefes comuneros, toda posibilidad de un desarrollo natural y progresista de la sociedad castellana. Su decadencia era únicamente cuestión de tiempo.

1.3 Hacia el Estado multinacional

¿Cómo podemos explicar que precisamente en el país donde la monarquía absoluta se desarrolló en su forma más acusada antes que en todos los demás Estados feudales, jamás haya conseguido arraigar la centralización? Esta pregunta se la hace Marx al exponer los orígenes del Estado español. Y, como él mismo subraya, *la respuesta no es difícil*, cuando lo que se pretende es una explicación científica de la historia, y no las burdas preguntas de la historiografía oficial. En la respuesta a esta pregunta está la clave de lo que sucedió en España en los siglos siguientes, su profunda decadencia y atraso y, sobre todo, el fracaso en la modernización del Estado y en el modo de producción.

9

Fue en el siglo XVI —dice Marx— cuando se formaron las grandes monarquías, que se erigieron en todas partes sobre la base de la decadencia de las clases feudales en conflicto: la aristocracia y las ciudades. Pero en los otros grandes Estados de Europa la monarquía absoluta se presenta como un centro civilizador, como la iniciadora de la unidad social... hasta permitir a las ciudades trocar la independencia local y la soberanía medievales por el dominio general de las clases medias y la común preponderancia de la sociedad civil. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se hundía en la decadencia sin perder sus privilegios más nocivos, las ciudades perdían su poder medieval sin ganar en importancia moderna.

Así, la vida local de España, la independencia de sus provincias y de sus municipios, la diversidad de su vida social, basada originalmente en la configuración física del país y desarrollada históricamente en función de las diferentes formas en que las diversas provincias se emanciparon de la dominación mora y crearon pequeñas comunidades independientes, se afianzaron y

acentuaron... Y como la monarquía absoluta encontró en España elementos que por su misma naturaleza repugnaban a la centralización, hizo todo lo que pudo para impedir el crecimiento de intereses comunes derivados de la división nacional del trabajo y de la multiplicidad de los intercambios internos, única base sobre la cual puede crearse un sistema uniforme de administración y de aplicación de leyes generales. Así pues, la monarquía absoluta en España, que sólo por encima se parece a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser clasificada más bien, junto a las formas asiáticas de gobierno. España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a su cabeza... si bien el gobierno era despótico no impidió que subsistiesen las provincias con sus diferentes leyes, costumbres, monedas, banderas militares de colores distintos y sus respectivos sistemas de contribución[2].

La unidad que se ha logrado de todo el territorio peninsular (exceptuando Portugal, con quien se llegará en tiempos de Felipe II a una unidad puramente nominal y efímera, de la que saldrá además muy perjudicada esta nación) es solamente formal; las medidas político-administrativas son insuficientes para crear unos intereses comunes y un mercado nacional. Al contrario, cada reino conservará las instituciones de gobierno propias, Cortes, Fueros, etc. Existen impuestos aduaneros para pasar de un reino a otro y diferentes monedas para el intercambio. La pervivencia de todas estas rémoras es posible porque falta el elemento dinamizador, moderno, en la sociedad de los distintos reinos: la burguesía.

La nobleza rancia, el patriciado urbano y la Iglesia mantienen e incrementan su poder económico e incluso ganan influencia política al servicio de la corona y sus aventuras militaristas. En la guerra de las Comunidades se habían enfrentado dos concepciones: una política imperialista y aventurera, contra una política partidaria del proteccionismo económico. Esta última es derrotada y con ella es derrotada una burguesía naciente, demasiado débil aún como para continuar su lucha contra el poder económico y militar más fuerte y reaccionario de Europa. Esto ocurría en Castilla. Respecto a la burguesía que despunta en Catalunya, se hará también todo lo posible desde el poder para impedir su despegue económico, negándole la participación en el comercio americano y manteniendo las trabas para el comercio peninsular.

10

La monarquía absoluta surgida de la centralización no hubiera

[2] Carlos Marx: *Revolución en España.*

logrado imponer su política sin el descubrimiento y la esquilmación de América. Únicamente el oro americano le permitió dar continuidad a sus campañas contrarreformistas en Europa, en consonancia con la herencia ideológica de la *Reconquista*, y volver la espalda al desarrollo económico peninsular y a las clases que lo hubieran hecho posible. La corona reservó para sí el monopolio del comercio de las Indias e impidió que este tráfico de mercancías favoreciera a las diversas ciudades y reinos, si exceptuamos Sevilla. El monopolio de Indias, en vez de favorecer, perjudicaría la integración de los diversos reinos, al facilitar a la monarquía una política económica sin base real de desarrollo. La bancarrota económica era ya un hecho en la segunda mitad del siglo XVI. Y así, en vez de hacer frente a los *elementos que por su misma naturaleza repugnaban la centralización* de la única manera posible, mediante el desarrollo económico y la creación de un mercado nacional, estaba favoreciendo su pervivencia.

Cada vez más, la monarquía absoluta se parecía *a las formas asiáticas de gobierno*, y, como en Turquía, únicamente ataca la autonomía de los diversos reinos cuando ésta se opone a sus intereses directos, permitiendo de buen grado la supervivencia de sus instituciones en tanto que éstas le eximen del deber de hacer algo y le evitan la molestia de ejercer la administración con regularidad.

Mientras en Europa la *razón* empezaba a abrirse paso como fórmula de progreso, florecían la ciencia y la técnica y se daba un gran desarrollo de las fuerzas productivas con el establecimiento general de industrias manufactureras —inicio del régimen capitalista—, en España predomina la fuerza bruta como argumento, la negación de todo desarrollo industrial, científico y técnico, de toda idea renovadora. En resumen: el estancamiento, la intolerancia y el despotismo feudal más sangriento.

En el transcurso de los siglos XVI y XVII, Asturias, León, Andalucía, Aragón, etc., fueron perdiendo las peculiaridades que mantenían en el momento de la formación de la monarquía absoluta de los Reyes Católicos. Pero ni siquiera en estas regiones hubo un proceso natural de integración en una unidad nacional superior. Fue más bien un proceso de castellanización, y en no pocas ocasiones realizado de forma violenta (caso de Antonio Pérez en Aragón, expulsión de los moriscos...) En cambio Galicia, EuskalHerria y Catalunya, atrincheradas en sus tradiciones, mantendrían y acrecentarían aún más su estructura económica y social peculiares, conservando su propio idioma.

En Galicia, de espaldas a la Península, se acentuará la ruralización social y económica de sus gentes, con una estructura fuertemente feudalizada. El País Vasco, que pierde su preponderancia en el mercado lanero, mantiene los astilleros, la pesca y las ferrerías; la participación de sus fabricantes y comerciantes en la esquilmación de las colonias americanas y en su comercio es marginal, lo que agranda sus diferencias estructurales con el resto de la Península, más que borrarlas. Lo mismo ocurre en Catalunya, apartada a su pesar del comercio americano, pero para la que el Mediterráneo se ha puesto de nuevo a su alcance, a causa, precisamente, de la política imperial de los Austrias: al mismo tiempo, la creciente producción mercantil va minando sus estructuras gremiales.

El siglo XVII marca el inicio de las revoluciones burguesas y de la formación de los primeros Estados nacionales en Europa. Es el momento en que el poderío militar del imperio toca a su fin. Se intenta paliar la decadencia y la crisis extendiendo el pago de tributos a los reinos no castellanos, determinación que ya únicamente estimulará las luchas y rebeliones. Sectores de la burguesía e incluso de la nobleza intentan cambiar el rumbo económico y social del país, y en Catalunya tendrá que aplastarse la primera rebelión, coincidiendo con el final de la Guerra de los Treinta Años. Catalunya veía entonces mejor aliado para sus intereses en Francia que en España.

11

El siglo XVIII se inaugura con una nueva sublevación en Catalunya. En España, a diferencia de los países europeos en que la revolución burguesa está en marcha y existe un comercio y una industria desarrollados, aún pervive una economía basada principalmente en la agricultura, y la exportación se reduce a productos agrícolas. Las pocas manufacturas que existían en el siglo XVI fueron desapareciendo paulatinamente. Únicamente en Catalunya y Euskadi han arraigado núcleos burgueses de fabricantes. Ellos son los que, en Catalunya, se opondrán con más fuerza a los proyectos centralizadores de los Borbones, al abrirse la crisis dinástica de principios de siglo. El aplastamiento de la rebelión catalana tiene su epílogo esta vez en la pérdida de todas sus prerrogativas feudales.

En 1716 se publica el Decreto de Nueva Planta por el que se derogan los Fueros de Aragón, Catalunya, Valencia y Mallorca y se relega a estos reinos a categoría de *provincias*. Los virreyes son sustituidos por capitanes generales y sus instituciones de gobierno autónomo son abolidas. Al acabar con los derechos forales, los municipios empiezan a regirse por leyes castellanas, los corregidores son castellanos y la lengua castellana es impuesta por decreto en todas

las instituciones y organismos de lo que ya comienza a configurarse como el Estado español. Pero el decreto de Nueva Planta es ya a estas alturas, después de dos siglos y medio de "unidad", más un castigo a la burguesía catalana que un intento serio de unificación nacional y estatal.

Los propósitos centralizadores de los Borbones llegan, pues, demasiado tarde. En Europa, el proceso unificador benefició sobre todo a una clase burguesa en ascenso, que acabaría derrotando al poder feudal y legislando de manera favorable la unidad nacional y las relaciones económicas acordes a sus intereses de clase. En España, por el contrario, la reunificación de los reinos feudales y la configuración del Estado moderno coartaron el desarrollo económico y de las clases progresistas de la sociedad. Como dice Marx, *mientras la aristocracia se hundía en la decadencia sin perder sus privilegios más nocivos, las ciudades perdían su poder medieval sin ganar en importancia moderna*. La unificación acabó por convertirse en la imposición de una nación, la castellana, atrasada y senil, sobre la burguesía periférica que a duras penas había logrado pervivir a estos siglos.

Y así la política borbónica, por demás inconsecuente, pretendió dar solución a algunas de las exigencias seculares de la clase burguesa (disolución de la Mesta, libertad de fabricación, abolición del monopolio comercial con América, reformas administrativas...) cuando la burguesía estaba ya más pendiente de lo que pasaba en Francia y de su revolución, que del reformismo trasnochado de los Borbones.

1.4 El tardío despertar de la burguesía

El siglo XIX es el siglo en que las revoluciones burguesas se generalizan por toda Europa. El siglo también en que Italia y Alemania consiguen su unidad nacional y se configura, a grandes rasgos, el mapa europeo moderno. En España, las intentonas revolucionarias se suceden, y en ellas —se puede decir que por primera vez— participa unida la burguesía de todo el Estado. Pero cuando el siglo termina, España se encuentra dividida en cuatro naciones claramente diferenciadas y tres de ellas reclamando para sí plenos derechos nacionales, pisoteados por un Estado que les niega el pan y la sal, el derecho a su propia existencia como nación. Ese mismo Estado, reaccionario y despótico, que ha sido precisamente su nodriza a lo largo de los siglos. Tenemos que volver

a preguntarnos: ¿cómo ha sido esto posible?

12

Hemos analizado los avatares de la burguesía en España durante los tres largos siglos de monarquía absoluta. El siglo XIX comienza para la burguesía con un proyecto revolucionario definido en lo fundamental por el liberalismo. Pero una cosa son los proyectos políticos e ideológicos y otra muy distinta las fuerzas con que se cuentan para ponerlos en práctica.

A principios de siglo, muchos intelectuales burgueses tenían bien asimilada la experiencia jacobina y su clase se aprestaba decidida a barrer con el absolutismo. Pero la realidad económica era muy distinta en los albores de la España liberal que en la Francia jacobina. Mientras en Francia la producción capitalista tenía ya unos firmes cimientos históricos y peso económico, y la ideología burguesa había calado en amplias capas de la población, en España apenas se había dado un paso en esta dirección. Los núcleos progresistas burgueses eran minoritarios, la producción capitalista insignificante en el contexto económico del Estado y los agitadores liberales escasamente influyentes entre las masas populares. Salvo para un puñado de individuos, España continuaba en lo ideológico viviendo de las *glorias* barrocas, calderonianas y tridentinas, cuando Europa entera había participado en la elaboración de La Enciclopedia o la estaba asimilando.

En este contexto, la invasión napoleónica vino a complicarlo todo. La lucha de resistencia contra el invasor removió hasta sus cimientos a la sociedad española. Todas las capas populares participaron en esta lucha con un entusiasmo y una creatividad política y militar únicamente superados en nuestra historia por el Frente Popular y la guerra antifascista y patriótica de 1936-1939 (pero ya en otras circunstancias y dirigidas por otra clase social: el proletariado).

En la Guerra de la Independencia, las ideas estaban únicamente en la cabeza de unos pocos burgueses, mientras que los fusiles estaban en manos de todo el pueblo, que tan sólo había oído recitar hasta entonces las cantinelas imperiales y religiosas. La única ideología subyacente en esta guerra y capaz de aglutinar tan vasto movimiento, estaba configurada, de una parte, por ideales patrióticos y, de otra, por la defensa de la religión contra el racionalismo que representaban los invasores. Hasta el punto de que en la Constitución de Cádiz, donde se habían refugiado el puñado de hombres esclarecidos, hubo que proclamar a la religión

católica como la religión oficial del Estado.

La escasa influencia política e ideológica de la burguesía en un momento tan crítico hacía patente su gran debilidad. La sociedad estaba viva y se demostró en la guerra. Pero faltaba una clase con capacidad para ponerse a la cabeza y conducirla por el camino del progreso. Y no sólo esto. El enemigo, el Estado absoluto borbónico, era un cadáver hediondo, como se demostró también en la guerra, que estaba exigiendo, por su ineficacia y por la decadencia y pusilanimidad de las clases que lo sustentaban, la mano firme de un sepulturero. El sepulturero no existía y el cadáver continuó descomponiéndose al sol de las siguientes décadas del siglo.

13

La Guerra de la Independencia había unido a la burguesía y a todos los pueblos de la Península. Esta unión de todas las clases progresistas de la sociedad se va a mantener en la lucha de los liberales contra el absolutismo. Catalanes, vascos, gallegos, participan junto a la burguesía madrileña y andaluza en un proyecto común de Estado democrático, capaz de crear la unidad económica, social y nacional que no se había logrado en tres siglos de absolutismo.

Pero es sabido que el entusiasmo revolucionario de la burguesía sólo dura mientras están en disputa los beneficios de la explotación capitalista. Y así ocurrió que, con el inicio del despegue industrial y las tibias reformas arrancadas al absolutismo a raíz de la muerte del indeseable narizotas Fernando VII, el *pasteleo* con la aristocracia feudal y sus espadones se hizo norma política para esta clase. Así, no hubo ruptura de la burguesía con el sistema feudal en el campo ni en la administración estatal o el ejército, ni siquiera, por supuesto, en el terreno ideológico. En la primera mitad de siglo a causa de su debilidad económica y política, y en la segunda mitad a causa de su propio pánico ante el proletariado naciente, la burguesía no supo hacer por sí sola su revolución en España ni modernizar la sociedad y el Estado. Mientras, el desarrollo desigual en la Península acentuaría las diferencias nacionales entre Catalunya, Euskadi y Galicia. El fracaso de la revolución burguesa clásica había propiciado el mantenimiento de un Estado multinacional.

Pero veamos qué sucedió en la I República con el proyecto federal. Es ésta la segunda gran crisis de un siglo plagado de intentonas revolucionarias y de golpes contrarrevolucionarios.

En cada período revolucionario se habían ido ampliando

paulatinamente las perspectivas de desarrollo capitalista y de acumulación de capitales. Se deslindó definitivamente el binomio productores-medios de producción; se inició el desarrollo capitalista con las clases más reaccionarias usufructuando todos los grandes beneficios. Surge así la gran burguesía agraria, propietarios seculares de la tierra, que convierten en propiedad capitalista. Las desamortizaciones habían atraído también a la burguesía usuraria y a algunos industriales burgueses, que se convirtieron en terratenientes. La gran masa campesina, abandonada en su miseria, se convirtió en proletariado agrícola, campesinos sin tierra. Por contra, el lento proceso de la industrialización se llevó a cabo en zonas muy localizadas, allí donde existían fuentes de materias primas o donde tradicionalmente se habían situado los centros de acumulación de capital. Por tanto este primer desarrollo capitalista no se realizó en un marco común a todo el territorio del Estado, sino que la debilidad de la burguesía y el desarrollo desigual limitó esos avances a regiones muy localizadas de la periferia peninsular, sobre todo a Catalunya y Euskadi. Es en esta situación como surge el republicanismo, con un fuerte componente federal, como último intento de conciliar en un marco común realidad tan compleja.

La agravación de la situación política internacional —son los momentos de la Comuna de París—, la liberación paulatina de las colonias y las guerras coloniales, unido a la dependencia económica y financiera del exterior en un momento de aguda crisis económica internacional, hicieron surgir graves contradicciones entre la burguesía comercial aliada a la nobleza terrateniente y las burguesías industriales periféricas, especialmente la catalana. Se había dado la licencia a Isabel II, y Amadeo de Saboya se la iba a tomar muy pronto por su cuenta. Con éste eran tres los reyes expulsados en España de la cúspide del Estado y del país, amén de dos regentes, muestra clara este récord del *profundo sentimiento monárquico del pueblo español*. La República era, pues, la única solución viable a tan aguda crisis social e institucional.

14

La República ponía otra vez sobre el tapete peninsular el problema histórico fundamental de la época: la necesidad de la revolución burguesa, tarea a la que había renunciado la alta burguesía comercial y usuraria, los hijos del viejo liberalismo. No así la burguesía industrial republicana, cuya supervivencia llegó a verse ahogada por la orientación económica gubernamental del librecambismo, por la pérdida de la mayor parte de las colonias americanas y por su marginación de los organismos de decisión del Estado.

Ahora esta burguesía revolucionaria, apoyada en las clases medias, había tomado el poder. El débil desarrollo capitalista provocará que por sí sola esta burguesía sea incapaz de mantenerse en él, lo que va a condicionar el futuro de la República. Pese a los esfuerzos de Pi i Margall, que en un momento llegó a tener todo el poder en sus manos, la República no supo dotarse de una base popular. Para ello tenía que haber abordado la radical expropiación de los latifundios y el mejoramiento de las condiciones de vida de las masas trabajadoras. Pero el miedo de la burguesía industrial a las masas populares pudo más que el peligro de la contrarrevolución, a la que ni siquiera se había arrebatado su instrumento más eficaz: el Ejército. El proletariado había comenzado a jugar un papel importante en el marco de la lucha de clases de la época, dando sus primeros pasos en el terreno de la organización y la actuación política independiente. Pero la burguesía, dando pruebas una vez más de su timoratería, no supo ni quiso tener en cuenta a este importante aliado en potencia, a no ser para reprimirle y temblar ante él.

La I República estaba fracasando, como el viejo liberalismo, en sus intentos de dotarse de una amplia base social, y ello agravaba las tensiones entre sus dirigentes, que se sucedían impotentes al frente de los gobiernos. Al mismo tiempo, la gran burguesía y la aristocracia terrateniente aprendían la lección y cerraban filas, utilizando de nuevo al ejército para dar un golpe de Estado el 3 de enero de 1874. El *espadón* de turno fue el general Pavía.

En diciembre de ese mismo año, la unión política de estos dos sectores, hegemónicos en la economía, se materializa en la Restauración borbónica. Durante la misma, la unión política entre estas clases explotadoras favorecerá su fusión económica, dándose paso así a la formación de la oligarquía financiera-terrateniente: la vía española de desarrollo capitalista quedaba así consolidada.

1.5 Los conceptos de Estado y nación

Antes de seguir adelante, conviene que nos detengamos a analizar, siquiera sea someramente, los conceptos de estado y nación.

Para la formación de la nación es absolutamente necesario que se den una serie de condiciones (como la comunidad de idioma, de territorio, de economía, cultura, etc.), mientras que para la formación de un Estado, tal como hemos visto en el caso de España,

no son necesarias dichas condiciones, ya que un mismo Estado puede integrar diferentes nacionalidades con su idioma, economía, cultura, etc., diferenciados.

15

Al analizar nuestro caso, vemos incluso cómo el concepto de España se va formando paralelamente a la formación del Estado Moderno. A lo largo de toda la exposición histórica se ha utilizado el nombre de España —y el de su raíz etimológica, Hispania— lo más ajustado posible al uso y significado que tuvo en las diferentes épocas de nuestra historia. Trataremos, pues, de aclarar este concepto, dada la tendencia que existe a identificarlo con una sola nación, así como la de considerar a las naciones que conforman el actual Estado español como no *españolas*, como algo completamente ajeno a ese mismo Estado, lo que con frecuencia origina no pocos equívocos.

El concepto de España no ha permanecido inmutable a través de la historia, sino que ha evolucionado paralelamente al desarrollo de la sociedad, a medida que ésta se ha hecho más compleja y se han complicado las relaciones sociales. Y como es lógico, el contenido que las sucesivas clases dominantes han dado a este concepto respondía únicamente a sus intereses económicos, políticos y sociales, llenándolo de equívocos.

El propio nombre de España surge de la antigua denominación que el Imperio Romano dio al conjunto del territorio conquistado dentro de la Península Ibérica. Antes de la conquista de Roma, la Península carecía de la más mínima unidad. Es con la conquista por Roma cuando toma un carácter de *unidad*, al ser integrada como una provincia a la administración del Estado romano, y entonces se acuñó el nombre de Hispania para designarla.

Durante el período visigodo, el nombre de Hispania sigue designando a la Península, pero con una nueva acepción. Ya no es una provincia de Roma, sino un reino independiente, el reino con sede en Toledo, donde se halla enclavada la corte goda. Y los visigodos, para nombrar los territorios dominados y no dominados por ellos, utilizan el nombre de Spanie, resultado de la mezcla del vocablo latino Hispania con la influencia lingüística germana de los visigodos.

Con la llegada de los árabes y su afincamiento en la Península, este concepto entra en desuso. Sin embargo, al iniciarse la expansión y posterior conquista por los pueblos del Norte de los territorios musulmanes, hace de nuevo su aparición el nombre de Hispania o Spanie, recogiéndolo de la tradición visigoda.

Esta misma denominación perduraría a través de los siglos, junto a

la toponimia propia de cada uno de los distintos reinos. De ahí que, tras la formación de las monarquías absolutas, los reyes lo sean a la vez de cada uno de los reinos y, por extensión, reyes de *España*, vocablo generalizado en los medios mercantiles europeos.

Será a principios del siglo XVIII, en el reinado de Felipe V, cuando se lleven a cabo medidas administrativas que van a unificar bajo la hegemonía de Castilla los diferentes reinos en un Estado centralizado moderno, proceso que se había iniciado con los Reyes Católicos.

Así pues, el vocablo Hispania, reinos hispanos, etc., va evolucionando durante el proceso unificador hasta adoptarse el nombre de *España* como un concepto jurídico— administrativo de un territorio enclavado en un mismo Estado, al igual que siglos atrás hicieran los romanos. Insistimos, por tanto, en que el concepto de España ha quedado acuñado por la historia como denominación de una realidad político-administrativa, es decir, de un Estado. Como bien dice Joan Comorera: *España es un nombre que, hecha abstracción del Estado, no dice nada, no es nada*[3].

16

En consecuencia, España no existe como denominación de una sola nación, puesto que la nación es una realidad bien distinta del Estado. La formación de la nación —aparte de la comunidad de territorio, economía y psicología propia integrada en la comunidad de cultura— es inconcebible sin un idioma común, con el que precisamente pueda entenderse esa comunidad de hombres que se ha ido formando históricamente. Y esto es algo que jamás se ha conseguido en España, por más que se ha intentado con la oficialidad del castellano borrar los diversos idiomas nacionales.

Por el contrario, el concepto de Estado no es incompatible con la integración en su jurisdicción político-administrativa de varias naciones con diferentes idiomas, economías, culturas, etc. Así se han formado los Estados abigarrados nacionalmente, como en nuestro caso. O sea, el Estado multinacional español.

Resulta contradictorio, se nos dirá, un Estado integrado por naciones que luchan entre sí. Y es cierto. Tan contradictorio como lo es sin duda cualquier nación o Estado nacional, integrado por clases antagónicas. Pero ésa es la realidad, por paradójica que aparezca ante las miradas más superficiales, y creemos que de nada sirve tratar de escamotearla; una realidad que ha sido impuesta por el desarrollo histórico y la lucha de clases.

---

[3] Joan Comorera: *Desperta Catalunya*, artículo aparecido en Treball en 1952.

Precisamente esa inclusión forzada, no deseada, está en la raíz misma del problema nacional y es lo que da sentido a la lucha que se viene librando para acabar con el sometimiento de unas naciones por otra y para erradicar todo vestigio de opresión y explotación.

Por tanto, y para concluir, diremos que hoy día, por mucho que les pese a los nacionalistas burgueses, los miembros de las nacionalidades oprimidas, además de ser vascos, gallegos, catalanes, etc., somos ciudadanos de un Estado, dependemos de él. Por eso se puede decir que, aun siendo antes que nada vascos, gallegos, catalanes, etc., por nuestra nacionalidad, de grado o por la fuerza también somos *españoles* por nuestra ciudadanía.

Escamotear esta realidad no creemos que contribuya a esclarecer la cuestión nacional en España ni mucho menos puede contribuir a aunar los esfuerzos de todos aquellos que estamos interesados en modificarla.

1.6 España, estado multinacional

Pero continuemos con nuestro análisis. Los monarcas que se van sucediendo en el poder del Estado, debido a la facilidad con que obtienen las riquezas a través del oro americano y de su monopolio comercial, no promueven en ningún momento el desarrollo de una manufactura que hubiese podido sentar las bases de un posterior desarrollo capitalista y de una burguesía industrial. Por el contrario, la monarquía absoluta trunca todo incipiente desarrollo manufacturero al arremeter contra la burguesía que se iba incubando en las ciudades. La presencia de una burguesía comercial se reduce a los puertos de la periferia y en torno a la Corte.

17

A diferencia de lo ocurrido en España, los Estados modernos que se van configurando en Europa Occidental lo hacen sobre la base de una burguesía que se ha fortalecido con la industria manufacturera y capitalista, suprimiendo la fragmentación feudal hasta formar un gran mercado nacional. Y con ello, van desplazando del poder a las castas feudales y se erigen en clase gobernante y hegemónica de la sociedad. Es el período de las revoluciones burguesas, y en él se forman los Estados nacionales burgueses independientes.

No es éste nuestro caso. La formación y posterior desenvolvimiento histórico del Estado español no se lleva a cabo por medio de ninguna revolución burguesa que fundiera en un todo único los diferentes pueblos peninsulares. Aquí, por el contrario, el Estado se forma

únicamente en base al mantenimiento y reforzamiento del sistema feudal y a la integración en su ámbito territorial de unos pueblos, con una economía, una lengua, una cultura y unas costumbres plenamente diferenciadas. Sin embargo, aunque tarde y de manera desigual, el capitalismo comenzó a desarrollarse en España. Pero lo hace principalmente en la periferia, donde a través de las ciudades portuarias se ha ido gestando una burguesía comercial, lo que acentúa aún más las diferencias nacionales.

El desarrollo tecnológico de la época impulsa la expansión de la producción. Esto permite que los capitales acumulados en el negocio comercial, de las rentas de la tierra y la usura, se inviertan en el desarrollo industrial, principalmente en Catalunya y el País Vasco. Con el incipiente desarrollo capitalista, la sociedad cobra una enorme vitalidad, se expanden las vías de comunicación y la vida social y cultural experimenta un gran impulso. Los diferentes rasgos característicos de los pueblos que se han ido configurando a través de siglos de luchas, de usos y costumbres, de leyes y fisonomía propias, es decir, los rasgos fundamentales que han ido determinando su nacionalidad, con el desarrollo capitalista se han convertido en una realidad histórica.

Así han surgido la nación catalana, la vasca, la gallega y una cuarta nación formada por las regiones o antiguos reinos que han ido asimilando, en lo fundamental, la lengua, economía, costumbres, etc., de Castilla. Es ésta la nación castellana, aunque más frecuentemente, y como signo inequívoco de su "vocación" centralizadora, se la ha identificado con el conjunto del Estado, denominándola nación española.

Por tanto, en España existen cuatro idiomas, cuatro economías, cuatro culturas, que se manifiestan en psicologías nacionales bien diferenciadas, expresión todo ello de otras tantas comunidades nacionales. Son comunidades estables, históricamente formadas, donde una de ellas (la castellana), por su situación privilegiada, ha ejercido la hegemonía y la opresión política, económica, lingüística y cultural sobre el resto.

La imposición de la lengua castellana ha venido siendo un arma política y económica en manos de la nobleza y la alta burguesía castellana, utilizada en detrimento de los intereses de las capas populares. Igualmente Castilla ha sido, a través de los siglos, el centro militar y administrativo en torno al cual se ha ido creando una casta militar y burocrática, principal beneficiaria del expolio a que han sido sometidos los diferentes pueblos.

Sin embargo, el vigor, la resistencia históricamente demostrada por los pueblos oprimidos para reproducirse y adaptarse a los cambios sufridos durante siglos y para sobrevivir a la presión integradora, primero del reino castellano y hoy del Estado de los monopolios, todo esto sólo puede comprenderse por el profundo sentido de la identidad étnico-cultural de estos pueblos, entendiendo esto como esa forma particular de ser y de sentir de las colectividades y que han ido conformando factores tan diferentes y complejos como son el idioma autóctono, los ámbitos de la infancia, la relación con la tierra, las costumbres y tradiciones, etc.

Así, existe un territorio delimitado, propio y característico, en el que la comunidad de cada nación ha convivido, se ha asentado y formado históricamente.

Existe una vida económica propia y diferenciada: el minifundio gallego, en oposición al latifundio castellano, y las normas contractuales agrarias para la explotación de los pequeños lotes (a diferencia de los campesinos asalariados del conjunto castellano); su propia industria, muy relacionada con el mar, etc. En el País Vasco nos encontramos con la pequeña propiedad, el *caserío*, núcleo fundamental del campo vasco; las propias costumbres de explotación colectiva, comunal, aún las encontramos hoy en las cofradías o agrupaciones pesqueras; la creación de una industria pesada y el poder del capital financiero fueron características peculiares en la formación de la economía vasca. En Catalunya la liquidación del feudalismo por el campesinado catalán, consecuencia de largas y sangrantes guerras de los payeses, dio origen a un régimen agrario peculiar, sin latifundios, con extensas zonas de pequeña propiedad; la capacidad del payés para asimilar y practicar la técnica del comercio internacional, el alto nivel de vida conseguido por su perseverante espíritu combativo formado a través de incesantes luchas contra los parásitos propietarios (rebeldía heredada de generación en generación), la creación de la más poderosa industria ligera de la Península, etc., son rasgos de la formación económica en Catalunya.

En España, además del castellano, existe un idioma vasco (más antiguo que el griego, el latín o el árabe), el catalán y el gallego. Hay una cultura catalana, vasca y gallega. Sus canciones y danzas se confunden con los primeros vestigios de civilización y de historia oral y escrita, y su propia mística religiosa saturada de paganismo, especialmente en Galicia y el País Vasco.

Todo ello ha ido creando unas psicologías peculiares. Las reacciones de un catalán, un vasco y un gallego ante cada hecho y ante cada

problema no son iguales entre ellos y en relación con las de un castellano. Sus formas de trabajo y de convivencia social, el orden de sus preferencias y ocupaciones, su capacidad sentimental (más acusada en los gallegos), su individualismo más o menos obstaculizador de ideas y construcciones colectivas, su receptividad por lo que hace a las teorías universales son aspectos diferentes de cada una de sus psicologías, expresadas en otros tantos rasgos de cultura.

Por lo demás, también hay que decir que dentro de las nacionalidades oprimidas se desenvuelve, paralelamente a su surgimiento nacional, el chovinismo local, chovinismo provocado por los excesos del poder central y por la táctica de los capitalistas nacionales que encuentran en esta división y en el enconamiento de las contradicciones y antagonismos nacionales, uno de sus mejores apoyos para hacer crecer su poder y su riqueza, su dominio político, a expensas de los intereses populares.

19

En resumen, tenemos que decir, salvo que distorsionemos la historia y la misma realidad actual hasta hacerlas irreconocibles, que a diferencia de lo ocurrido en otros países, España jamás ha existido como Estado nacional. España no es, pues, la *una e indivisible* que encarna el espíritu de las clases dominantes, sino un Estado multinacional formado sobre la base de la opresión de una nación sobre las otras.

1.7 El nacionalismo en España

La derrota sufrida por la burguesía revolucionaria durante la I República puso de manifiesto, una vez más, su debilidad crónica, así como su incapacidad para dirigir un proceso revolucionario que alcanzase las transformaciones de tipo capitalista que exigía la sociedad española. A este fracaso se sumó la posterior Restauración borbónica que afianzó en el poder a las castas aristocráticas aliadas a la alta burguesía comercial y usuraria, todo lo cual creó una nueva situación en España, situación en la que las burguesías industriales periféricas, apartadas de toda decisión de gobierno, van a desechar el proyecto de un cambio revolucionario a nivel de todo el Estado, para volver los ojos a su nación, a su propio mercado.

De esta forma, las contradicciones que enfrentaban a las burguesías de EuskalHerria, Catalunya y Galicia con el régimen de la oligarquía agrario-financiera en formación — contradicciones agravadas por

las crisis industriales y financieras de finales del siglo XIX, especialmente tras la pérdida de Cuba y Filipinas— van a manifestarse de forma diferente a como lo habían hecho hasta entonces, pasando a transformarse en una lucha de tipo nacional.

Como dice Stalin:

> *La burguesía de la nación oprimida, que se ve acosada por todas partes, entra naturalmente, en movimiento. Apela a 'los de abajo de su país' y comienza a gritar acerca de la 'patria', [...] en interés de la 'patria', queriendo hacer pasar su propia causa por la causa de todo el pueblo. Y 'los de abajo' no siempre permanecen sordos a sus llamadas, y se agrupan en torno a su bandera: la represión de arriba les afecta también a ellos, provocando su descontento.*
>
> *Así comienza el movimiento nacional*[4].

[4] José Stalin: *El marxismo y el problema nacional.*

2. El nacionalismo reaccionario y clerical de la burguesía vasca

2.1 El origen del capitalismo en EuskalHerria

Como resultado del comercio de Castilla con Europa —especialmente Inglaterra y Países Bajos—, ya desde el siglo XVI se había ido formando en EuskalHerria una importante burguesía comercial y usuraria que se hallaba concentrada, principalmente, alrededor del puerto de Bilbao. Esta burguesía se verá engrosada más tarde por numerosos elementos procedentes de la nobleza local y de propietarios de tierras, molinos y ferrerías: los jauntxos.

Los jauntxos, favorecidos por el aumento de la renta de la tierra que la gran expansión de la economía capitalista en Europa hizo posible durante el siglo XVIII, acumularon un capital que irían invirtiendo de manera creciente en los negocios comerciales (el más próspero de ellos lo forma la Compañía Guipuzcoana de Caracas). Sin embargo, estos negocios aún tendrán, durante un tiempo, un carácter limitado, precapitalista, y estarán profundamente condicionados por la fuerza que aún tenía el antiguo régimen.

Será la burguesía comercial bilbaína, junto a los jauntxos más acaudalados, los iniciadores de las primeras industrias del País Vasco.

Un grupo de comerciantes bilbaínos funda, en 1841, la primera empresa siderúrgica (Santa Ana de Bolueta). Más adelante, varias familias de jauntxos, propietarios de minas en las Encartaciones —entre ellas, la de José Antonio Ibarra—, adquieren la fábrica de la Merced de Guriezo y la trasladan a Baracaldo. De la mano de estos propietarios mineros e industriales, de comerciantes acaudalados y de grandes rentistas de la tierra, se fundará en el año 1857 el Banco de Bilbao, que tanta importancia va a tener en el posterior desarrollo financiero e industrial de Euskadi.

De este primer impulso que el capitalismo recibe en EuskalHerria van a quedar apeados la mayor parte de los jauntxos y los propietarios de empresas pequeñas y tradicionales en decadencia. En los esfuerzos de estas capas de la sociedad vasca por subsistir se hallan buena parte de las razones que hicieron que, en el País Vasco, la defensa de los Fueros frente a la política centralizadora y liberal,

se uniera a la defensa de una monarquía clerical y reaccionaria. El carlismo encontró en estas capas de pequeños propietarios en proceso de ruina uno de sus más firmes baluartes.

Pero la base social del carlismo estuvo constituida por los campesinos trabajadores; fueron ellos quienes formaron el grueso de las tropas carlistas y también quienes más duramente sufrieron las consecuencias de las sucesivas sublevaciones y represiones.

Las razones materiales del descontento existente entre las masas campesinas en el País Vasco arrancan de su empobrecimiento progresivo por las sucesivas desamortizaciones y el traslado de las aduanas al litoral.

El proceso desamortizador se inicia en EuskalHerria muy tempranamente (antes de 1815, en Álava y Guipúzcoa), y los principales beneficiarios van a ser la alta nobleza y la burguesía, únicos que disponen de dinero para comprar tierras. Muchos colonos son expulsados de sus tierras; otros ven subir vertiginosamente las rentas que tienen que pagar a los nuevos propietarios. Además, la eliminación del disfrute de los terrenos comunales, en una época de crisis agrícola, acentuará aún más la mala situación del campesinado, que se ve desprovisto de abonos, leña y pastos. Estos cambios económicos van acompañados de transformaciones sociales y políticas. En el País Vasco, el ascenso de la burguesía exigirá la ruptura con una de las instituciones que habían caracterizado a los territorios vascos durante todo el período de formación del Estado español: las aduanas interiores.

21

Hasta entonces, las aduanas interiores habían sido beneficiosas para la gran masa de la población vasca: el que los derechos aduaneros no se pagaran en los puertos de mar, sino al atravesar las mercancías las comarcas interiores camino de Castilla, convenía a industriales y comerciantes. No menos ventajosas resultaban estas aduanas secas para los pequeños propietarios y los campesinos, que adquieren en los países europeos tejidos y otros productos de consumo, baratos y de mejor calidad que los castellanos; cuando la cosecha va mal siempre queda el recurso de comprar cereales en Europa.

La independencia de la mayoría de las colonias americanas, lo que supone la pérdida del monopolio comercial con Indias, y la industrialización europea, que permite la fabricación de productos mejores y más baratos, rompen la identidad de intereses en la defensa de las aduanas secas. Industriales y comerciantes se hacen proteccionistas; sus intereses económicos les impulsan ahora a la

defensa y conquista del mercado español, lo que supone la desaparición de las aduanas interiores, su traslado a la costa y la homogeneización del mercado estatal. Esta nueva orientación de los industriales y comerciantes es a todas luces contraria a los intereses de los campesinos, a quienes el impuesto de aduanas supone el encarecimiento de todos los productos importados.

Estas son las causas, de orden económico y social, del profundo descontento que existía entre las masas campesinas del País Vasco. Al mismo tiempo, crecerá también el descontento de la pequeña nobleza rural y del bajo clero, incapaces de soportar la competencia de los grandes propietarios y de los productos agrícolas importados. Se va a dar así una confluencia de intereses entre estos tres sectores de la sociedad vasca — campesinos, pequeña nobleza y eclesiásticos— que se encuentran objetivamente enfrentados a la alta nobleza y la burguesía, tanto la del País Vasco como la del resto de España, las cuales, por su parte, abrazaron sin reservas la causa liberal, representada en esta época por la entronización de Isabel II.

El propio contenido de la propaganda tradicionalista aprovecha sutilmente las transformaciones sociales que origina el cambio hacia la nueva sociedad. El inmovilismo, la intolerancia, el clericalismo, la defensa de las tradiciones más añejas, ya caducas; la desconfianza hacia la ciudad y la preferencia por una sociedad rural y por un Estado descentralizado son temas comunes al conjunto del carlismo español. Además de la propaganda, la propia dinámica de la guerra favorece la ligazón entre carlismo y pueblo vasco. Los insurrectos y sus jefes son del país, gente conocida y, a menudo, con prestigio o influencia; mientras, los militares del ejército liberal son foráneos, extraños, ya que los vascos están exentos de hacer el servicio militar.

Frente a ese aspecto populista del carlismo vasco —que más tarde logrará, incluso, atraerse a parte del campesinado catalán—, los liberales se caracterizan por su conservadurismo, manteniendo una estrecha alianza con la nobleza terrateniente. Al liberalismo español de la segunda mitad del siglo XIX le preocupa más la represión de las luchas populares que la restricción de las prerrogativas de la monarquía y los privilegios de las castas feudales. En su propaganda no se contemplan medidas como la reforma agraria, única posibilidad de que el pueblo —en especial las masas campesinas— pueda sentirse atraído por su causa.

Los núcleos liberales más importantes del País Vasco se hallan en

las comarcas de economía más moderna, más mercantilizada, y están compuestos por burgueses, miembros de las profesiones liberales y obreros industriales principalmente. Tal es el caso de Bilbao y San Sebastián.

El triunfo —más o menos pactado— de los isabelinos en la primera guerra carlista consagró la división de la clase dominante del País Vasco, división que se venía perfilando desde principios del siglo XIX. La alta burguesía, por un lado, consiguió crear las condiciones para un desarrollo económico acelerado de tipo capitalista; por otro, la nobleza rural y toda la pequeña y media burguesía fueron desplazadas de este desarrollo y tendrán que buscar un camino nuevo a través del cual poder hacer una defensa de sus intereses y librarse de la ruina.

En el transcurso de las guerras carlistas, los sectores más pujantes y progresistas de la burguesía vasca se hallarán de parte de las llamadas fuerzas liberales y del gobierno de Madrid, pues sus intereses en aquel momento estaban de parte de un desarrollo capitalista al que venían oponiéndose los partidarios de Don Carlos. En este período tiene lugar un gran desarrollo de la incipiente burguesía financiera e industrial vasca, desarrollo que vendría dado por el impulso industrial que se produce en aquella época en toda Europa Occidental, particularmente en Inglaterra.

Las innovaciones tecnológicas introducidas en este país en la industria siderúrgica (en especial las de Henry Bessemer) crean una gran demanda de hierro vasco, especialmente idóneo para la nueva técnica, además de resultar más económico por su fácil extracción a flor de tierra.

En Vizcaya, al contrario de lo que sucede en otras zonas de España, los propietarios mineros arriendan sus minas a las empresas extranjeras, en vez de venderlas, lo que les permite participar en los beneficios de la extracción y exportación de mineral. Esto supone una importante fuente de ganancias y de acumulación de capital que, unido al capital procedente del extranjero, constituirá la base del desarrollo industrial del País Vasco.

Se abre así una época de gran expansión industrial y financiera, particularmente intensa a fines del siglo XIX y primeros del presente. Al mismo tiempo, los medios de comunicación y transporte se extienden con gran rapidez por todo el País Vasco, se construye una red ferroviaria y el Puerto del Abra de Bilbao, se crean astilleros y sociedades navieras, etc. Surgen así, en la Ría bilbaína, las grandes empresas siderúrgicas y metalúrgicas. Entre

las más importantes figura Altos Hornos de Vizcaya, fundada en 1902. Esta empresa —que desde la concentración del sector (fusión de Altos Hornos, La Vizcaya e Iberia en 1879), fija precios de monopolio en todo el Estado— aportará enormes beneficios a sus principales promotores y accionistas (los Ibarra, Villalonga, marqués de Urquijo, etc.). Surgen también, en 1917, empresas metalúrgicas como Compañía Auxiliar de Ferrocarriles de Beasaín o la sociedad de construcción Babcok&Wilcox, en 1918.

23

Si el desarrollo industrial recae en manos de unas pocas familias de la alta burguesía vasca, que irán monopolizando el sector, lo mismo ocurre en el negocio bancario.

En el año 1901 se funda el Banco de Vizcaya; su consejo de administración lo forman Ibarra, Urquijo, Villalonga, etc. Este mismo año se crea el Banco Hispano Americano, dirigido por Besagoiti-Arteta, el Urquijo (1918) y el Central (1919), de modo que a principios de siglo nos encontramos con que los únicos seis importantes Bancos privados existentes en España, están estrechamente vinculados a los industriales y financieros vascos.

Será en base a éstos como se irá formando la oligarquía industrial y financiera española. Esta alta burguesía vasca, tal como vimos ya en sus orígenes, no tiene patria ni sentimientos; su patria son los negocios, su alma el arca de caudales.

Durante todo este tiempo, la gran burguesía vasca ha ido pasando de uno a otro campo político, según la conveniencia de sus intereses económicos y sociales. En la primera etapa salió en defensa de los intereses industriales y para ello no dudó en utilizar el argumento foral para conseguir una autonomía fiscal que le pusiera a cubierto de la rapiña de los grandes terratenientes feudales; pero una vez firmemente asentada en la industria, su interés estaba en proteger el *mercado nacional*, gravando las importaciones. A partir de este momento, los grandes patronos vizcaínos van a identificar los intereses del País Vasco con los de todo el Estado; España pasará a ser a partir de entonces su coto privado; o sea que, como dijo el oligarca vasco Chávarri, *España (será) para los españoles*.

Esta política proteccionista y monopolista de la oligarquía vasca perjudicará no solamente a las pequeñas empresas, sino que también, y muy particularmente, les llevará a enfrentarse a la mayor parte de las restantes capas sociales que componen la sociedad vasca. De esta manera, ya desde principios de siglo, nos encontramos con una alta burguesía industrial y financiera (que ha dado lugar a la oligarquía vasca) cuyos intereses han pasado del

mercado local (País Vasco) al estatal, lo que permite influir y tomar parte directa en el aparato del Estado. Junto con esta burguesía se encuentra la alta burguesía de Catalunya y la aristocracia terrateniente castellano-andaluza.

Por otro lado, y enfrentado a esta oligarquía en formación, se encuentra el conjunto formado por la pequeña y media burguesía industrial, pequeños y medios comerciantes, propietarios de tierras, etc., a los que se va a unir la nueva burguesía nacida al calor del desarrollo capitalista.

2.2 La aparición del movimiento nacionalista vasco

El desarrollo capitalista de tipo monopolista va a ir acompañado por la aparición de multitud de pequeñas y medianas empresas dedicadas, muchas de ellas, a la transformación del hierro y del acero en productos comerciales o de bienes de consumo, empresas cuya demanda no rebasa el marco del propio País Vasco.

24

Esta multitud de pequeñas y medianas empresas aparece principalmente en Vizcaya y Guipúzcoa. Si en el caso de las grandes empresas su eje de desarrollo se sitúa en torno de la Ría de Bilbao, las nuevas empresas industriales se extenderán por todas las poblaciones importantes de estas dos provincias (Eibar, Tolosa, Bergara, San Sebastián, etc.). Esto daría lugar al tránsito de muchas poblaciones, que hasta entonces basaban su existencia en una economía de tipo agrario, a una economía nueva, en la que se combina lo rural y lo industrial —urbano-. Va a surgir así un proletariado nuevo, en su mayor parte autóctono.

En cambio, la economía de las provincias interiores (Álava y Navarra) no experimentará en la misma medida esta transformación en sentido capitalista; su economía seguirá siendo predominantemente agraria y en ellas pervivirá el espíritu del tradicionalismo carlista.

Por consiguiente, la nueva burguesía no monopolista vasca nace enfrentada a una oligarquía que controla el poder político y económico, tanto en el propio País Vasco como a nivel estatal. Sus necesidades de expansión económica chocan con la competencia y el dominio de las grandes empresas monopolistas; los Conciertos Económicos aprobados en 1878 se convierten en una pesada carga para este nuevo sector de la burguesía en ascenso, así como para los industriales y comerciantes ligados a los antiguos jauntxos; el

sistema político de la Restauración impide cualquier posible influencia de este sector de la burguesía en las decisiones políticas.

La antigua aristocracia rural de los jauntxos, los profesionales y la nueva burguesía industrial y comercial no monopolista van a ser el caldo de cultivo en el que se van a desarrollar las ideas nacionalistas de Sabino Arana. Imposibilitadas de influir en la política estatal y ahogadas por la doble tenaza de su propia oligarquía y la del resto del Estado, las clases medias vascas van a volver sus ojos a las antiguas tradiciones forales que permanecían vivas en el pueblo tras las derrotas de las sublevaciones carlistas.

Este va a ser el germen del que nacerá el nacionalismo vasco.

El 14 de julio de 1874 se inaugura la primera sociedad nacionalista vasca, *Euskaldun Batzokija* (Círculo Euskeriano o Vasco). En este acto se izó la bandera ideada por Sabino Arana, *la ikurriña*, enseña que a partir de 1936 se convertirá en la bandera oficial del País Vasco. El lema de esta sociedad será: *Jaungoikoa eta Lagizarra* (Dios y Ley Vieja). Al mismo tiempo, a través del periódico Bizcaitarra se comienza a propagar el ideario del nacionalismo vasco. Este se fundamenta en las ideas de *soberanía* de raza y de lengua que fueron expuestas por Sabino.

Sabino Arana procedía de una familia de pequeños armadores y constructores de barcos de madera, de profunda raíz carlista. Para él *las instituciones que se llaman Fueros Basko-Nabarros no son privilegios:*

> *son leyes propias de estos pueblos libres con libertad originaria, creadas libremente y con soberana potestad por ellos mismos para ellos mismos, sin injerencias de ningún poder extraño*[5].

En base a la recuperación de estas *leyes propias* —perdidas, según él, allá por los tiempos de la Reconquista y cuyos orígenes se remontan poco menos que a la prehistoria— Sabino Arana funda su política nacionalista tendente a crear un Estado independiente en Euskadi.

25

En una época de gran desarrollo económico, de crecimiento del proletariado y de auge dentro del mismo de las ideas socialistas, el nacionalismo burgués de Sabino tuvo necesidad de recubrirse con una ideología profundamente reaccionaria. Esta ideología está fuertemente influenciada por el componente racista, clerical y antisocialista. La prensa nacionalista abundará en estos temas. Así,

---

[5] Recogido del libro de Javier Corcuera Atienza: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco.*

cuando habla de la raza (elemento esencial en la ideología de Sabino Arana) encontramos frases como éstas:

> *La raza vasca es la más libre del mundo... la raza vasca no procede de mezclas como la española... la nación vasca podría existir conservándose la raza*; en el aspecto religioso las ideas de Sabino no son menos reveladoras: *para que Euzkadi se mantenga católica ha de separarse de la irreligiosa España*; y por último expongamos una muestra de sus ideas en el terreno social: *Los maquetos* (maquetos son los inmigrantes) *son uno de los principales males de Vizcaya* de ahí que no dude en llamar a los obreros vascos a *asociarse entre ellos, separándose totalmente y excluyendo a los maquetos*[6].

En 1898 se crea en Euskadi una nueva organización política: la Sociedad *Euskal Herria*. Esto provocará la primera fisura seria en las filas del nacionalismo vasco, ya que los *euskalerriakos*, que se consideran también nacionalistas, propugnan una autonomía para Euskadi dentro del Estado español. Su principal líder es Ramón de la Sota, capitalista naviero y socio mayoritario de los Astilleros Euskalduna. Los sabinianos acusarán a la Sociedad *Euskal Herria* de *regionalista*, desdeñadora de la religión y lo vasco.

Los *euskalerriakos* representan un sector de la burguesía no monopolista, naviera y minera, al que no podía menos que preocupar el reaccionarismo ultramontano de Sabino y sus partidarios. De manera que, aunque más adelante las relaciones entre estos dos sectores se harán más cordiales, no estarán exentas de continuos enfrentamientos.

En 1903 muere Sabino Arana. Entonces asomaba amenazante el espectro del movimiento obrero revolucionario. Un año antes de su muerte, Sabino había dirigido un vibrante llamamiento a sus correligionarios (lo que se ha considerado como su testamento político), invitándoles a cerrar filas junto con la gran burguesía:

> *Al nacionalismo se le han negado todos los derechos y hay que conseguir la autonomía dentro del Estado español... la patria exige que nos hagamos españolistas*[7].

Así acaban los tiempos *gloriosos* del nacionalismo burgués en el País Vasco, aunque la influencia de Arana habría de perdurar aún durante algún tiempo.

---

[6] Ídem.
[7] Ídem.

Era inevitable que a partir de aquel momento se formaran dos tendencias en el nacionalismo vasco: una compuesta por los *nacionalistas* moderados siempre proclives a capitular ante las presiones y exigencias del Estado de la gran burguesía, y otra, más radical e intransigente, vinculada a los intereses de determinadas capas populares.

Sin embargo, las dos tendencias se unirán en muchos momentos, como, por ejemplo, en contra de la Ley de Canalejas (1910) que restringía el derecho de asociación de las comunidades religiosas, lo que indica claramente la enorme influencia que sigue conservando la Iglesia dentro del movimiento. Esto llevaría al Partido Nacionalista a cambiar su nombre por el de Comunión Nacionalista, de claras resonancias clericales, lo que empujó a un importante sector a escindirse para crear *Aberrita Askatasuna* (Patria y Libertad), proyecto de la izquierda radical y laica que entonces no llegó a cuajar y desapareció al poco tiempo.

2.3 Un bastión del movimiento obrero

La explotación de la cuenca minera de Las Encartaciones y la puesta en marcha de importantes industrias en la Ría bilbaína, a finales del siglo XIX, hizo crecer extraordinariamente la demanda de mano de obra, demanda que no podía ser satisfecha por obreros procedentes del propio País Vasco. Pronto, todo el cinturón industrial bilbaíno va absorbiendo una masa de gentes heterogéneas, procedentes la mayoría de ellas de otras zonas. Por ejemplo, el censo de Bilbao del año 1900 indica que el 61'98 por ciento de los habitantes de los barrios obreros de Bilbao procedían de fuera del País Vasco, en su mayoría de Castilla (un 36'40 por ciento). En la cuenca minera, a principios de siglo, sólo 2.500 de los 12.000 mineros eran de origen vasco.

Estas gentes de orígenes geográficos, culturales y sociales diversos irán configurando una nueva clase social, la clase obrera, en lucha permanente con la burguesía. Así van a surgir en el País Vasco las primeras luchas y las organizaciones del proletariado.

El cinturón industrial y minero de Vizcaya pronto se va a convertir en un bastión del socialismo. Uno de los fundadores del PSOE, Facundo Perezagua, es un emigrante, y en torno a él se crean las primeras agrupaciones socialistas en Las Carreras, San Salvador del Valle, Sestao, Begoña, Erandio, Santurce, Deusto, etc. En base a estas

agrupaciones socialistas comienzan a extenderse las luchas, principalmente por la zona minera y márgenes de la Ría.

La primera lucha importante se produce tras la manifestación del 1 de mayo de 1890 en Bilbao. La empresa Orkonera expulsa a cinco obreros por su participación en la misma. A la mañana siguiente, grupos de piquetes recorren las minas exigiendo la readmisión de los despedidos, la jornada de 8 horas y el cierre de las tiendas obligatorias. La protesta se convierte en un paro general en Bilbao. Después de violentos enfrentamientos con el ejército, los obreros consiguen imponer un acuerdo con los patronos que incluye el cierre de las tiendas obligatorias y la reforma de los horarios. Fue la primera victoria del proletariado vasco.

Sin embargo, la patronal viola sistemática mente los acuerdos. Ante esta postura de la patronal, y tras un mitin presidido por Perezagua, comienza la huelga general de 1903 que supuso un nuevo y resonante triunfo para los obreros. En 1910 se produce otra huelga general y el gobierno declara el estado de guerra, pero la resistencia de los obreros consiguió la aprobación en las Cortes del proyecto de reducción de la jornada laboral.

En el transcurso de estos años, los obreros inmigrados comienzan a asimilar la vida y costumbres del pueblo vasco; además, se empieza a forjar la unidad en la lucha con los obreros nativos de Euskadi. Ante el peligro que representaba para sus intereses un movimiento obrero fuerte y unido, la burguesía nacionalista vasca va a intentar por todos los medios evitar la integración de los obreros inmigrados y su unión con los autóctonos, condenando las huelgas y llamando a estos últimos a boicotear toda reivindicación de sus hermanos de clase.

27

La burguesía vasca no duda en azuzar a unos obreros contra otros, haciendo gala de un chovinismo exacerbado que antepone los intereses de la *nación* para hacerles olvidar la explotación de que son objeto por parte de esa misma burguesía. Esta política antiobrera de los nacionalistas se vio favorecida por la actitud de la dirección del PSOE, imbuida de reformismo e incapaz de ligar el problema nacional al problema de la revolución democrática pendiente entonces en España. El PSOE no comprendió en ningún momento el carácter progresista del movimiento nacional popular (distinguiéndolo de su dirección reaccionaria y chovinista). Esta postura del PSOE dividió y debilitó al movimiento obrero y dejó en manos de la burguesía a un importante sector de los obreros vascos, que se desgajó del conjunto del movimiento obrero para nutrir los sindicatos de *solidarios vascos*, de corte clerical y dirigidos por

políticos nacionalistas pequeño-burgueses.

Pero muy pronto, en el seno del PSOE van a surgir serias diferencias entre el sector proletario encabezado por Perezagua y los reformistas de Indalecio Prieto, diferencias que terminarán con la expulsión dePerezagua y la dirección de la Agrupación de Bilbao en el Congreso de 1915.

Sin embargo, la tradición de lucha de los obreros socialistas vascos era ya muy fuerte y va a seguir siendo una de las agrupaciones más combativas del proletariado en toda España. En numerosas ocasiones, la federación de UGT de Vizcaya actuará a espaldas y en contra de las decisiones de la propia dirección central. No en vano, esta agrupación tendrá una importancia decisiva en la fundación del Partido Comunista.

La Revolución Soviética, la bancarrota de la II Internacional y la creación, en 1919, de la III Internacional imprimieron un gran impulso al movimiento obrero y dieron un respaldo a los revolucionarios que, como Perezagua, se habían colocado enfrente del reformismo de la dirección del PSOE. Las Juventudes Socialistas se adhieren a la III Internacional y lo mismo ocurre con la práctica totalidad de la Agrupación de Vizcaya del PSOE. Juntos, formarán el núcleo del que, en 1921, nacerá el Partido Comunista de España, que recoge y da continuidad a la tradición marxista revolucionaria del proletariado vasco y del proletariado del resto de España.

Con la formación del PCE, la clase obrera se coloca en situación de dar un justo tratamiento a la cuestión nacional, forjando la unidad de todos los obreros vascos y tomando en sus manos, de forma paulatina, la dirección de todo el proceso revolucionario.

2.4 La etapa autonomista

La I Guerra imperialista mundial había provocado en las filas del nacionalismo vasco una nueva división entre moderados e intransigentes, pues sus respectivos intereses económicos les condujeron a ponerse de parte de uno u otro bando de piratas. Se consagra así la división en el seno de la Comunión Nacionalista entre los sabinianos y el sector encabezado por de la Sota.

Una nueva capa social, en rápido crecimiento desde principios de siglo hace irrupción en el movimiento nacionalista: se trata de las nuevas clases medias de profesionales, técnicos, funcionarios

municipales, administrativos, etc. El ideólogo principal de este nuevo sector de la burguesía será Eli Gallastegui —presidente de las Juventudes Nacionalistas de Vizcaya—, quien se inspirará en el movimiento de liberación irlandés. Desde las páginas de Aberri, Gallastegui ataca a los moderados de la Comunión por su política conciliadora y su negación de la lucha de clases. En sus escritos —hecho nuevo en el nacionalismo vasco— hay acentos de simpatía hacia la causa obrera y hacia los comunistas. Con motivo de la huelga general de 1921, en que tienen lugar violentos enfrentamientos entre los obreros y las fuerzas represivas, Eli Gallastegui escribirá lo siguiente:

> *Ha corrido ayer en Bilbao sangre abundante y caliente, y como siempre ha sido sangre de gente humilde. Han sido los caídos unos hombres idealistas, unos hombres que luchan y sufren de continuo, son los comunistas*[8].

En 1920, este sector hace causa común con los jauntxos clericales que siguen a Luis Arana y, juntos, se escinden de la Comunión Nacionalista. Estas dos nuevas facciones se unifican y forman el *Partido Nacionalista, separatista e independiente*, cuya dirección pasa a ser ocupada por jóvenes salidos de las capas profesionales y de la pequeña burguesía industrial: Telesforo Monzón, Manuel de Irujo, Jesús María de Leizaola, José Antonio Aguirre, entre otros.

Los nuevos dirigentes del nacionalismo vasco, aunque sin renunciar *en teoría* a la independencia, adoptan una posición gradualista; sus objetivos —principalmente durante la Dictadura y la II República— se reducen a conseguir el Estatuto de Autonomía, suprimiendo cuanto de racista y ultrarreaccionario habían heredado del viejo nacionalismo. Su ideología pasa a transformarse en un democratismo populista de clases medias, que constituyen ahora su principal base social.

En noviembre de 1930 vuelven a fusionarse la Comunión y el Partido Nacionalista, quedando constituido definitivamente el Partido Nacionalista Vasco. También ese mismo año se crea Acción Nacionalista Vasca, movimiento de la pequeña burguesía liberal y laica (sucesora, en cierto modo, de *Aberrita Askatasuna*). Sus dirigentes (Anacleto de Ortueta, Tomás Bilbao, Justo Gárate...) denuncian el confesionalismo del PNV y aceptan la colaboración con el bloque republicano-socialista.

La llegada de la II República se hizo bajo la mirada desconfiada de

---

[8] Recogido del libro de López Adán 'Beltza': *El nacionalismo vasco, 1876-1936*.

los nacionalistas del PNV, que ni siquiera estuvieron presentes en la firma del Pacto de San Sebastián. Sin embargo, los peneuvistas pronto decidieron aprovechar la nueva situación que se había creado, concentrando todos sus esfuerzos en la consecución del Estatuto de Autonomía, para lo cual forman una comisión que se encarga de la redacción del proyecto. La lentitud del gobierno republicano en llevar adelante el Estatuto y las primeras medidas contra las congregaciones religiosas provocan una fuerte reacción antirrepublicana de los nacionalistas. Se detiene a muchos de ellos y se clausuran los centros vascos. Cuando, después de los incidentes motivados por aquellas medidas, Alcalá Zamora visita el País Vasco, los presos nacionalistas inician una huelga de hambre.

A pesar de la represión desencadenada por el gobierno, el proyecto de Estatuto sigue adelante. Este es presentado a los Ayuntamientos y aprobado masivamente, excepto en Navarra, por lo que su ámbito de aplicación quedó reducido a Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. Luchando contra las continuas trabas impuestas por republicanos y socialistas, el PNV consigue que el referéndum de ratificación del Estatuto se celebre el 5 de noviembre de 1933, votando a favor del mismo el 84 por ciento del censo. En diciembre de aquel año el proyecto de Estatuto es presentado a las Cortes.

29

La subida al poder de la CEDA va a poner en peligro todas las conquistas logradas por las masas populares desde la proclamación de la República (una de las primeras medidas antidemocráticas que tomó el nuevo gobierno fue paralizar la tramitación de los Estatutos de Autonomía). Ante la amenaza que representan los proyectos de la CEDA tendentes a hacerse con todo el poder e implantar el fascismo por la vía *parlamentaria*, se levantó en todo el país un amplio movimiento de masas que culminaría con la huelga general de octubre de 1934.

La postura abstencionista de los dirigentes nacionalistas vascos ante este amplio movimiento antifascista va a marcar el inicio de una serie de traiciones al movimiento popular y a las reivindicaciones nacionalistas del País Vasco. La posición claudicadora de los peneuvistas queda perfectamente reflejada en las palabras de su máximo líder, Aguirre, pronunciadas a raíz de la huelga insurreccional:

> *Yo concibo a mi pueblo luchando hasta las últimas consecuencias por su libertad. Pero por banderas extrañas, no. Hacia la libertad vamos. Pero hemos de ir en medio aunque la revolución surja a nuestro lado, unas veces a cargo de las derechas monárquicas, otras veces a cargo de las izquierdas*

> *extrañas*[9].

No pasará mucho tiempo sin que el pueblo compruebe a qué *últimas consecuencias* se refería el líder del PNV.

Con ocasión de la formación del Frente Popular, y no obstante recoger éste en su programa la aprobación del Estatuto y la supresión de los desahucios rústicos, que tanto daño hacían a los pequeños campesinos, el PNV se opondrá a su inclusión en el Bloque Popular. Este quedaría formado por republicanos, socialistas, comunistas y nacionalistas de ANV.

Los planes de la sublevación fascista se aceleraron tras el triunfo del Frente Popular; el PNV, perseverando en su política exclusivista e insolidaria, mantuvo que el conflicto en ciernes *no concernía al País Vasco*. Así lo manifestaron en un mitin celebrado en el frontón Euskalduna de Bilbao (enero de 1936) cuyo lema era *Por la civilización cristiana, la libertad patria y la justicia social*. Irujo afirmaba

> *que los diputados nacionalistas no han defendido a ninguna clase social, sino los intereses del conjunto del país*, y Monzón aseguraba *que Euskadi es lo primero, siendo por tanto un falso dilema estar a favor o en contra de la revolución*.

Esto se decía cuando todas las fuerzas populares y progresistas se disponían a hacer frente al inminente peligro fascista.

Por su parte, cumpliendo lo prometido en la campaña electoral, todas las fuerzas integrantes del Frente Popular apoyaron el proyecto de Estatuto del País Vasco, el cual fue aprobado el 1 de octubre de 1936, ya en plena guerra. El primer gobierno autónomo vasco queda formado por Aguirre, Leizaola, Monzón y de la Torre (PNV); Nárdiz (ANV); de los Hoyos, Gracia y Aznar (PSOE); Astigarrabia (PCE), y Espinosa y Aldasoro por los republicanos.

30

2.5 Posición del Partido Comunista ante el problema nacional

Tras la proclamación de la II República se va a entrar en un período en que el Partido Comunista de España terminará por ponerse decididamente a la cabeza del movimiento popular revolucionario.

---

[9] Recogido del libro de Ortzi: *Los vascos, ayer, hoy y mañana* .

Durante los primeros años desde su fundación, en el Partido se dejó sentir la influencia del PSOE respecto del problema nacional, ignorando, en la práctica, su existencia. La Internacional Comunista tuvo que llamar su atención sobre la importancia que este problema tenía en el proceso revolucionario que se estaba gestando en España. Así, en mayo de 1931, es enviada al CC del PCE una carta en la que se apunta a este respecto:

> *La situación presente, en la cual la lucha nacional de Cataluña, Vasconia y Galicia se ha convertido en uno de los factores más importantes del desarrollo de la revolución democrática española, crea el deber al Partido de operar un viraje serio en su política nacional [...] el Partido debe propagar por todo el país el derecho de Cataluña, Vasconia y Galicia a disponer de ellas mismas hasta la separación. Debe defender este derecho con gran energía entre los obreros de España, para destruir su mentalidad hostil al nacionalismo catalán, vasco y gallego. En Cataluña, Vasconia y Galicia, los comunistas deben hacer comprender a los obreros y campesinos la necesidad de su estrecha unión con los obreros y campesinos revolucionarios de España para llevar con éxito la lucha contra el imperialismo español, desenmascarar las vacilaciones de los nacionalistas, llamando a las masas a usar libremente de manera absoluta de su derecho de disponer de ellas mismas hasta la separación.*

Estas justas recomendaciones de la Internacional no fueron interpretadas correctamente por la dirección del PCE —encabezada por entonces por Bullejos— y, en consonancia con el izquierdismo predominante en las demás cuestiones relativas a la línea política, el Partido pasó a propugnar lisa y llanamente la independencia para Cataluña, Euskadi y Galicia, cambiándose el sentido que tiene para los comunistas la defensa del derecho a la autodeterminación.

De acuerdo con esta orientación errónea, el PCE, en un principio, llamará a boicotear los Estatutos de Autonomía y a combatir sin distinción a todos los nacionalistas so pretexto de su carácter de clase burgués. En el terreno organizativo, el Partido propugnará la creación de distintos partidos comunistas en cada nacionalidad; así, en 1932 se fundaría el Partit Comunista de Catalunya.

Tras la celebración del IV Congreso del Partido (1932) —donde fueron derrotadas las posiciones oportunistas del grupo de Bullejos— y una vez elegida una nueva dirección, el Partido Comunista va a iniciar la corrección de todos los errores de tipo izquierdista que se venían cometiendo. Siguiendo las recomendaciones de la Internacional Comunista, el Partido va a

abordar el problema nacional desde la perspectiva de la revolución democrático-burguesa. Un punto esencial en aquel momento era el apoyo a la tramitación de los Estatutos de Autonomía por cuanto éstos suponían un paso adelante en las transformaciones democráticas que permitirían el acceso ulterior al derecho a la autodeterminación. No obstante, a la vez que apoya a los sectores democráticos nacionalistas en sus justas demandas nacionales, el Partido insiste en la necesidad de que la clase obrera conserve su independencia política y organizativa respecto a éstos, concretada en la formación del Partido Único del proletariado.

31

De acuerdo con estas nuevas posiciones, el Partido Comunista en el País Vasco va a ir elaborando las bases teóricas y las consignas concretas respecto al problema nacional en numerosos artículos aparecidos en el periódico Euskadi Roja. Así, en uno de los números de este órgano se dice:

> *Es innegable que en todo movimiento de independencia de los países oprimidos* **existen posibilidades revolucionarias** *que los comunistas no podemos ni debemos desdeñar, sino, al contrario, utilizarlas a fin de transformar al país avasallado, de baluarte de la burguesía y el clericalismo (caso de Euskadi) en aliado del proletariado revolucionario*[10].

Así mismo, el Partido tiene en cuenta las circunstancias económicas y políticas que distinguen a las naciones opresoras y oprimidas, e igualmente pone al descubierto la falsa concepción burguesa que pretende eliminar la lucha de clases bajo el pretexto de la unidad de la nación. Para el Partido, existen *dos Euskadis*, la de los capitalistas (*dirukitzazaleen Euskadi*) y la de los trabajadores (*langillen Euskadi*), en razón de la cual se dan dos programas nacionales alternativos[11].

Por un lado, se encuentra el programa de la burguesía, que insiste en la prioridad de *la independencia de la patria* para resolver el problema nacional, para lo cual, trata de suprimir los conflictos sociales que se producen dentro de la nacionalidad. En la práctica este programa se traducirá —como veremos más adelante— en la renuncia de la burguesía a los objetivos nacionales, cuando los avances del proletariado representen un peligro para sus intereses. De ahí que, llegado el caso, no dudarán en traicionar la causa nacional y popular y se echarán en brazos del fascismo. Por otro

---

[10] Publicado en *Euskadi Roja* y recogido en *Estudios de Historia Contemporánea del País Vasco*, de Antonio Elorza.
[11] Ídem.

lado, tenemos el programa del proletariado, que reconoce el potencial revolucionario que encierran los movimientos nacionales y aboga por el derecho de las naciones a su autodeterminación, entendiendo esto desde un punto de vista de clase, es decir, como un medio de organizar a las masas y de ponerse en camino para resolver todos los problemas y las lacras que genera el capitalismo. El Partido expresaba claramente este planteamiento cuando decía que

> *los comunistas luchamos naturalmente contra la tendencia a la 'estrechez nacional', pues no podemos ni debemos encerrarnos en un movimiento patriótico, 'chauvinista', sino que tenemos que considerar el conjunto del movimiento revolucionario y comprender que hay que subordinar el interés particular (libertad de separación), al interés general (libertad de unión)*[12].

De esta manera, el Partido se colocaba a la cabeza del movimiento nacional y social en el País Vasco. Esto se demostrará con motivo de la huelga general revolucionaria de 1934. El Partido es el único que asume la huelga con todas las consecuencias, convirtiéndose en el dirigente de la misma. Allí donde los comunistas consiguen que se acepten sus criterios, es donde mayor unidad y combatividad toma el movimiento antifascista.

En la huelga general participan, junto a los comunistas, las bases socialistas, republicanas, anarquistas y nacionalistas de STV, éstos últimos en contra de los propios dirigentes del PNV que se habían abstenido de convocarla.

32

La consecuencia más inmediata de estos acontecimientos, particularmente en Vizcaya, es el auge de una dinámica unitaria cuyo efecto concreto es la proliferación de las Alianzas Obreras. Estas existen en los principales centros fabriles como Baracaldo, Sestao, Portugalete, Erandio, La Arboleda, Gallarta, Ortuella, Somorrostro, Dos Caminos, Arrigorriaga y Bilbao. En Guipúzcoa se forman en Pasajes, Rentería e Irún.

En junio de 1935 se celebra el Congreso en que va a quedar formado el Partido Comunista de Euskadi. En sus resoluciones, el Congreso insiste en la necesidad de poner al descubierto la política de traición del movimiento nacional que sigue el PNV y su lucha contra los obreros. Otro tanto mantiene con respecto al PSOE:

> *El Partido Socialista jamás ha sabido comprender el valor*

[12] Ídem.

> *revolucionario de la lucha por el derecho de autodeterminación de Euskadi y establecer la debida diferencia entre movimiento nacionalista y dirección reaccionaria del mismo*.

Así mismo, corrigiendo viejos errores el Congreso reconoce y apoya el Estatuto votado en Estella, que

> *si bien no satisface más que una parte mínima de las aspiraciones del pueblo, su implantación significa una victoria del pueblo*[13].

A pesar de estos análisis y alternativas justas, el Partido Comunista aún estaba lejos de haber logrado superar las concepciones erróneas que se venían arrastrando desde tiempo atrás en relación al problema nacional. Así, pocos meses después del Congreso, el secretario general Astigarrabia, dirige al Comité Central del PCE un balance de la actividad del Partido en el País Vasco. En este informe se deja entrever una cierta frustración por los resultados que se están obteniendo en los trabajos para la formación del Bloque Popular. Ante estas dificultades, Astigarrabia propone al Comité Central una solución que supone, de hecho, plegarse a las exigencias de la burguesía nacionalista. Su propuesta consiste en asentar la alianza haciendo del Bloque Popular,

> *un frente antimperialista que tenga por base el establecimiento de un programa que tenga en cuenta fundamentalmente las reivindicaciones de tipo nacional-revolucionario y la cuestión campesina*[14].

Como es lógico, dicho Frente debía estar formado, principalmente, por la burguesía del PNV y ANV; esta propuesta de Astigarrabia suponía de hecho, que el proletariado hiciera las concesiones que fueran precisas a la burguesía nacional a fin de consolidar esta unidad *antimperialista*. Como es de suponer, estas propuestas no fueron aceptadas por el Comité Central del PCE. Así que en el País Vasco el Bloque Popular quedaría formado por los comunistas, republicanos, socialistas y nacionalistas de ANV.

Estas posiciones —que culminarán durante la guerra civil, con Astigarrabia haciéndole el juego a los nacionalistas del PNV— revelaban bien a las claras que, aunque en el terreno político y en su actividad práctica el Partido venía manteniendo una posición justa, en el terreno organizativo aún se dejaba arrastrar por las presiones del nacionalismo burgués, muy influyente entonces entre las masas.

---

[13] Del libro de Antonio Elorza: *Estudios de Historia Contemporánea del País Vasco*
[14] Ídem.

Así nos explicamos que el PCE adoptara una estructura federal cuando extendía su trabajo a las nacionalidades, y que a la creación del PC de Catalunya, en 1932, siguiera la formación del PC de Euskadi, en 1935 (el PC de Galicia se formará en 1936).

33

Esta dispersión orgánica de los comunistas es la que propició la aparición de no pocos problemas —como los ya señalados— a la hora de aplicar una línea única de actuación para todo el proletariado, y favoreció, en última instancia, el que un sector de los comunistas de las nacionalidades se dejase arrastrar por la demagogia nacionalista burguesa. Sin embargo, la propia marcha de los acontecimientos fue imponiendo la necesidad de que el proletariado de toda España dispusiera de un Partido Comunista fuerte y unido, con un centro dirigente único. Esto dio lugar a que, no sólo los lazos entre estos partidos siempre fueran muy estrechos, sino a que, de hecho, sólo hubiese un centro dirigente común a todos ellos: el Comité Central del PCE.

Gracias a esta unidad lograda en la práctica, y a la justeza de su línea política, el PCE pudo vencer las posturas vacilantes de algunos comunistas de las nacionalidades —como el caso de Astigarrabia—, y ponerse al frente de las masas populares. Así, la gran victoria del Frente Popular, el 16 de febrero de 1936, confirmó lo acertado de las tesis mantenidas por el Partido, y supuso una garantía para llegar a la justa solución del problema nacional en España.

Al presentar el programa del Frente Popular, José Díaz declaró:

> *La necesidad de consolidar la victoria del 16 de febrero y de afianzar el régimen democrático ordena imperiosamente que se dé satisfacci ón a las 'reivindicaciones nacionales' de Catalunya, Euskadi y Galicia. No puede haber una democracia ni una república sólida, no puede haber una sólida alianza entre los pueblos de España, si la desigualdad nacional subsiste*[15].

En el transcurso de la guerra contra la sublevación militar fascista y la agresión extranjera, el Partido Comunista se convirtió en el único y principal organizador de la resistencia antifascista y en el más firme defensor de la causa popular y nacional.

Sin embargo, la firmeza de los comunistas del País Vasco se vio oscurecida por las posiciones claudicantes de algunos de sus dirigentes, principalmente de su secretario general, Astigarrabia. Este no supo mantener la independencia política del proletariado

[15] José Díaz: *Tres años de lucha*.

frente a la política de traición de la burguesía nacionalista y el gobierno autónomo a la causa obrera y popular.

Durante todo el período de la guerra, Astigarrabia y otros dirigentes del Partido no denunciaron con firmeza la política de Aguirre y los dirigentes nacionalistas, los cuales hicieron todo lo posible por llevar la división a las filas populares y mantener a Euskadi al margen de la resistencia que se desarrollaba en toda España. Al formarse el Frente Norte, los peneuvistas se negaron a integrar los Batallones Vascos en el Ejército Popular, lo que agravó la situación militar y precipitó la derrota de este Frente; más tarde, los dirigentes nacionalistas culminarían su traición al acordar con los fascistas italianos la rendición de los Batallones, que se habían replegado a Santander. Las vacilaciones y claudicaciones de los dirigentes del Partido en Euskadi favorecieron estos planes de la burguesía vasca y contribuyeron al desastroso final de la guerra en este Frente.

Tras la caída de Bilbao, el Comité Central del PCE expulsó al secretario general del Partido Comunista de Euskadi. En el Informe pronunciado en el pleno del CC del PCE celebrado en noviembre de 1937, José Díaz se refirió a este asunto en los siguientes términos:

34

> *Cuando hablaba del Frente Popular, decía que necesitamos que nuestro Partido sepa hacer su política independiente, para no hipotecar las actividades del Partido. Al plantear de nuevo esta cuestión, quiero referirme con pocas palabras, muy concretamente, a cómo en el Norte fue eso lo que nuestro Partido de Euskadi no hizo. Teniendo un representante en el Gobierno, nuestro Partido de Euskadi se comprometió de tal manera dentro de éste que no pudo hacer una política independiente; porque este representante no era más que un prisionero de ese Gobierno, Gobierno que dirigían los jefes nacionalistas vascos, representantes de los grandes industriales, de los grandes capitalistas, de los Bancos, etc.; que aparecieron luchando juntos durante un período con las fuerzas antifascistas, pero que en realidad se puede asegurar estaban separados del verdadero pueblo de Euskadi, que ha luchado con heroísmo. Con tal política, aplicada por Astigarrabia, nuestro Partido, teniendo como tenía las manos atadas, no pudo desenmascarar ante el proletariado y el pueblo de Euskadi a dónde conducía la actividad de los jefes nacionalistas vascos*[16].

[16] Ídem.

2. El nacionalismo reaccionario y clerical de la burguesía vasca

3. Galicia: la lucha contra el feudalismo agrario

3.1 O Rexurdimento de Galicia

Si el fracaso de la monarquía absoluta agotó a la sociedad española hasta extremos inconcebibles, los efectos de esta extenuación fueron en Galicia aún más prolongados que en parte alguna. En el reino de Galicia, el feudalismo había alcanzado formas particularmente despóticas durante la Edad Media, y los campesinos —aun a pesar de las guerras Irmandiñas— continuaron sumidos de una u otra forma en la servidumbre; el aislamiento geográfico y político contribuyó a mantener este atraso e impidieron en los siglos pasados su incorporación a los canales comerciales y a la producción mercantil. Por esta razón, Galicia entra en el siglo XIX con unas estructuras económicas y sociales feudales aún más acusadas que en el resto de España.

A pesar de esta postración económica y social, y junto a las viejas costumbres medievales, Galicia ha conservado también su lengua y conformado una psicología propia, escapando al proceso de castellanización que se produce en otras zonas peninsulares.

La hidalguía y el clero se han ido constituyendo como las clases dominantes durante este largo período de tres siglos: el clero, manteniendo sus privilegios ancestrales; y la hidalguía, administrando en su beneficio los feudos de la nobleza gallega que desterrara Isabel la Católica de Galicia, en los comienzos mismos de la monarquía absoluta. La nobleza y la Iglesia, beneficiarias del sistema foral impuesto a los campesinos, convirtieron a la sociedad gallega en una sociedad sin dinamismo, en la que predominaba la vida rural. El 90 por ciento de la población es campesina, y del campo se extrae casi todo el excedente de la producción social.

En esta sociedad feudal de principios del siglo XIX, aunque escasos, hay algunos elementos dinamizadores. Las primeras industrias que se instalan en Galicia son el Arsenal de El Ferrol y la fundición de Sargadelos, industrias construidas en el siglo XVIII para atender las necesidades militares del Estado y que no van a tener mayor incidencia en el proceso de desarrollo y transformación de la economía gallega. Mayor importancia tendrá la industria textil artesanal que a finales del siglo XVIII se extiende por todo el norte

de Galicia, para desaparecer a mediados del siglo XIX al entrar en el mercado gallego la producción textil inglesa y catalana, con las que no puede competir. Serán las transformaciones en las artes de pesca y la creación de la industria salazonera las que más incidencia van a tener a la larga en la estructura económica de Galicia; sus promotores son catalanes. A causa de la ruina que provocan sus innovaciones en los gremios de la pesca, en numerosas poblaciones estallan motines, muchas veces promovidos por las clases reaccionarias (hidalguía y clero); estos industriales se ven sometidos a un aislamiento total de la sociedad gallega. Es de destacar también la creciente presencia de una burguesía comercial, que se asienta principalmente en núcleos urbanos de la costa: Vigo, Coruña, etc. Esta es la sociedad que se encuentran los ejércitos napoleónicos. La ocupación provoca una repentina y viva reacción patriótica en todo el pueblo gallego, el cual se lanza a la lucha hasta conseguir la pronta expulsión de su tierra del invasor. El pueblo gallego fue de los primeros en organizar Juntas que dirigieran la resistencia, y en ellas participan todas las clases sociales de una u otra forma: hidalguía y clero, campesinado y burguesía.

36

La naciente burguesía gallega se alinea desde el comienzo mismo de la guerra con el movimiento liberal y por primera vez juega un papel social revolucionario. Al tiempo que combate al invasor, se enfrenta a las clases dominantes exigiendo transformaciones sociales. Su participación en las luchas liberales continuará hasta mediados de siglo, pero poco o nada conseguirán en lo que respecta a la erradicación del feudalismo en Galicia.

Bien es cierto que los gobiernos liberales inician toda una serie de cambios de trascendencia para el futuro en España: abolición de los señoríos, desamortizaciones eclesiásticas y civiles, etc.; estas medidas están orientadas a transformar la economía feudal y a facilitar la implantación de las formas capitalistas en la producción agraria, pues favorecen el incremento del suelo cultivado y la producción y comercialización de los productos del campo (vino, trigo, aceite, etc.). En esencia, con dichas medidas se pretende mercantilizar la agricultura. Pero en Galicia no van a tener ninguna incidencia estas reformas, y el sistema foral, esa pesada losa feudal que oprime al campesino gallego, aún pervivirá por espacio de casi un siglo. Las desamortizaciones mantienen intacto el poder de la hidalguía y lo que pierde el clero con la desamortización va a parar a manos de la burguesía —en general, comerciantes o representantes de profesiones liberales—, que es la clase que posee dinero para pagar las tierras desamortizadas. Para el campesinado, que es la clase más numerosa y que no tiene los medios para hacerse

propietaria de la tierra que trabaja, estas medidas no significan más que un cambio de rentista.

En la primera guerra carlista, los campesinos se mantuvieron completamente al margen; es en el transcurso de ésta —al pretender el clero y los hidalgos hacerles pagar *su guerra* con nuevos impuestos y foros— cuando se produce la reacción del campesinado, que — ¡ante la sorpresa de las autoridades liberales!— comienza a detener y liquidar a las partidas carlistas. Pero no se verán recompensados. Acabada la guerra, es la misma hidalguía la que participará también en el negocio de las desamortizaciones; y con tal entusiasmo que se afilia al partido liberal en masa, copando sus puestos de dirección en Galicia. En definitiva, las primeras reformas liberales, en lugar de favorecer la transformación de la economía feudal gallega, han acabado reforzando el propio sistema foral y convirtiendo a una parte de la burguesía en rentista.

Esta es la situación de Galicia en los albores del nacionalismo. Con la hidalguía feudal metida a *liberal*, a la débil burguesía gallega no le quedaba otro camino que reorientar su lucha por las urgentes transformaciones sociales en Galicia. Va a ser su debilidad y su escaso peso económico, unido a que desde el comienzo tuvo que aproximar su acción política a la lucha del campesino gallego contra el sistema feudal imperante en el campo, lo que imprimirá un marcado carácter progresista y popular a su pensamiento y a la cultura que impulsan, y en su momento, como veremos, al nacionalismo. En Galicia, más que en parte alguna, se aprecia a cada paso en su historia que la patria la ha hecho el pueblo y no sus clases dominantes. Los restos del liberalismo democrático y el movimiento provincialista (*los precursores* para los futuros galleguistas) van a confluir en el pronunciamiento liberal de 1846 en Lugo. El provincialismo surgió como reacción al fracaso de las reformas liberales. Encabezado por intelectuales como Antolín Faraldo, F. Añón y otros, este movimiento plantea la solución a los problemas de Galicia en el marco de una *unidad gallega*, debido a sus peculiares características que la diferencian de los otros pueblos de España: una agricultura atrasada, un comercio y una industria muy débiles y con malas vías de comunicación, una población ruralizada, y con una lengua, una cultura, un arte y una historia propias. Esta solución ha de llegar, según ellos, de la mano de un Estado de tipo federal.

37

El fracaso del pronunciamiento provoca la *provincialización* de éste por medio de la Junta Superior del Gobierno de Galicia, instalada en

Santiago y copada por los dirigentes provincialistas, que introducen en él su ideario y lo convierten en la base de sustentación del mismo. Así, en una proclama difundida por la Junta el 15 de abril de 1846 se dice que Galicia *arrastrando hasta aquí una existencia oprobiosa, convertida en verdadera colonia de la Corte, va a levantarse de su humillación y abatimiento*[17]. Pero Galicia carece del desarrollo económico y de la base social necesarios para sostener este movimiento. El pronunciamiento fracasa y sus promotores son fusilados en Carral. Serán los primeros mártires y su ejemplo va a inspirar al naciente galleguismo.

A mediados del siglo XIX la agricultura gallega continuaba manteniendo un nivel técnico muy bajo, repitiendo los sistemas de cultivo y los mismos rendimientos del siglo anterior. Los campesinos desconocían la más simple máquina que no fuese el arado romano. Esto, unido al mantenimiento del sistema foral y al minifundismo (excesiva parcelación y pequeña labranza familiar con policultivo), aboca a la agricultura gallega a una crisis endémica que reduce el nivel de vida de las masas a la mera subsistencia. Tras varios años de malas cosechas, en la década de los cincuenta el hambre y las epidemias del cólera asolan el país. La emigración, un mal que padece la sociedad gallega desde siglos atrás, es legalizada y la gente marcha a América en masa, escapando del hambre y de la muerte.

Cada vez aparece más claro para los sectores progresistas de la burguesía que únicamente la modernización de la economía permitirá afrontar y evitar tales males. Es entonces cuando recibe un nuevo impulso el federalismo. Se toma como base la labor y los propósitos expuestos por M. Colmeiro, economista que ya en 1843 había propuesto un sistema de gran labranza, la redención de los foros y la privatización de los montes baldíos como remedio a la extremada subdivisión de la propiedad territorial y a la necesidad de mercantilizar la producción agraria. Los promotores de este movimiento (Castro Bolaño, Sánchez Villamarín, etc.) realizan en la década anterior a la I República una extensa campaña en favor de la supresión del sistema foral, medida ésta que consideran imprescindible para que puedan prosperar sus proyectos de modernización de la economía gallega.

Paralelamente a estas primeras expresiones políticas del federalismo republicano en Galicia, comienza su actividad toda una generación de intelectuales galleguistas. De procedencia en general

[17] Recogido del libro de R, Villares y otros autores: *Historia de Galicia*.

pequeño-burguesa, la obra de estos intelectuales es la expresión moderna en el terreno cultural y artístico de las contradicciones de la sociedad gallega. Bajo la apariencia de inmovilidad que le confiere la estructura feudal, esta sociedad esconde una vitalidad y una fuerza transformadora tan patente que fue capaz de imprimir al pensamiento de esta pléyade de intelectuales el carácter más progresista e innovador de todo el siglo XIX en España. Aguirre, Rosalía, Pondal, Curros, Vicetto, Murguía...van a ser los protagonistas del *Rexurdimento* o *Renascenza* de la cultura gallega, a la que improntan desde el primer momento un marcado carácter popular. A todos les une una pasión por Galicia y, junto al canto a la Patria, abiertos a las corrientes socialistas del pensamiento europeo, en la obra de esta generación está siempre presente la protesta y la denuncia de la opresión y la injusticia social que padece el pueblo, su miseria, su atraso. Numerosas tribunas de prensa que favorecen e impulsan el desarrollo de este movimiento, el histórico *banquete de Conxo*, etc., señalan los comienzos de su actividad. En 1863 se publica el primer libro en lengua gallega: Cantares Gallegos, de Rosalía de Castro. La década más prolífica será la de los ochenta; entonces se publican las obras más sobresalientes de Rosalía, Curros, Pondal, la obra histórica de Murguía, etc.

38

La figura de Rosalía llena todo este período. La popularidad que todo el mundo le reconoce le viene a Rosalía porque toda su obra está impregnada del espíritu y la cultura popular. Un autor anónimo diría al respecto: *Resulta emocionante y casi increíble el conocimiento que el pueblo gallego posee de su poetisa, un pueblo que, como todos en el siglo XIX, apenas leía... Es preciso que el poeta cante con la mayor de las purezas la canción de su pueblo para que se produzca este fenómeno tan conmovedor*. La obra de Rosalía está escrita en la lengua de su pueblo, canta a su pueblo y a las bellezas de su tierra oprimida y *asoballada*, describe las incontables injusticias que se cometen con los labriegos y marineros, las miserias de la emigración y los sufrimientos que padecen las masas populares. Describe como nadie lo ha hecho la *saudade*, ese profundo sentimiento que define al pueblo gallego:

Probe Galicia, non debes
chamarte nunca española,
que España de ti se olvida
cando eres, ¡ai!, tan hermosa,
cal si na infamia nacerás
torpe, de ti se avergonza...
...Naide porque te levantes
che alarga a man bondadosa...

Pobre Galicia, no debes
llamarte nunca española
que España de ti se olvida
cuando eres, ¡ay!, tan hermosa.
Como si en la infamia hubieras nacido
torpe, de ti se avergüenza...
...Nadie para que te levantes
te alarga la mano bondadosa.

Durante el proceso revolucionario abierto en España a raíz de 1868, todas las corrientes progresistas de la burguesía gallega confluyeron en el federalismo. Con la proclamación de la República se abre la posibilidad real de solución a los problemas estructurales de la sociedad gallega. Desde Santiago, con Sánchez Villamarín como alcalde federal, se proyecta la organización de un Cantón gallego. A tal objeto se funda el *Centro de Iniciativas para la nueva organización de Galicia*, para estudiar y planificar la organización administrativa del futuro Cantón.

Pero la extrema debilidad de la burguesía gallega y su falta de decisión a la hora de tomar medidas que beneficien al campesinado, la llevan otra vez al aislamiento y a la impotencia. A los siete meses de proclamada la República, se aprueba una Ley de Redención de Foros con tal número de trabas que hace prácticamente imposible que el campesino pueda convertirse en propietario de la tierra.

Así, cuando unos meses después cae la República y es abolida dicha ley (en febrero de 1874), no se producen las más mínimas protestas. El federalismo languidecerá desde entonces hasta desaparecer. Su única herencia iba a ser el *Proyecto de Constitución para el Estado Galaico* —precedente del Estatuto de Autonomía de 1936—, en el que se proclama la soberanía de Galicia y se especifican sus organismos de gobierno.

3.2 La liquidación del sistema foral y el regionalismo

Los fracasos liberal y republicano han configurado en España una sociedad en la que, durante las últimas décadas del siglo XIX, perviven muchos de los rasgos feudales del absolutismo. La Restauración se traduce para Galicia en una alianza entre las clases rentistas feudales y la burguesía industrial conservera,

suficientemente débil en el plano económico como para no encontrar dificultades en la colocación de sus productos dentro del mercado español. Se forma así un grupo de políticos (Montero Ríos, Vicenti, el marqués de Riestra, etc.) que a lo largo de este período van a representar los intereses de tan original alianza en las Cortes de España.

La sociedad gallega continuaba siendo casi exclusivamente rural y la base social del poder de esta alianza van a ser los caciques. Los caciques son la última excrecencia histórica del sistema foral, y son apadrinados en su nacimiento por una burguesía sin otra ambición que el negocio fácil. Estos caciques son la expresión más acabada de agotamiento histórico o impotencia renovadora de unas clases dominantes que siempre han vivido —y viven aún— espiritualmente de prestado, como decía Castelao.

Conforma el cacicato un grupo social que está formado por un reducido número de campesinos enriquecidos a lo largo de este siglo —es el Primitivo de los Pazos de Ulloa— y cuya personalidad se caracteriza por una mezcla entre hidalgo y usurero. A ellos se veían obligados a recurrir los campesinos, desprovistos como estaban de cualquier organización que defendiera sus intereses, para resolver sus problemas burocráticos y administrativos. Los caciques se aprovechan de su influencia y utilizan al campesino en su exclusivo beneficio o el de sus compadres políticos. Esta institución caciquil, por los buenos resultados que reportaba a los políticos de la Restauración, pronto se extendió a todos los rincones de España.

Pero en la Galicia que sufre el régimen caciquil existen otras realidades sociales y políticas. La crisis endémica de la agricultura gallega se agrava a finales del siglo XIX por la incidencia de la crisis agraria general, provocada por la irrupción en el mercado europeo de la carne y de los productos agrícolas americanos, unido a la liberación de las últimas colonias. Los gobiernos de la Restauración se ven obligados al fin a aplicar una política proteccionista, muy a su pesar y como única salida a la crisis, arrinconando de momento la orientación librecambista. Las medidas proteccionistas van a ser muy beneficiosas para Galicia y de gran trascendencia para su futuro histórico. Acababa de perder el mercado cárnico inglés, pero ahora va a conseguir una mayor integración de su economía en los circuitos mercantiles del Estado, y una modernización y especialización sectorial de la producción, que, aunque débil e insuficiente, se dejará sentir sobre todo en la ganadería y las conservas. Este mejoramiento inicial va a permitir al campesinado

fortalecerse y, ya entrado el siglo, sacudirse al fin el sistema foral. A la vez, se favorecerá el desarrollo industrial, principalmente del sector conservero y de la construcción naval. Todo ello lo veremos con detalle más adelante.

En estas últimas décadas del siglo es cuando se construyen las primeras fábricas de conservas en Vigo. Recogiendo la tradición pesquera y de las industrias salazoneras, este sector se convierte en el más moderno y desarrollado de la industria gallega. El resto de la producción sigue siendo artesanal y manufacturera, como el curtido de pieles, industria que se extiende por los alrededores de numerosas ciudades gallegas, y algunas ferrerías localizadas en las montañas orientales de Lugo, donde se extrae hierro que se exporta a Inglaterra por el puerto de Ribadeo.

A la escasa producción industrial y al atraso de la agricultura se une la tardía construcción de los ferrocarriles, un importante agente del desarrollo económico. De ahí que la formación del mercado interno de Galicia llegue tarde, después de la construcción de las líneas férreas y tras un mejor ordenamiento del tráfico marítimo. Esto no impide que exista un importante mercado exterior con Portugal o Inglaterra, y con el interior de la Península.

Por otra parte, se consolida la banca gallega que comenzó a aparecer a mediados de siglo. Esta es débil, de ámbito local y responde a los intereses de los comerciantes mayoristas y pequeños industriales, quienes la crean y la impulsan en su lento desarrollo. Su fortalecimiento comenzará a principios del siglo XX, cuando la producción agraria se incorpore a los mercados capitalistas y los emigrantes comiencen a girar dinero a sus familias.

Como vemos, el desarrollo económico de Galicia tiene sus propias particularidades debido a la pervivencia de la agricultura feudal, lo cual da lugar a la formación de una burguesía con una dedicación y de una procedencia muy diversas. De una parte, se consolida un minoritario pero influyente grupo de burguesía industrial conservera; y de otra, un numeroso grupo de burguesía comercial diseminada por ciudades y villas. La burguesía no tiene la cohesión y el poder de la hidalguía y los caciques, entre otras razones porque incluso parte de esta burguesía comercial es también rentista, y además está desarraigada en gran medida, ya que procede de fuera de Galicia: de Catalunya los industriales conserveros, de Euskadi los industriales del curtido, de la Maragatería muchos comerciantes, etcétera.

Es entre amplios sectores de la burguesía comercial y entre la intelectualidad donde toma cuerpo, sobre todo, el Regionalismo. Con el Regionalismo se pretende hacer frente a la profunda crisis económica y política de finales de siglo, mediante un programa de descentralización de las estructuras políticas del Estado, en oposición al régimen de la Restauración.

Debido a la base social de este movimiento, desde un principio se desarrollan en su seno dos tendencias: una más progresista y democrática, encabezada por M. Murguía, que aglutina a sectores urbanos de la burguesía, receptivos a la realidad social de Galicia y postuladores de un regionalismo reformador de la organización centralista del Estado; y otra tendencia, encabezada por A. Brañas, lastrada por su procedencia hidalga y carlista, que pregona el Regionalismo por antiliberal y por nostalgia del régimen absolutista.

41

Con tal disparidad de criterios, con unas concepciones en general muy moderadas y, sobre todo, con las clases dominantes de la sociedad gallega participando en la política estatal mediante su particular organización caciquil, pocas posibilidades de acción política tenía el Regionalismo. Y así, sus organizaciones aparecen y desaparecen sin dejar apenas rastro.

Únicamente *Solidaridad Gallega* alcanzó cierta relevancia, precisamente cuando orientó su acción política a combatir el sistema foral y apoyar al campesinado en sus luchas. *Solidaridad Gallega* había nacido en el contexto de la estrategia *anticentralista* de los regionalistas catalanes, en su disputa por el poder del Estado. Fundada por la clase media coruñesa (comerciantes, abogados, médicos, industriales, propietarios...), reúne en su seno a gentes de diferentes ideologías. En el *Manifiesto Solidario*, documento fundacional, se expone que sus fines son: *La lucha electoral y el fomento de la riqueza de Galicia*[18].

Esta organización se extiende pronto a numerosas localidades y en 1906 consigue un sonado éxito en las elecciones municipales de la provincia de La Coruña. Pero su labor más importante será la creación de sociedades solidarias entre el campesinado y la celebración de las Asambleas Agrarias de Monforte en 1908, 1910 y 1911, expresión de la alternativa agraria de las clases medias de Galicia. *Solidaridad Gallega* desaparece en 1912 y su legado será heredado por las *Irmandades da Fala*.

---

[18] Ídem.

Desde su origen mismo como movimiento político, vemos que el nacionalismo en Galicia tiene que ligarse para subsistir a la lucha que viene manteniendo la clase social más numerosa y esclavizada: el campesinado. Esto, unido a que la burguesía más poderosa siempre ha vivido de espaldas a Galicia, es lo que hará del nacionalismo gallego en su momento un movimiento profundamente progresista en lo ideológico, democrático en lo político, abierto y sin resabios chovinistas.

La muerte al fin de la hidalguía, esos parásitos anacrónicos y trágicos por su inutilidad, es sin lugar a dudas el suceso más novedoso que acontece en la Galicia de principios de siglo. El proceso de liquidación del Sistema Foral se extiende a lo largo del primer tercio del siglo XX. Es el resultado de un gran movimiento campesino de lucha, conocido como el *Agrarismo*, que impone la redención de tierras mediante el pago de una determinada cantidad de dinero por parte de los campesinos a los rentistas, lo que les convierte en propietarios.

En estas luchas campesinas podemos diferenciar varios momentos, más moderadas al principio y radicales en la fase final. En un primer período se forman por toda Galicia núcleos y sociedades de actividad cultural y reivindicativa campesina. Participan en estas campañas los regionalistas de *Solidaridad Gallega* y organizaciones de tipo populista como *Acción Gallega*. La segunda etapa se sitúa entre los años 1917-1923. La característica del movimiento en este período es su radicalización. En el primer plano de la estrategia política se pone la redención de los foros, adoptándose incluso por parte de los campesinos medidas de presión directa contra los rentistas remisos a redimir los foros. La aplicación de contundentes medidas de este tipo condujo al enfrentamiento con la guardia civil en numerosos lugares, con un saldo de varios muertos y numerosos heridos.

Fue gracias a esta lucha resuelta de los campesinos como se consiguieron redenciones masivas de foros. Hasta que finalmente el gobierno de la Dictadura de Primo de Rivera se vio obligado a promulgar, en 1926, una Ley de Redención de Foros. Se abre entonces una nueva etapa para el movimiento campesino. El problema de los foros está prácticamente liquidado y los campesinos, intentando superar su extrema dispersión geográfica y desorganización, comienzan a organizarse en sindicatos desde los que poder defender más eficazmente sus intereses y combatir al caciquismo. Es a través de estos sindicatos como penetrarán las corrientes del nacionalismo, comunismo y anarquismo; y los

campesinos comenzarán a participar en la organización de la venta de su ganado, se divulgará el empleo de abonos minerales y de maquinaria, etc.

Respecto al dinero que el campesinado necesitaba para hacerse propietario de las tierras, éste tuvo dos vías de procedencia. Una fue la comercialización de los excedentes agrarios, principalmente ganaderos, que se consiguen tras la reconversión de cultivos y el consiguiente crecimiento de la producción agraria, efecto de las medidas proteccionistas de finales del siglo XIX. Esta fue la base del desarrollo de la ganadería bovina y porcina.

El otro canal de procedencia de dicho dinero es la emigración. Amplias capas de la población, principalmente los campesinos pobres, continuaban a merced de las buenas o malas cosechas (son los que pasan hambre y sufren más crudamente las frecuentes epidemias), y serán ellos quienes busquen la forma de subsistir emigrando a Latinoamérica. De 1860 a 1900 son 350.000 los habitantes que pierde Galicia, y de 1900 a 1930 más de 300.000. Mayor número aún son los que emigran para luego regresar. En este período los emigrantes giran una importante parte del dinero que va a permitir redimir los foros, convirtiéndose ellos y sus familias en propietarios de las tierras que venían trabajando.

El proceso de liquidación del sistema foral es al mismo tiempo un proceso de transformación y modernización de la economía agraria de Galicia. Al mismo tiempo que los campesinos se convierten en propietarios, crece en ellos el interés por aumentar la productividad de la tierra. Se introduce maquinaria (el arado de vertedera sustituye al arado romano), comienza la utilización de abonos minerales, etc. A pesar de todo, las transformaciones de la agricultura serán insuficientes, pues persiste el minifundismo que impedirá, con el tiempo, que esta agricultura se transforme en una economía agraria moderna y mecanizada. Es la causa también de que continúe —y aún hoy sobreviva— la nefasta institución caciquil, como un dogal al cuello del campesinado del que se valen las clases dominantes para frustrar sus aspiraciones y manipularles políticamente.

3.3 El nacionalismo gallego y la revolución democrático-popular

Hemos señalado con anterioridad el marcado carácter progresista

que por lo general tuvo siempre el nacionalismo gallego. Al estudiar la evolución de éste en los años inmediatamente anteriores a la II República y durante ésta, destacan otras características de movimiento nacionalista, como son la débil implantación política que siempre tuvo o su misma división y dispersión.

La caída de la Monarquía y el advenimiento de la II República el 14 de abril de 1931, puso de manifiesto la podredumbre a que había llegado el viejo régimen, planteando en el orden del día la necesidad de llevar a cabo profundas y radicales transformaciones económicas y sociales. Lógicamente, dadas las condiciones del sistema semifeudal que había predominado hasta entonces en España, la revolución no podía rebasar en aquel momento el marco democrático burgués; sin embargo, los sectores de la burguesía democrática que se hacen con el poder aprovechando el gran impulso del movimiento de masas, muy pronto van a poner de relieve sus constantes vacilaciones y su total impotencia. Los avatares de la República serán la historia del fracaso de una burguesía que no sabe lo que tiene entre sus manos y además las tiene atadas por mil contradicciones, hasta que el proceso abierto en abril desemboca en el triunfo de la revolución democrático-popular de febrero de 1936, que da el poder a las únicas fuerzas interesadas realmente en el triunfo de la revolución: el proletariado, el campesinado y amplios sectores de la pequeña burguesía.

En Galicia, la burguesía industrial y usurera —que siempre fue una clase contrarrevolucionaria— y la institución que heredara, el caciquismo, mantienen el control político sobre amplios sectores del campesinado. Sin esa base, el nacionalismo languidece como movimiento político entre la pequeña burguesía, dividida además en infinidad de grupos y sin fuerza ni cohesión para impulsar su programa de revolución burguesa, por lo que su apoyo a la lucha campesina no pasa de ser testimonial.

Únicamente cuando los campesinos, marineros y obreros participan activamente en el proceso revolucionario a través del Frente Popular, adquiere relevancia el movimiento nacionalista y se hace realidad su programa. Otra vez el nacionalismo gallego tenía que aliarse con las clases revolucionarias para hacer valer sus aspiraciones. Pero ahora el fenómeno no será únicamente gallego; lo mismo está ocurriendo, por ejemplo, en la Catalunya de Companys y Esquerra Republicana. Es ya la única alternativa histórica viable para las fuerzas progresistas de la burguesía: la alianza con el proletariado para impulsar la revolución

democrática-popular.

Pero veamos cómo ocurrió todo esto.

No se puede hablar de un despegue industrial en la economía gallega durante el primer tercio del siglo XX, pero sí de un importante salto con respecto a los períodos anteriores. Mientras en 1920 la industria ocupaba a 61.000 obreros, en 1930 se había más que duplicado, pasando a ocupar 134.000. En el mismo período el sector servicios pasó de ocupar 83.000 personas a 183.000. Mientras, en el sector de agricultura y pesca disminuyó en 100.000 el número de ocupados, bajando de 692.000 a 597.000. La redención de foros será un importante factor de desarrollo.

La industria conservera, al amparo de las medidas proteccionistas de principios de siglo, se consolida y se desarrolla al introducir, hacia 1905, los nuevos procedimientos técnicos noruegos y franceses. Será durante la I Guerra Mundial, que abre los mercados europeos a las conservas gallegas, cuando aumente la producción y con ella su demanda de materias primas, que sólo pueden ser cubiertas mediante la utilización de embarcaciones cada vez más grandes, capaces de desplazarse a caladeros como el Gran Sol. La ligazón de la industria conservera (Massó, Albo, Alfageme, etc.) con los astilleros se consolida, y fruto de ella es la construcción de los astilleros Barreras y Santo Domingo, constituyéndose así el eje de la estructura industrial viguesa.

La industria extractora de minerales no tiene gran relevancia en esta época. Minerales relativamente abundantes como el cobre, el estaño o el wolframio atrajeron capitales extranjeros, formándose empresas de extracción, como la inglesa *The San Finx* de Luosame. Mayor desarrollo adquieren las industrias que, desde 1902, van apareciendo en Vigo y La Coruña, dedicadas a la prestación de servicios de agua, electricidad y transportes. Comienza, en este período la explotación de los balnearios y la comercialización de las aguas minerales. Diez años más tarde comienzan a despuntar pequeñas empresas hidroeléctricas, que confluirán bajo el franquismo en la gran empresa monopolista FENOSA. El comercio interior experimentó un fuerte incremento, concentrándose en las villas y puertos; al igual que la banca, que además de controlar el dinero procedente de la emigración, comienza a recoger, para dirigir a la inversión, el dinero que antes se mantenía en forma de atesoramiento.

Este es el contexto social y económico que sirve de base al nacionalismo en Galicia. En 1916 se fundan en La Coruña las

primeras *Irmandades de Amigos da Fala* por un grupo de viejos solidarios, regionalistas y republicanos encabezados por los hermanos Vilar Ponte. Las Irmandades pronto se extienden por numerosos pueblos y aldeas de Galicia. No obstante este impulso inicial, la ideología de las Irmandades permanece bastante indefinida, debido a la supeditación de éstas respecto a la estrategia política de los nacionalistas catalanes de Cambó.

En la I Asamblea de las Irmandades, celebrada en Lugo en noviembre de 1918, es donde se elabora un *Manifiesto Nacionalista* en el que quedó expresado el ideario del nacionalismo gallego. Los reunidos en esta Asamblea declararon que

> *teniendo Galicia todas las características esenciales de nacionalidad, nosotros nos nombramos, de hoy para siempre, nacionalistas gallegos, ya que la palabra regionalismo no recoge todas las aspiraciones ni encierra toda la intensidad de nuestros problemas*.

En el plano político, la conclusión más importante que extrajeron fue la reivindicación de la *Autonomía integral para Galicia como paso necesario para la organización federal de Galicia en el seno de la Península Ibérica (Portugal incluido)*; en lo económico, al socaire de los buenos negocios que procuraba la Guerra Mundial, se abogó por la defensa del librecambismo; y, respecto a la cuestión lingüística y cultural, por la cooficialidad de los idiomas gallego y castellano y por una *soberanía estética de la nación gallega*.

Pero el movimiento nacionalista es muy débil, hasta el punto que se hace prácticamente inviable su implantación como fuerza política, pese a los intentos de algunos dirigentes. Sus impulsores se refugian en la labor culturalista, en la que la agrupación NOS hizo un importante aporte a la fundamentación del hecho diferencial gallego y contribuyó a la dignificación del idioma y la cultura.

Cuando se proclama la II República, Galicia presentó un panorama político en el que predomina la división y la proliferación de numerosos partidos, tanto entre la reacción como entre los republicanos, los obreros y los nacionalistas. Las fuerzas reaccionarias seguían teniendo su base en el caciquismo y la burguesía conservera y armadora. Mientras, la burguesía comercial, pequeña burguesía, parte del campesinado, etc., constituían la base de los partidos demócratas centralistas, como ORGA, y de los nacionalistas gallegos.

El nacionalismo gallego inicia la nueva etapa totalmente desorganizado. Había Irmandades que no se coordinaban, partidos

y organizaciones nacionalistas de ámbito local, otras que entraron en ORGA, etc. En estas condiciones se funda en diciembre de 1931, con la participación de 22 organizaciones diferentes, el Partido Galleguista que desde un primer momento dirige A. Castelao. Este partido agrupa a la burguesía democrática nacionalista y a la intelectualidad; sintetizando el aporte de las Irmandades y de la generación NOS, define a Galicia como una *unidad cultural, pueblo autónomo, comunidad cooperativa y célula de universalidad*. Como objetivo político fundamental se fija la consecución de la autodeterminación para Galicia (según la Declaración de la III Asamblea), lo que no significaba un *quebrantamiento de la solidaridad que nos vincula natural y libremente al Estado español*.

45

Con el desarrollo industrial se han consolidado los primeros núcleos obreros. Es un proletariado joven muy ligado a los marineros y al campesinado —por lo general ellos mismos trabajan la tierra— y en su gran mayoría temporeros, dadas las características de la industria conservera. Entre estos núcleos, principalmente El Ferrol y Vigo, tienen la UGT y la CNT gran número de afiliados. Los pesoístas opinaban que *el sentimiento de autonomía regional no es en el momento actual necesidad que sienta Galicia. La propaganda autonomista en Galicia está forzando el sentimiento de la ciudadanía gallega para formar una falsa opinión en tal sentido*[19]. Estas posiciones chovinistas y rastreras del PSOE, unido a su reformismo, impiden una implantación mayoritaria de este partido.

El triunfo del Frente Popular procuró una notable influencia a los comunistas entre los trabajadores gallegos. La penetración del PCE entre los obreros, campesinos y marineros se ha iniciado en los años inmediatamente anteriores. Había obtenido 3.000 votos en las elecciones de abril, pasando a 10.000 en 1933. En las elecciones de febrero de 1936, ganadas por el Frente Popular (del que el PCE es principal artífice), consigue sólo en la provincia de Pontevedra 82.000 votos y un escaño para el Parlamento. Teniendo en cuenta que las elecciones no reflejan nunca totalmente la influencia y la fuerza real de los partidos obreros revolucionarios, estas cifras demuestran de manera palpable la implantación del Partido entre los trabajadores gallegos. En este desarrollo del Partido Comunista ha jugado un papel fundamental el cambio habido en su política, en lo referente a su posición con respecto al problema nacional. Los comunistas se habían convertido, tras el cambio de Dirección en su seno, en los más abnegados defensores de los intereses de todos los

[19] Recogido del trabajo de Xosé R. Barreiro Fernández, incluido en la *Historia de Galicia,* de ANPG.

trabajadores y de los derechos nacionales del pueblo gallego.

La República de abril no había acometido ninguna de las transformaciones de las que Galicia necesitaba. La clase obrera y el campesinado se incorporan a la lucha y ponen a la orden del día la revolución democrático-popular. Con el triunfo del Frente Popular el 16 de febrero de 1936 se abre al fin en Galicia la posibilidad de una profunda transformación de la sociedad.

Al Partido Galleguista no le queda otra alternativa que la integración en el Frente Popular, decisión que toma de inmediato, por más que el ala derechista de Otero Pedrayo, muy ligado a una hidalguía residual, se escinde y más tarde convive sin remilgos con el franquismo.

La mayoría del Partido Galleguista siguió al grupo progresista liderado por Castelao, un consecuente demócrata y, junto con Rosalía y Curros, la figura intelectual de más relieve. Al frente de su partido luchará durante la República y en el transcurso de la guerra del 36 al 39 por la democracia y por el reconocimiento de los derechos nacionales de Galicia. La siguiente cita resume muy bien su ideario:

46

> *En la política mundial* —escribía durante la guerra— *hay dos tendencias generales, en aparente oposición: la internacionalista, debida a las circunstancias políticas de nuestro tiempo y a las condiciones económicas del mundo; y la particularista, debida al resurgir de las nacionalidades que luchan por la libertad dentro de los grandes Estados.*
>
> *Estas dos tendencias encuentran su solución normal en el federalismo. Pero el federalismo internacional solamente puede realizarse sobre las ruinas de los Estados imperialistas y con la previa abolición del sistema capitalista actual. Por esto la estructura federal sólo será posible con el triunfo de las armas leales.*
>
> *Quiero proclamar en letras de molde lo que hemos dicho muchas veces en los mítines de propaganda. Creemos que el separatismo es una idea anacrónica y solamente lo disculpamos como un movimiento de desesperación que jamás quisiéramos sentir. Esto significa que los defensores de la posición maximalista de Galicia no intentamos romper la solidaridad de los pueblos españoles —reforzada por una convivencia de siglos— sino más bien posibilitar la reconstrucción de la gran*

unidad hispana o ibérica[20].

Este es el marco en el que pretendía solucionar los problemas de Galicia el nacionalismo. Tras la victoria de febrero y por medio de Alexandro Bóveda, el Partido Galleguista redacta el Estatuto de Autonomía que será aprobado por todas las fuerzas que integran el Frente Popular y refrendado masivamente por el pueblo gallego el 28 de junio de 1936.

Fue aquella la gran movilización popular de la historia política de Galicia, concebible únicamente en el contexto revolucionario en que se produce. Tras la campaña llevada a cabo por los partidos integrantes del Frente Popular, el pueblo gallego (fue espectacular la participación de votantes: 1.000.963 de 1.343.135 censados) acude a las urnas aprobando el Estatuto con el 99 por ciento de votos favorables. Al fin se reconocían y se daba cauce a las aspiraciones nacionales del pueblo gallego. Lo había hecho posible la estrecha alianza de los nacionalistas de la pequeña burguesía y las fuerzas internacionalistas que encabezara el Partido Comunista.

Pocos días después, el 18 de julio, se produce el levantamiento militar fascista en África. Las autoridades republicanas de Galicia, miembros en su mayoría de los partidos reformistas, subestiman a los fascistas y, como en Galicia *no ocurre nada* en un primer momento, se niegan a armar al pueblo. El pueblo gallego se concentra en las ciudades y villas más importantes para ponerse al servicio de las autoridades legales y defender con las armas a la República; campesinos movilizados por las Sociedades Agrarias se concentran en Pontevedra, Lugo, La Coruña, Santiago...; las masas obreras del Ferrol, Vilaodriz (Lugo), los mineros de Lousame (Noia) se movilizan...Vigo también está dispuesto a la lucha.

47

El levantamiento militar se produce al fin en Galicia y la resistencia no está organizada. Comunistas, nacionalistas y anarquistas organizan núcleos que, apenas sin armar, se enfrentan a los militares. La resistencia de los focos de Lavadores, Tuy y otros fue heroica, pero al fin serían aplastados.

Los falangistas implantan el terror. Galicia vivió una cruel guerra sin frentes, con los *señoritos* asolando el país. Para afrontar la nueva etapa de lucha que se abre, únicamente el Partido Comunista contará con las ideas, los hombres y la decisión necesarios.

---

[20] Castelao: *Sempre en Galiza*.

4. El nacionalismo catalán en la encrucijada de la lucha de clases

4.1 Los comienzos de la industrialización y La Renaixença

A comienzos del siglo XIX Catalunya va a entrar en un período de franca expansión industrial que terminará colocando a la burguesía catalana a la cabeza del desarrollo capitalista en España. La explotación de las colonias americanas proporcionará los capitales necesarios para emprender esta industrialización, y la expoliación de los pequeños campesinos durante las desamortizaciones, la primera mano de obra para trabajar en las nuevas fábricas: así se incorporaba Catalunya a la era industrial.

En 1832 se introduce el primer telar mecánico y se pondrá en marcha, por Josep Bonaplata, la primera fábrica movida a vapor de todo el territorio español. En 1840, un indiano, Joan Güell i Ferrer, funda la fábrica el *Vapor Vell de Sants*. La consolidación definitiva del área industrial barcelonés vendrá a partir de 1844, y afectará no sólo a la industria textil, sino también a las empresas mineras, metalúrgicas (en 1855 se crea la Maquinista Terrestre y Marítima) y a las vías de comunicación. En 1848 se inauguraba la primera línea de ferrocarril, Barcelona-Mataró. Miles de obreros —muchos de ellos inmigrantes— fluyen constantemente a las industrias para acrecentar con su trabajo la prosperidad de los capitalistas catalanes. En consonancia con este desarrollo industrial y como resultado de las crecientes necesidades financieras, en 1844 se funda el Banco de Barcelona, que se convierte en el segundo de España.

La debilidad del mercado español hizo que la burguesía catalana dependiera casi exclusivamente del mercado colonial para dar salida a sus productos manufacturados. Esto le llevó a apoyar e impulsar cuantas iniciativas tomó el gobierno para mantener y ampliar su imperio colonial. Muchos militares de origen catalán —el mismo Prim inició su carrera política en estas guerras— pusieron su sable al servicio de la causa imperialista en América y el Norte de África.

Expresión de estas transformaciones económicas y sociales

promovidas por la industrialización va a ser el resurgimiento de las tradiciones literarias y culturales de Catalunya, formándose así el movimiento llamado la Renaixença.

El movimiento de la Renaixença, que se enlaza con la corriente romántica de exaltación de los valores y sentimientos nacionales, es el fruto natural de la pujanza que venía manifestando la burguesía catalana, y a él se adhieren muy pronto la mayoría de los intelectuales.

Con la Renaixença, Catalunya se reencuentra con sus raíces históricas, con sus rasgos propios de pueblo diferenciado y con sus tradiciones artísticas y culturales, todo lo cual conforma el soporte natural del hecho nacional y de la adquisición de su identidad colectiva, uno de cuyos principales elementos es la lengua; precisamente se suele fijar el comienzo de la Renaixença en 1833, a raíz de la aparición del poema *Oda a la Patria* de B. Caries Aribau, poema que reivindica, de manera muy particular, el uso de la lengua catalana: *Muira, muira l'ingrat que, en sonar en sosllavis per estranyaregió l'accent nadiu, no plora*[21].

49

En el transcurso de este movimiento, surgen artistas o intelectuales que resaltan lo peculiar y diferenciador del hecho catalán y cantan en lengua catalana los logros del capitalismo. Poetas y literatos hacen de los Jocs Florals su plataforma de expresión; entre ellos destacan Narcís Oller, Aribau, Maragall, Verdaguer, Ángel Guimerá, Torras i Bages, etc.

Sin embargo, la Renaixença trascendió de los círculos culturales burgueses; como muestra de la vitalidad de un pueblo que se incorpora pujante a la corriente del progreso histórico, este resurgimiento cultural impregnó a todas las clases sociales de Catalunya. De este modo se fue configurando un amplio movimiento cultural con hondas raíces populares y con un claro contenido democrático.

El proletariado catalán será el que encabece esta vertiente popular de la Renaixença. Siguiendo el ejemplo del Orfeón fundado en 1850 por Anselm Clavé, en numerosas fábricas aparecen masas corales formadas por obreros; más tarde, estos coros se extenderán por toda Catalunya, quedando incorporados para siempre a su tradición cultural. Además, la clase obrera disponía, desde tiempo atrás, de sus propias publicaciones, entre las que destacan los periódicos "El

[21] "Muera, muera el ingrato que, al sonar en sus labios por extraña región el acento nativo, no llora ".

Obrero" y "La Asociación", en los que se insertaban, entre otros, artículos destinados a la formación intelectual de los obreros. Merece destacarse la labor realizada en este sentido por el Ateneo Catalán de la Clase Obrera, fundado en Barcelona en 1861. La agudización de la lucha de clases en Catalunya, pronto habría de convertir a estas sociedades y publicaciones en tribunas de denuncia de los abusos de los fabricantes y del gobierno.

La Renaixença queda así articulada en dos grandes corrientes que, si bien se desenvolvieron de una forma paralela —y muchas veces en abierta oposición—, llevarían a la lengua y las letras catalanas a cotas de gran calidad artística. Juntas, contribuirán a que el hecho diferencial catalán prenda en amplios sectores de la población de Catalunya.

Pero, en general, quienes acogen y potencian con mayor interés este movimiento son aquellos sectores de la burguesía que ven fracasado su intento de influir en la política del Estado. Por esta razón, la Renaixença se verá fuertemente influenciada por las contradicciones que van a enfrentar a proteccionistas y librecambistas, transformándose en un instrumento de la burguesía industrial catalana con el que presionar a la oligarquía en el poder.

A partir de 1866 se produce en Europa una grave crisis financiera que afectó en gran medida a la burguesía catalana. Esta, además del mercado colonial, va a necesitar hacerse con la exclusiva del mercado español, lo que le llevará a enfrentarse con el librecambismo predominante en el gobierno de Isabel II. La orientación librecambista de la gran burguesía frenaba la expansión de la industria catalana al conceder importantes ventajas arancelarias a las compañías extranjeras e imponer excesivas cargas aduaneras a las manufacturas dirigidas al mercado colonial. Por ejemplo, la concesión de la construcción de ferrocarriles a Francia y otros países europeos provocó un retroceso en la siderurgia catalana que la llevaría casi a la desaparición.

Los vibrantes alegatos de los proteccionistas catalanes —principalmente de los empresarios encuadrados en el *Fomento de la Producción Nacional* — en los organismos políticos estatales se estrellaban contra la cerrazón y el monopolio político que ejercía la oligarquía feudal-comercial, que veía en el proteccionismo una amenaza inmediata a sus intereses y, a la larga, el riesgo de perder su hegemonía en beneficio de la burguesía industrial catalana.

Resurge así el conflicto que durante la primera mitad del siglo XIX había enfrentado a la burguesía con la oligarquía feudal, sólo que

esta vez la lucha no se dará desde la perspectiva del liberalismo, sino con la vista puesta en la consecución de una República Federal que acabase con la monarquía despótica y corrompida de Isabel II. El hecho de que el proceso industrializador hubiera quedado localizado casi exclusivamente en Catalunya convertía a la burguesía catalana en el sector más avanzado de la clase burguesa en toda España, y la coloca a la cabeza de este nuevo movimiento revolucionario.

El federalismo republicano luchaba por construir un Estado moderno que crease las condiciones para el desarrollo rápido y general del capitalismo y garantizase la hegemonía política de la burguesía industrial en la marcha de los asuntos estatales. Para lograrlo, la burguesía catalana encabezó los intentos revolucionarios que condujeron al destronamiento de Isabel II y, a la postre, el advenimiento de la I República.

La implantación de la República trajo consigo una serie de medidas progresistas: la Constitución federal, la Amnistía, la desaparición de trabas feudales, la abolición de determinados impuestos y de las quintas, etc. Pero la burguesía seguía siendo débil para poder defender estas conquistas revolucionarias, y se encontraba aislada, reducida a algunas zonas de la periferia peninsular (Catalunya, País Vasco, Levante...); este aislamiento de la burguesía revolucionaria era aún mayor por cuanto su proteccionismo chocaba frontalmente, como hemos visto, con los intereses de la gran burguesía estatal, librecambista y más conservadora.

Por otra parte, la burguesía no supo ni quiso tomar medidas revolucionarias — expropiación de los latifundios y mejoramiento de las condiciones de vida de las masas trabajadoras, principalmente— tendentes a dotar a la República de una amplia base popular y que le sirviera de apoyo en la lucha contra la reacción feudal.

No obstante los esfuerzos realizados por algunas personalidades republicanas —como Pi i Margall— por atraer a su causa a la clase obrera y el campesinado, el miedo que la burguesía sentía ante estos dos sectores fundamentales de la población pudo más que el peligro de la contrarrevolución. En estas condiciones, no es de extrañar que a primeros de 1874 se diera un golpe de estado que acabara con la República.

Prueba palpable de que la gran burguesía, incluida la catalana, no estaba por las soluciones revolucionarias es el hecho de que, nada más producirse el golpe de estado, dos destacados banqueros

catalanes (EvaristArnús y Manuel Girona) conceden un préstamo extraordinario al nuevo régimen. A la vez, el gobierno golpista intenta atraer a los industriales suspendiendo la base quinta del arancel de 1869. Esta rectificación de la política librecambista produjo una deserción en masa de amplios sectores de la burguesía catalana de las filas del federalismo republicano. El intento revolucionario de la burguesía catalana se vino abajo estrepitosamente, y con él, el proyecto republicano— federal para España. Se inicia así el período de la Restauración, en el curso del cual se irá formando la actual oligarquía española en base a la fusión de la vieja aristocracia terrateniente castellano-andaluza con la alta burguesía comercial e industrial catalana y vasca.

4.2 La aparición del nacionalismo catalán

En la década que siguió a la caída de la I República, el capitalismo financiero e industrial de Catalunya tuvo un desarrollo vertiginoso.

En 1876 se fundó el único banco de inversión de la época: el Banco Hispano-Colonial, promovido por Antonio López, primer Marqués de Comillas, santanderino enriquecido con el comercio colonial y afincado en Barcelona. Su primer acto financiero fue un préstamo de 200 millones al Estado para hacer frente a la sublevación de Cuba. El Banco Hispano-Colonial, a su vez, promovió otras campañas: la Transatlántica, la de Tabacos de Filipinas, el Crédito General de Ferrocarriles, etc.

En los años 1881-1882 se crearon 16 bancos domiciliados en Barcelona y 12 más en otras poblaciones catalanas. Además, resurge la industria metalúrgica, y la industria textil conoce lo que se ha llamado *el decenio dorado* (1875-1885), favorecido por la exportación a las Antillas. La mecanización era total en las hilaturas. Las industrias laneras de Tarrasa y Sabadell acabarán arruinando los tradicionales centros de Béjar y Alcoy.

Con la reorientación librecambista de mediados de los años 80, se iniciaría una nueva crisis en la industria catalana; esta crisis volverá a poner de manifiesto las profundas diferencias que separan a la burguesía industrial de la gran burguesía comercial y financiera. Los industriales catalanes comienzan a organizarse autónomamente y a buscar los resortes políticos que puedan llevarles a la solución de la crisis. En 1889 se fusionan las organizaciones patronales catalanas, dando origen a una gran entidad: el Fomento del Trabajo Nacional.

De la mano de esta organización patronal, comienza el alejamiento de la burguesía industrial catalana de los dos grandes partidos de la Restauración, el Liberal y el Conservador.

Con la independencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en 1898, la industria catalana se quedó prácticamente sin mercados. La burguesía industrial se encontró de nuevo ante el difícil problema de la transformación de las estructuras económico-sociales del Estado, objetivo que no guardaba proporción ni con su fuerza económica y política ni con su mentalidad conservadora; su debilidad y aislamiento ya se había puesto de manifiesto con el fracaso que habían sufrido durante la I República.

Es en estos momentos de crisis cuando la burguesía catalana volverá sus ojos hacia su propio mercado, hacia Catalunya.

Hasta aquí, el catalanismo se había manifestado en el movimiento intelectual y cultural de la Renaixença, y no había pasado de ser una expresión romántica del sentimiento nacional de la pequeña-burguesía y de los intelectuales. Por tanto, el movimiento nacionalista no había alcanzado aún su expresión política.

52

El nuevo giro desfavorable que tomaba la situación económica para Catalunya, va a dar un nuevo impulso a este catalanismo, transformándolo. *El memorial de Greuges* (Agravios) de 1885 —que en esencia contenía la protesta de la burguesía catalana por la reducción del arancel proteccionista— pasará a convertirse en una bandera para el naciente movimiento nacionalista.

Este cambio fue visto con buenos ojos por la intelectualidad catalana, que no va a tardar en prestarle su apoyo y en dedicarse a fundamentar teóricamente los nuevos propósitos de la burguesía. Este va a ser el objetivo del Centre Escolar Català, al que se integran intelectuales como Prat de la Riba, Verdaguer i Callis, Cambó, etc. La unión de estos jóvenes intelectuales y políticos con los empresarios del Fomento del Trabajo Nacional dio lugar, en 1901, a la Lliga Regionalista de Catalunya.

La Lliga Regionalista pasa a ser el partido hegemónico en Catalunya y el más firme instrumento político de la burguesía catalana. Su principal ideólogo será Enric Prat de la Riba.

Prat de la Riba procedía de una familia de grandes propietarios rurales y su obra — especialmente *La nacionalitat catalana* (1906), a la que pertenecen las citas que incluimos— está encaminada a exaltar los valores de una Catalunya desarrollada en sentido capitalista. Y, como buen burgués, predica la *hermandad* entre los

obreros y la burguesía, puesto que la nación, según él, *no es cuestión de buen gobierno ni de administración; no es cuestión de libertad ni de igualdad; no es cuestión de progreso ni de tradición: es cuestión de Patria*.

Prat de la Riba —quien todavía hoy viene a ser para algunos sectores de la pequeña burguesía nacionalista el más fiel exponente del nacionalismo catalán— es, en realidad, un defensor acérrimo del chovinismo y del imperialismo, y no se recata en manifestarlo:

> *No se ha conquistado* —escribe— *el Estado, el Derecho y lengua, no hemos conseguido la plenitud de expansión interior, pero ya el nacionalismo catalán ha comenzado la segunda función de todos los nacionalismos, la función de la influencia exterior, la función imperialista*. Para Prat de la Riba el imperialismo no es más que *un momento de la acción nacionalista: el momento que sigue al de plenitud de vida interior, cuando la fuerza interna de la nacionalidad, acumulada, irradia, sale de madre, inunda y fecunda los llanos de su alrededor*. Así que las expectativas que le ofrece a la burguesía catalana no pueden ser más ambiciosas aún a pesar de no haber alcanzado todavía *la plenitud de vida interior*. Cuando ésta sea alcanzada, *entonces será la hora de trabajar para reunir todos los pueblos ibéricos* [...] *dentro de un solo Estado, de un solo imperio (y así) podrá otra vez expansionarse sobre las tierras bárbaras*.

Antes de intentar hacer realidad sus sueños de grandeza, el nacionalismo catalán necesitaba organizar sus fuerzas, y a tal fin, uno de los primeros objetivos que se fija consiste en la promoción de la unidad con el resto de grupos políticos existentes en Catalunya para concurrir a las elecciones de 1906. Así se constituyó *Solidaritat Catalana* que, bajo la hegemonía de la Lliga, agrupó a los intelectuales de la Unió Catalanista, a nacionalistas republicanos, a republicanos federales, carlistas, etc. *Solidaritat Catalana*, a pesar de su corta vida (hasta 1909), constituyó para la Lliga una plataforma política desde la que pudo presionar al gobierno central y exigirle una mayor descentralización administrativa.

53

En agosto de 1909 se producen los acontecimientos de la Semana Trágica. La huelga general, declarada por las organizaciones obreras en protesta por el envío a Marruecos de un contingente de 40.000 soldados catalanes, fue la chispa que hizo estallar la revuelta. Toda Barcelona se llenó de barricadas. El ejército entró a saco en la ciudad para sofocar la rebelión, y la burguesía, que había alardeado de antimilitarismo y hecho campaña en contra de la guerra de

Marruecos, no dudó en dejar aislados a los obreros en la lucha. Por su parte, la Lliga respaldó plenamente la represión del Gobierno y las ejecuciones que siguieron a la Semana Trágica, entre ellas la del intelectual anarquista Ferrer i Guàrdia. Esta pusilanimidad y cobardía es buena muestra del patriotismo de la burguesía catalana.

El 6 de abril de 1914, bajo la presidencia de Prat de la Riba, se constituye la Mancomunitat de Catalunya. La Mancomunitat se constituyó como una federación de las cuatro diputaciones catalanas, con carácter puramente administrativo. Era un primer reconocimiento de la personalidad de Catalunya y el techo de autonomía que pudo alcanzarse bajo el predominio de la Lliga.

La euforia económica creada por la I Guerra Mundial, la crisis del régimen de la Restauración y una nueva victoria electoral obtenida en 1916, animaron a la burguesía catalana a lanzarse de nuevo a la realización de su viejo proyecto: conquistar la hegemonía política del Estado. Para ello utilizará a su fuerza parlamentaria y a los grupos políticos nacionalistas y regionalistas afines a la Lliga. La formación en Barcelona, en 1917, de la Asamblea de Parlamentarios que aglutinó a unos 80 diputados de la oposición —regionalistas, reformistas, radicales, etc.— boicoteando así las Cortes oficiales, perseguía este mismo fin.

Pero esta nueva intentona va a correr la misma suerte que las anteriores: la Asamblea de Parlamentarios será disuelta por la guardia civil, y la burguesía catalana no logrará salir del aislamiento en que se encuentra. Tras este nuevo fracaso, los nacionalistas catalanes de la Lliga emprenden una retirada en toda regla.

4.3 El radicalismo del movimiento obrero catalán

El movimiento obrero en Catalunya, ya desde sus inicios, se caracterizó por su gran radicalismo y su enfrentamiento abierto con la burguesía. Desde los años 30 del siglo pasado, surgen en Catalunya sociedades de resistencia entre los obreros de la industria textil. En el año 1834 se produjeron en Barcelona protestas populares que culminaron con la ejecución por los obreros del general Bassa y el incendio de la fábrica Bonaplata. A finales de marzo de 1854 se declaró en Sants (Barcelona) una huelga en las dos principales fábricas de la ciudad: el Vapor Vell y la España Industrial. En julio del mismo año estalla una nueva huelga; en el transcurso de la misma es ejecutado Josep Sol i Padrís,

presidente del Instituto Industrial de Catalunya y de la fábrica Güell.

El objetivo principal de las huelgas y luchas de toda esta época se centra en la reducción de la jornada de trabajo y en el reconocimiento legal de las sociedades obreras.

Pero tal como hemos visto anteriormente, la clase obrera no permaneció indiferente al hecho nacional. El movimiento de la Renaixença tuvo una vertiente popular de la que el proletariado fue su principal animador. A pesar de que la agudización de la lucha de clases impidió a la burguesía canalizar esta corriente hacia sus fines nacionalistas, el hecho diferenciador catalán —especialmente su lengua y su cultura— permaneció siempre vivo en la clase obrera catalana.

En 1870 se había celebrado en Barcelona el I Congreso Obrero Español, que dio origen a la Federación Regional Española de la AIT; de los 98 delegados asistentes al acto, 74 representaban a sindicatos catalanes. Las divergencias en el seno de la AIT tuvieron también su reflejo en España, originando escisiones entre bakuninistas y marxistas. La AIT de Catalunya permaneció bajo el predominio de los bakuninistas.

El anarquismo está muy presente en toda la historia del movimiento obrero catalán, ya desde sus orígenes. La dispersión de la industria, las duras condiciones de trabajo y de vida que padecían los obreros, la combatividad tradicional del proletariado catalán y la continua inmigración de obreros procedentes del campo andaluz, formaron el caldo de cultivo para el arraigo de las ideas de Bakunin y sus amigos.

El rápido ascenso del anarquismo sólo podía ser frenado con una correcta y audaz aplicación de las tesis marxistas; pero el PSOE, ya desde sus comienzos, dejó entrever muchas de las vacilaciones y del espíritu de conciliación que más tarde le conducirían al servilismo más rastrero. Esta actitud del PSOE contribuyó aún más a que la CNT (fundada en 1910) se convirtiera en la organización obrera con mayor implantación en Catalunya y a la que convergían cuantos obreros, descontentos con el reformismo, deseaban un cambio en profundidad de su situación.

Por otro lado, la traición al movimiento popular y el respaldo que dio la burguesía nacionalista a la represión desencadenada contra los obreros durante la Semana Trágica, trajo importantes consecuencias a medio y largo plazo. De entrada, el abismo que separaba a la clase obrera del nacionalismo catalán se hizo aún más profundo, imposibilitando cualquier tipo de colaboración. Habrá

que esperar el advenimiento de la II República para que pueda darse una alianza —ya bajo la hegemonía del proletariado— entre estos dos sectores de la población.

Por otra parte, el empeoramiento de las condiciones de vida de los obreros como consecuencia de la crisis de 1917 y la influencia de la Revolución Soviética, hicieron que la contradicción entre la burguesía y el proletariado se agudizase al máximo. Huelgas, manifestaciones, enfrentamientos y sublevaciones campesinas se suceden por toda España. La dura represión que recayó sobre los obreros catalanes en esta época, la falta de firmeza del PSOE y la UGT y los asesinatos de obreros por pistoleros contratados por la patronal, hicieron que el proletariado catalán radicalizase sus métodos de lucha cada vez más, hasta llegar a la lucha armada. Desde 1919 a 1923 los enfrentamientos entre sindicatos obreros y patronales se suceden continuamente; numerosos obreros —especialmente cenetistas— son asesinados en aplicación de la *ley de fugas* y otros muchos son encarcelados. También numerosos patronos, empresarios, policías y políticos son ejecutados por los revolucionarios anarquistas.

La lucha de clases en Catalunya había conducido a una guerra civil, la cual distaba mucho de los sueños nacionalistas burgueses de conciliar las clases en beneficio de "un ideal superior de patria". Los obreros no estaban dispuestos a sacrificar sus intereses de clase en aras de esa utópica patria burguesa.

4.4 La lucha por el Estatuto de Autonomía

En estas condiciones, la campaña por la autonomía, desarrollada en 1918-1919, fracasó estrepitosamente, quedando demostrada la inviabilidad de la estrategia de la Lliga para la consecución del Estatuto. Este fracaso, y la situación de guerra civil que enfrentaba a obreros y patronos, hizo desistir definitivamente a la Lliga de sus proyectos *revolucionarios*. En 1923, el general Primo de Rivera dio un golpe de Estado, contando desde un primer momento con el apoyo de la burguesía de la Lliga. No se podía esperar otra cosa.

A pesar de que la Dictadura de Primo de Rivera prohibió los partidos políticos y todo tipo de organizaciones obreras, así como el uso de la lengua y de la bandera catalana en los organismos oficiales, la Lliga no dudó en pasarse con armas y bagajes al nuevo régimen, colaborando con el Gobierno. Lo mismo hicieron los responsables

de la Mancomunitat, que al día siguiente del golpe de Estado presentaron su acatamiento al dictador, participando activamente en la represión del movimiento obrero. Quedaba demostrado, una vez más, que los intereses de la burguesía estaban muy por encima de sus posibles sentimientos nacionalistas. Para ella, antes que nada era preciso acabar con la agitación obrera, con la guerra civil encubierta que enfrentaba a obreros y pistoleros de la patronal, con la peligrosa situación a que había llevado al país la descomposición política que había alcanzado el régimen de la Restauración; paz, orden y explotación: he ahí los objetivos de la burguesía, objetivos que venía a garantizarle el nuevo dictador. A partir de estos momentos, la burguesía industrial catalana deserta de las filas del nacionalismo y estrecha definitivamente sus lazos con la gran burguesía y la aristocracia en el poder. Ni siquiera alzó la voz para protestar por la suspensión, en 1925, de la Mancomunitat de Catalunya, que era todo lo que había logrado en más de treinta años de lucha política.

Pero la permanencia de las contradicciones que dieron lugar al nacimiento del nacionalismo va a hacer que éste siga vivo y resurja de nuevo con más fuerza. El nacionalismo fue traicionado y abandonado por la alta y media burguesía, pero no estaba muerto. A partir de aquel momento pasará a ser asumido y encabezado por la pequeña burguesía y el pequeño campesinado catalán, que por entonces se encontraban divididos en distintas organizaciones. Algunas de ellas, como EstatCatalà, de Francesc Macià, irán radicalizando sus posturas, se harán independentistas y llegarán a realizar un fallido intento insurreccional.

A todo esto, el movimiento obrero continúa, en su mayoría, permaneciendo al margen del movimiento nacional; aunque maltrecha por la represión desencadenada, la CNT seguía siendo predominante entre los obreros catalanes; el PSOE estaba cada vez más desprestigiado por su descarada colaboración con la Dictadura. Por su parte, los comunistas —aparte de su debilidad, pues el PCE fue formado en 1921— se encontraban profundamente divididos en diversos grupos y tendencias (Partit Comunista Català, Bloc Obrer i Camperol, Esquerra Comunista, etc.)

Tras la crisis originada por la caída de la Dictadura (1930), los distintos sectores de la burguesía de España se disponen a encauzar la avalancha revolucionaria que se estaba gestando en pro de la República, a fin de garantizar un tránsito pacífico y su dirección de todo el proceso. Así, en agosto de 1930 se firma el Pacto de San Sebastián. En él estarían presentes representantes de distintas

organizaciones nacionalistas catalanas. Por su parte, los burgueses de Lliga mantuvieron su alianza con la oligarquía y participaron activamente en los últimos gobiernos de la monarquía. En marzo de 1931 se unificaron tres grupo nacionalistas pequeño-burgueses — Estat Català, Partit Republicà Català y el grupo de intelectuales de *L'Opinió*—, constituyendo Esquerra Republicana de Catalunya. En el curso de los cinco años siguientes, la Esquerra se convertirá en el partido predominante en toda Catalunya. Su actividad se va a centrar en lograr un Estatuto de Autonomía y el autogobierno para Catalunya en el marco de una República para toda España. Paralelamente a este proceso de unión de la burguesía democrática, se va a iniciar un acercamiento de las organizaciones obreras a las posiciones del nacionalismo, principalmente apoyando la consecución del Estatuto.

En las elecciones municipales de ese mismo año, el triunfo de Esquerra Republicana — apoyada por socialistas y republicanos— fue completo en toda Catalunya. Companys y Macià proclamaron la República Catalana como Estado integrante de la *Federación Ibérica*. Pocos días después, tras intensas negociaciones con el nuevo gobierno republicano y respetando los acuerdos firmados en el Pacto de San Sebastián, Macià renunciaba a la República Catalana a cambio del establecimiento de la Generalitat y la concesión de un Estatuto redactado y plebiscitado por el pueblo catalán.

La discusión del Estatuto por las Cortes de Madrid fue larga y dejó traslucir las mismas vacilaciones y debilidades que el gobierno republicano-socialista venía mostrando en relación con todas las demás tareas que exigía la revolución democrática en marcha. A pesar de estas trabas, en 1932 fue aprobado el Estatuto de Autonomía para Catalunya, aunque con importantes recortes y restricciones respecto del aprobado en referéndum por el pueblo catalán en 1931.

No obstante, el Estatuto suponía un paso adelante en la solución del problema nacional. A través de él se lograron alcanzar mejoras reales, tanto de tipo político como económicas y sociales. Una de las más importantes fue la promulgación, el 12 de abril de 1934, de la Ley de Contratos de Cultivos, que posibilitaba a unos 70.000 payeses acceder a la propiedad de la tierra en un corto plazo de tiempo. Era la primera ley de carácter social aprobada por el Parlamento de Catalunya; el Consellerd'Agricultura de la Generalitat era Joan Comorera, por entonces Secretario General de la Unió Socialista de Catalunya.

4.5 La resistencia antifascista y la formación del PSUC

Tras la subida al poder de la CEDA, en 1933, el peligro de implantación del fascismo era inminente. Para hacerle frente, todas las fuerzas antifascistas se pusieron en movimiento; sus acciones culminarían con la insurrección popular de octubre de 1934.

En Catalunya, el presidente de la Generalitat, Lluís Cornpanys, llamó al pueblo a la lucha, y comunistas y socialistas convocan a la clase obrera a una huelga general. Pero el boicot de los dirigentes anarquistas hizo fracasar estas huelgas, facilitando la represión del movimiento y dejando aislados a los obreros asturianos. Entre los numerosos obreros y antifascistas que fueron a parar a la cárcel, se encontraba el Gobierno de la Generalitat en pleno. El Estatuto de Autonomía fue suspendido por el Gobierno de la CEDA.

Esta unidad en la lucha entre la clase obrera y los demócratas nacionalistas es algo que se venía preparando desde tiempo atrás, precisamente desde que la bandera del nacionalismo fue empuñada por Esquerra Republicana. Su actitud consecuente, su enfrentamiento con la burguesía de la Lliga y su respeto por las reivindicaciones de clase del proletariado tendieron un puente sobre el abismo que les separaba de la clase obrera. Este proceso de acercamiento culminará cuando el proletariado asuma el problema nacional y pase a dirigir la lucha por la liberación en el transcurso de la guerra de resistencia antifascista de 1936 a 1939. La formación del Partido Único del Proletariado facilitará este acercamiento.

También se avanzaba en el terreno de la unidad antifascista. En Catalunya, al igual que en el resto de España, los partidos obreros —excepto la CNT— se agruparon con los nacionalistas de Esquerra Republicana para marchar juntos a las elecciones del 16 de febrero. Debido al predominio en Catalunya de ERC, este frente tomó el nombre de Front d'Esquerres. El Front consiguió un triunfo absoluto en las elecciones. En marzo de 1936, el Gobierno que encabezaba Companys vuelve a la Generalitat y se restablece el Estatuto de Autonomía.

Uno de los más destacados artífices de la victoria popular fue Companys. Companys fue siempre un demócrata nacionalista consecuente; desde su juventud mantuvo estrechas relaciones con las organizaciones obreras especialmente con la CNT. Fue uno de los impulsores del Partit Republicà Català y de la Unió de Rabassaires (fundada en 1920); la Dictadura de Primo de Rivera lo deportó a

Mahón. Companys comprendió que la clase obrera constituía la fuerza más influyente y que su apoyo venía a ser la única garantía para la defensa de los intereses nacionalistas de Catalunya. Desde entonces y hasta su fusilamiento por los fascistas el 15 de octubre de 1940, fue uno de los más firmes defensores de la causa antifascista y patriótica.

Con la sublevación militar fascista del 18 de julio de 1936, comenzaba un nuevo período para el movimiento nacional en Catalunya.

En Barcelona el levantamiento fascista fue abortado gracias a la decisión de las masas obreras, que en el espacio de 32 horas aplastaron a los insurrectos. Días antes de la sublevación, grupos de las JSUC, de la UGT y la CNT patrullaban la ciudad y establecían retenes de guardia. A pesar de la negativa de Companys en entregar armas al pueblo, éste se lanzó a la calle en defensa de la República y de la Generalitat. Los restos de la Lliga se hallaban, por aquel entonces, integrados en la CEDA y dieron su apoyo y respaldo al fascismo.

La primera consecuencia de la victoria popular sobre los sublevados fue el anuncio, hecho el 23 de julio de 1936, de la fusión de los cuatro grupos marxistas catalanes que darían nacimiento al PSUC (la USC, la Federación Catalana del PSOE, el PCP y el PCC). La fundación del Partido Socialista Unificado de Catalunya se hizo en un momento clave de la historia y puso de manifiesto el avance incontenible del comunismo dentro de la clase obrera de Catalunya. El PSUC sería encabezado por Joan Comorera, y desde su creación proclamó su adhesión a los principios del marxismo— leninismo y a la Internacional Comunista, organización en la que fue admitido como miembro de pleno derecho. Esto se debió a las particulares condiciones de Catalunya (numeroso proletariado, muy influenciado por el anarquismo, etc.) y por las mismas circunstancias que habían dado lugar al nuevo partido. No obstante, la inclusión del PSUC como miembro de la Internacional no fue obstáculo para que entre éste y el PCE se estableciera, ya desde el principio, la más estrecha relación.

58

El nuevo Partido centró desde el primer momento su actividad en las tareas esenciales para ganar la guerra contra el fascismo y la agresión extranjera: organizar la lucha en los frentes, establecer un orden antifascista en la retaguardia (llevando hasta el fin el programa del Front d'Esquerres), y desarrollar la producción en la industria y la agricultura. El PSUC tuvo que hacer frente tanto a las vacilaciones de los líderes nacionalistas, temerosos ante el auge

revolucionario que imprimía la resistencia, como a la política aventurera practicada por los anarquistas. A pesar de estas dificultades, el PSUC se fue convirtiendo en la fuerza dirigente de la revolución durante la guerra y en el principal impulsor de la resistencia. En 1937 contaba en sus filas con 60.000 militantes (seis mil tenía en el momento de la unificación), mientras que la CNT comenzaba su declive, decadencia que a la larga iba a resultar definitiva.

En los primeros tiempos de la guerra, el Gobierno de la Generalitat —carente de poder real— cedió continuamente a las presiones de la FAI-CNT. Algunos dirigentes de Esquerra Republicana veían más peligro para sus intereses en una potente vanguardia marxista-leninista que en las aventuras *revolucionarias* de los anarquistas. Pero poco a poco la realidad se impuso. Los continuos fracasos militares de los faístas, su labor de descomposición de la retaguardia, al tratar de implantar de inmediato el *comunismo libertario*, y, por último, el *pustch* de mayo de 1937, hicieron comprender a los dirigentes nacionalistas que la única garantía de ganar la guerra y de mantener las conquistas revolucionarias estaba en mantener la alianza con la clase obrera y su sector más esclarecido, representado por los comunistas del PSUC. A partir de estos momentos, Catalunya se convirtió en uno de los más firmes bastiones de la República, y el Gobierno de la Generalitat en uno de los más fieles defensores de la causa antifascista.

Fue de esta forma como el PSUC se puso al frente del movimiento antifascista y tomó en sus manos la bandera nacional, que había sido abandonada por la burguesía y estaba amenazada por las posiciones vacilantes de la pequeña-burguesía. Comienza así una etapa en que será la clase obrera la que encabece la lucha nacional y social en Catalunya.

El PSUC, con Comorera al frente, elaboró todo un programa para la defensa de la República, participó activamente en el Gobierno de la Generalitat y desenmascaró y denunció tanto el aventurerismo anarquista como los intentos de algunos nacionalistas de conseguir una paz pactada para Catalunya. Los puntos de partida del PSUC fueron el internacionalismo proletario y la lucha consecuente contra el fascismo; la tarea principal de la clase obrera y de todos los antifascistas consistía en aquellos momentos en trabajar para el frente y defender la República ante todos sus enemigos, ya que, como más tarde la experiencia se encargó de demostrar, lo único que podía asegurar las libertades y demás conquistas democráticas conseguidas en Catalunya, era el triunfo de las fuerzas populares

sobre la reacción y el fascismo en toda España; Catalunya sólo sería libre en una España libre.

59

Como ya hemos apuntado, tanto en la unificación de los comunistas catalanes como en la política seguida por el PSUC, destaca la labor realizada por su Secretario General, Joan Comorera, uno de los más firmes y esclarecidos dirigentes comunistas que ha tenido la clase obrera en España.

Joan Comorera nació en 1894; fue maestro de escuela y desde muy joven estuvo ligado a la causa popular —su hermano murió en las barricadas, durante la Semana Trágica—, colaborando con los grupos republicanos. Escribió numerosos artículos y otros trabajos sobre educación y temas infantiles. En 1918 se afilió a la Federación Catalana del PSOE. Ante las posiciones reformistas del PSOE y su abandono de la causa nacional, Comorera se afilió a la Unión Socialista de Catalunya en 1931, tras su regreso de Argentina, donde estuvo exiliado durante doce años. En 1932 fue elegido Secretario General de la USC y participó en los primeros gobiernos de la Generalitat. Principal animador de la unidad de los marxistas-leninistas de Catalunya, tras la creación del PSUC fue elegido su primer Secretario General. En sus escritos políticos, Comorera sostiene que la cuestión nacional es parte inseparable de la revolución proletaria, destacando la tesis según la cual este problema sólo podía ser resuelto a condición de que los obreros de Catalunya marcharan hombro con hombro con el resto de los trabajadores de España.

En 1942, en una conferencia celebrada en Méjico, Joan Comorera decía:

> *Nosotros no somos nacionalistas. Somos internacionalistas y, por el hecho de serlo, somos los únicos capacitados para resolver el problema nacional.*
>
> *Hemos de tomar en nuestras manos, sin reservas ni vacilaciones, la bandera nacional. Con nuestra decidida actitud y nuestra firmeza hemos de vencer las últimas resistencias que la rutina, los prejuicios, la psicología creada por siglos de dominación imperialista, aún mantiene para entorpecimiento de nuestra lucha revolucionaria* [...]
>
> *Estamos en la etapa de reconstrucción de un Estado democrático multinacional, en el cual no estaban ni estarán resueltos los problemas de las nacionalidades. Por eso, es justo que en la situación actual no nos planteemos como objetivo inmediato de nuestra lucha, la solución integral de estos*

> *problemas, que no podemos separar del problema general de la revolución y la dictadura del proletariado.*
>
> *Vamos a resolver una cuestión previa: la liquidación del franquismo para llegar a una etapa transitoria tanto para el problema nacional como para el desarrollo del movimiento revolucionario...*
>
> *Para llegar a la liquidación del franquismo* [...] *nos es precisa una amplia unidad de todas las fuerzas y de todos los hombres que coinciden con nosotros, que quieran como nosotros restablecer la legalidad y la independencia de España: unidad de los españoles, unidad de todos los pueblos hispánicos. Unidad que no ha de tener más que un denominador común: la República que transformó la España monárquica imperialista multinacional en una España democrática multinacional*[22].

60 Tras nuestra guerra antifascista y patriótica, Comorera marchó al exilio, pero no se desentendió de los problemas de nuestro país. Frente a la traición carrillista, mantuvo las posiciones justas marxistas-leninistas (manifestadas en su *Declaració* de 1949). Regresó clandestinamente a Catalunya en 1951, siendo detenido en 1954 debido a la traición y delación de Carrillo. Joan Comorera murió en el Penal de Burgos, el 7 de mayo de 1958. Con su muerte, la clase obrera de España perdía al primer comunista que había hecho frente en el terreno ideológico y en el combate diario al revisionismo carrillista. Ya un dirigente como pocos.

[22] Joan Comorera: *Socialisme i qüestió nacional*.

5. Dos formas de entender la nación

Hasta aquí hemos descrito, en sus líneas más generales, el proceso que ha seguido la formación del Estado español y los movimientos nacionales. A lo largo de nuestra exposición hemos podido comprobar que la nación no es una entidad inalterable, sino que, como todas las cosas, ha tenido y tiene su proceso de nacimiento y desarrollo y, como es natural, también tenderá a desaparecer. La nación es, pues, una categoría histórica que se halla sometida a las mismas leyes de cambio que actúan en la sociedad.

En un principio, fue la etnia, el pueblo o la comunidad feudal; más tarde, con la aparición de la burguesía y el ascenso del capitalismo, surgen las naciones como tales, con todos sus rasgos definitorios (territorio, economía, lengua, cultura, etc.), que las convierten en el marco histórico para el desarrollo y el fortalecimiento de la nueva clase social llamada a dominar el mundo: la burguesía; para esta clase, la nación es, en esencia, su mercado. En el transcurso de la aparición de la nación moderna, muchos de los antiguos pueblos y etnias quedaron postergados; otros, desaparecieron para siempre.

Pero con el capitalismo también hace su aparición una nueva clase social, el proletariado; y la nación fue tomando para él un nuevo valor: es el marco histórico en el que se funden sus raíces lingüísticas y culturales, donde trabaja y es explotado, y por ello mismo, también donde se organiza y lucha para acabar con la explotación y todo tipo de opresión.

En España, la formación de las naciones y de los movimientos nacionales es inseparable de la aparición de la clase burguesa y de la expansión del capitalismo que tuvo lugar, principalmente en Catalunya y Euskadi, a todo lo largo del siglo XIX. En Galicia, con un desarrollo capitalista aún incipiente en la misma época, el movimiento nacional va a tomar como base de sustentación la lucha campesina por el rescate de la tierra, por la abolición de los foros y las demás trabas feudales que entorpecían el desarrollo industrial y de una cultura moderna.

Con todo, se puede afirmar que los rasgos diferenciadores, constitutivos de una nación, ya estaban dados en esas tres comunidades históricas y forman la base sobre la que se van a levantar los movimientos nacionalistas burgueses.

Al principio —a raíz del fracaso del intento revolucionario de la I República—, es la burguesía quien toma en sus manos la bandera nacional. La burguesía es la primera clase que entra en escena en defensa de la cultura y de la identidad nacionales. Ya vimos cómo en España, a diferencia del proceso seguido en otros países (donde la formación del Estado se efectuó bajo la hegemonía de una gran nación desarrollada), la aparición y desarrollo de los movimientos nacionales es el resultado de la lucha que enfrentó, en un primer momento, a una oligarquía prepotente, centralista, feudal y reaccionaria, a las burguesía industriales más avanzadas de la periferia. En esta lucha, la burguesía industrial va a chocar no sólo con la aristocracia terrateniente castellano— andaluza, que domina el Estado, sino también con una fracción cada vez más numerosa de las burguesías nacionales aliadas a aquélla.

En la primera etapa del movimiento nacional, tanto la alta burguesía catalana como la vasca formaron en uno u otro campo según la conveniencia de sus intereses económicos y políticos. Sin embargo, una vez que esta burguesía consigue salir del mercado local, extiende su influencia al mercado estatal y participa en el poder central, se convertirá en la más acérrima defensora del Estado Centralizado. Para esta clase en el poder, ya sólo existirá, a partir de ahora, un mercado, el español, y una sola nación *grande e indivisible*, la española.

62

Pronto la lucha se desplaza de la esfera económica a la esfera política. La oligarquía pone en marcha una serie de medidas destinadas a contener el avance de las burguesías de las nacionalidades. Limita su libertad de movimientos, persigue su idioma, se reducen o suprimen las escuelas autóctonas, se anulan tradiciones y leyes proteccionistas, se reprime todo intento de separación.

Por su parte, las burguesías periféricas —desplazadas del poder y acosadas por las medidas políticas y económicas de la oligarquía— también pasan a la acción. Ellas también necesitan de un mercado, y para defenderlo apelan a las masas del pueblo: *¡Somos una nación, constituimos una raza!*, exclaman. A veces ocurrirá que la burguesía consigue atraer a su causa a extensas capas de la población, al proletariado y a los campesinos (estos últimos muy sensibles a las consignas nacionalistas, sobre todo si las medidas del Estado afectan a su régimen agrario tradicional). Esta situación pudo darse en una época en que el proletariado se encontraba todavía desorganizado; cuando su conciencia y las contradicciones de clase no habían madurado lo suficiente, y era influenciado fácilmente por

las distintas corrientes ideológicas burguesas. No obstante, ya desde los orígenes de los movimientos nacionales, se pueden apreciar dos maneras diferentes de entender la nación.

Para la burguesía, la nación se reduce, a fin de cuentas, a la posesión de un marco propio donde acrecentar sus privilegios económicos y sociales, donde poder explotar sin ninguna traba a la clase obrera y obtener las mayores ganancias. Para ello la burguesía no repara en medios, recurriendo incluso al procedimiento de enfrentar a los trabajadores de las distintas nacionalidades para salir vencedora frente a todos ellos.

La burguesía en Catalunya azuza a los obreros catalanes contra los obreros inmigrados, andaluces y extremeños principalmente, a los que da el despectivo nombre de *murcianos*. Un *murciano* viene a ser para la burguesía catalana una especie de ciudadano de tercera o cuarta categoría, al que no se le reconoce más derecho que el plato diario de legumbres con el que reponer su gastada fuerza de trabajo. La burguesía vasca, por su parte, hace lo mismo con sus *maketos*, raza inferior de esclavos con cuya sangre poder amasar sus riquezas. También es de sobra conocido el chovinismo y la fobia de los que hace gala la burguesía imperialista castellana frente a los pueblos sojuzgados por ella misma, así como la abundante propaganda que aporta para presentar como enemigo de *todo lo español* a los verdaderos demócratas, buscando predisponer a las masas populares contra ellos. Para la burguesía de todas las naciones, antes que nada se encuentra la *armonía de intereses entre el capital y el trabajo*, entre el patrón y el obrero, en aras de los supremos intereses de la *patria*. De esta manera pretende ocultar la lucha de clases y el hecho indudable de que para ella, defender los derechos nacionales no significa otra cosa que defender sus derechos como clase explotadora, sus derechos a disponer en un territorio del que extraer rentas y ganancias, materias primas, mano de obra, y en el que poder vender en exclusiva sus mercancías. Stalin tiene razón cuando dice que *el mercado es la escuela donde la burguesía aprende su nacionalismo*[23].

63

El proletariado, por el contrario, no explota a nadie y no tiene necesidad de ningún mercado: él forma parte de ese mercado como productor y como vendedor. Sus intereses son, por consiguiente y antes que nada, intereses de clases explotada y oprimida; y en esto no se diferencia en absoluto de los obreros de cualquier otra nación, por lo que siempre será infinitamente más lo que una a los obreros

[23] José Stalin: *El marxismo y el problema nacional*.

de dos nacionalidades distintas que lo que pueda unir al proletariado de una nación a su propia burguesía:

> *Los obreros no tienen patria* —afirman Marx y Engels en el Manifiesto Comunista— *no se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués*.

Las propias manifestaciones culturales tienen diferente significado dentro de una misma nación, según la clase que las promueva. Por ejemplo, el movimiento cultural de la *Renaixença* en Catalunya, tuvo paralelamente una manifestación burguesa y otra netamente popular.

Otro claro ejemplo de esto lo encontramos en Galicia, donde la debilidad de la burguesía no logró imprimir de forma exclusiva su sello de clase, por lo que la lengua y la cultura han tenido siempre un fuerte componente progresista y un arraigo popular mucho más extenso y más profundo que en las otras nacionalidades. En fin, son las dos Españas de las que ya hablara Antonio Machado:

> *La España de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía...*; y la otra España, la *del cincel y de la maza /... Una España implacable y redentora, /... España de la rabia y de la idea*.

Lenin apuntaba:

> *En cada nación moderna —decimos nosotros a todos los social-nacionalistas— hay dos naciones. En cada cultura nacional hay dos culturas...*
>
> *En cada cultura nacional existen, aunque no están desarrollados, elementos de cultura democrática y socialista, pues en cada nación hay una masa trabajadora y explotada, cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en cada nación existe asimismo una cultura burguesa (y, además, en la mayoría de los casos ultrarreaccionaria y clerical), y no simplemente en forma de 'elementos', sino como cultura dominante*[24].

Con este último pasaje Lenin quiere subrayar la necesidad, para todo verdadero partido revolucionario de la clase obrera, de

[24] Lenin: *Notas críticas sobre la cuestión nacional*.

emprender y sostener sin descanso la lucha ideológica contra esa misma cultura nacionalista burguesa ultrarreaccionaria y clerical *dominante*, sin lo cual todo lo que diga acerca de la defensa de los derechos del pueblo, de la patria y del socialismo, queda reducido a una nueva palabrería.

64

Estas dos formas de entender la nación tenían que conducir al proletariado a marchar de forma independiente de la burguesía a medida que fue madurando, se organizaba y emprendía el camino de la lucha.

Esto, como es lógico, no supone, como interpretan algunas mentes estrechas y limitadas, una renuncia del proletariado revolucionario a la lucha por los derechos nacionales. Si así lo hiciera, qué duda cabe que dejaría las manos libres a la burguesía para que ésta siga especulando con las reivindicaciones nacionales, poniéndolas al servicio de sus intereses egoístas, y así consiga introducir la confusión y la división dentro de las filas obreras. Estas fueron las consecuencias que tuvo, especialmente en el País Vasco, el chovinismo y la política rastrera de la dirección del PSOE.

La experiencia de la lucha de clases ha demostrado ya muchas veces que los obreros no sólo no se desentienden de la lucha por los derechos nacionales, sino que es a ellos a quienes más directamente afecta la política reaccionaria y represiva que aplica el gobierno durante el período de la Dictadura de Primo de Rivera, y más tarde tras la sublevación militar fascista del 36. De ahí también que los obreros catalanes, vascos y gallegos hicieran desde entonces los mayores sacrificios y actuaran en todo momento como la auténtica vanguardia del movimiento nacional, como *clase nacional*, aunque no en modo alguno como lo había venido haciendo hasta entonces la burguesía.

El proletariado destaca como la principal fuerza nacional desde el momento mismo que aparecen en España el monopolismo y el fascismo que provocaron la quiebra definitiva de los partidos demócratas burgueses. Desde entonces se hizo también evidente el nuevo carácter que debía tomar el movimiento nacional y su clara perspectiva política. Ya no se trata de luchar solamente por los derechos de una nación, en competencia con las demás naciones y ahondando los prejuicios, las divisiones y los odios nacionales, sino de forjar la unidad de todos los trabajadores en la lucha resuelta contra el enemigo común (la oligarquía fascista), desarrollada en base a un proyecto político, social y económico verdaderamente democrático.

De manera que, si dentro de cada nación se manifiestan dos concepciones del hecho nacional y dos culturas distintas, no es nada extraño que, a la hora de abordar los problemas, también aparezcan y se enfrenten dos enfoques políticos y dos maneras radicalmente diferentes y contrapuestas de atajarlos.

Para la burguesía se trataba (una vez que ha visto fracasados unos tras otros todos sus intentos revolucionarios, y ante la aparición en escena del movimiento obrero organizado) de conseguir algunas ventajas y la suficiente influencia política que le permitiera defender más eficazmente sus intereses frente al poder central y asegurara al mismo tiempo la permanencia del régimen de explotación. La época en que la burguesía podía presentarse como el paladín de la lucha por los derechos de *todo el pueblo*, ya había pasado, y era muy consciente de ello. Por eso no duda en emplear el fraude como arma política y todos los trucos a su alcance para mantener su imagen *nacionalista*, *revolucionaria* y todo lo que hiciera falta con tal de no perder el control del movimiento de masas. Un punto crucial, del que no puede prescindir en su propaganda, es el que se refiere a presentarse como el exclusivo representante de todo lo nacional, de *su* nación, acentuando, más si cabe todavía que antes, el carácter diferenciador, localista, del movimiento que pretende seguir encabezando y dirigiendo; y si hace agitación de la consigna de la separación o de la independencia, la mayor parte de las veces no es sino para confundir y dividir a los obreros y colocarlos bajo su tutela.

65

Está demostrado, sin embargo, que cuando los obreros se lanzan decididamente al combate, colocando en justa correspondencia sus objetivos sociales y nacionales; cuando se unen a los pueblos de las demás nacionalidades en la lucha contra el Estado opresor; cuando, de esta manera, el movimiento popular escapa al control de la burguesía y pone en serio peligro la permanencia del sistema de explotación, entonces la burguesía no duda en recurrir a la ayuda del poder central para reprimir a las masas del pueblo y en convertirse en el más firme aliado de la reacción. Eso es todo lo que ha dado de sí en España el nacionalismo burgués.

La etapa del movimiento nacionalista que hemos descrito nos proporciona numerosos ejemplos de esa forma de proceder de la burguesía con respecto al movimiento nacional democrático popular, muy acorde, por lo demás, con su propia concepción. Y si en algún momento la burguesía catalana o vasca se plantearon con alguna seriedad la lucha por la independencia, muy pronto la fuerza

y radicalización del movimiento obrero les hizo desistir de sus propósitos. Estaba claro que habían perdido el tren de la historia, habían llegado tarde. Su porvenir estaba sellado y no podía ser otro que el de la misma oligarquía contra la que se había venido enfrentando para arrancar una mayor tajada de la explotación de los obreros. A partir de estos momentos, las aspiraciones de la burguesía no irán más allá de la exigencia de un *autogobierno* y en articular su participación, en calidad de socio menor, subordinado, en el Estado de la oligarquía. Es el período en que la burguesía nacional, subida a las espaldas del movimiento popular revolucionario, reclama los Estatutos de Autonomía, período que culminó en la II República.

La consecución de los Estatutos de Autonomía supuso un hecho progresista, una conquista democrática, por cuanto minaba el poder de la oligarquía centralista e incorporaba a las amplias masas de las nacionalidades a la revolución en marcha. Por eso, su aprobación fue apoyada por las organizaciones obreras con el Partido Comunista a la cabeza. No obstante, el Partido dejó bien sentado que, si bien los Estatutos suponían un importante paso adelante, que daba satisfacción a la burguesía nacionalista y hacía avanzar el proceso revolucionario en su conjunto, éstos no eran la solución definitiva al problema nacional en España. La solución vendría dada una vez que los pueblos de las naciones oprimidas pudieran decidir libremente sus propios destinos; cuando pudieran elegir sin ningún tipo de trabas su propia organización política, económica y social.

Para alcanzar este fin, el Partido Comunista, que hacía tiempo venía configurándose como la fuerza dirigente de todo el proceso revolucionario en curso, trabajó intensamente por la unidad del proletariado de toda España, verdadera columna vertebral de la lucha por la República Popular y de la resistencia antifascista.

La sublevación militar fascista del 18 de julio y la intervención extranjera obligaron a las fuerzas democráticas a empuñar las armas para defender el régimen legal de la República y sus conquistas revolucionarias. La organización del Ejército Popular y las transformaciones políticas y económicas necesarias para enfrentar los problemas creados por la guerra y sacar al país del atraso de siglos, implicaban seguir avanzando en los cambios revolucionarios de la sociedad. Para ello el gobierno contó desde un principio con el apoyo entusiasta de las masas obreras y de otros amplios sectores populares; pero la mayor parte de los nacionalistas burgueses, temerosos de las consecuencias de aquellas medidas para sus intereses de clase, se desentendieron de

ellas cuando no, como en el País Vasco, se dedicaron a sabotearlas de manera sistemática. Así traicionó la burguesía al movimiento nacional, democrático y popular, toda vez que este movimiento había escapado a su control y se encaminaba a la solución, verdaderamente democrática y de acuerdo con las aspiraciones e intereses de todos los trabajadores, de los problemas sociales, nacionales y culturales. Quedó demostrado, una vez más, que

> *la burguesía nacional no aspira a liberar a 'su' pueblo del yugo nacional, sino a la libertad de extraer ganancias, a la libertad de conservar sus privilegios y capitales*, y que *la liberación de las nacionalidades oprimidas es inconcebible sin romper con la burguesía de las nacionalidades oprimidas, sin que le Poder pase a manos de las masas trabajadoras de estas nacionalidades*[25].

66

Así se llega al final de una etapa y al comienzo de otra enteramente nueva en la historia de los movimientos nacionales en España; una etapa en la que ha sido ya superado, por el propio desarrollo histórico y las experiencias de la lucha de clases, el nacionalismo burgués, y la cuestión nacional se presenta como inseparable del problema de la revolución proletaria en nuestro país. En 1942 Joan Comorera expuso magníficamente esta misma idea cuando, refiriéndose a Catalunya, escribió:

> *Hemos llegado a la última etapa, y el movimiento nacional catalán no es ni será un instrumento en manos de la burguesía*[26].

Lo que vino después le ha dado enteramente la razón.

5.1 El desarrollo monopolista y la nueva correlación de las fuerzas sociales

Al finalizar la Guerra Nacional Revolucionaria de 1936 a 1939, todas las conquistas democráticas de la clase obrera y de los pueblos de España fueron suprimidas, implantándose un régimen de terror abierto, una dictadura de tipo fascista al servicio de los intereses del capitalismo financiero. Los partidos y sindicatos obreros fueron destruidos y sus dirigentes encarcelados o asesinados; otros prosiguieron la lucha contra la barbarie fascista en la guerrilla o

---

[25] José Stalin: *El marxismo y el problema nacional*.
[26] Joan Comorera: *Socialisme i qüestió nacional*.

desde el exilio; a los pueblos de las nacionalidades les fue impuesto de nuevo el yugo, siendo suprimidos por decreto los Estatutos de Autonomía y reprimidas su lengua, su cultura y costumbres propias. A cambio, fue implantada a sangre y fuego una *cultura* populachera y un patrioterismo exacerbado que enaltecía la vieja idea del *imperio*.

El nuevo Estado surgido de la victoria militar de las fuerzas fascistas será el principal instrumento del que se va a servir la oligarquía financiera-terrateniente para llevar a cabo un amplio programa de desarrollo económico de tipo monopolista y para sofocar en sangre las agudas contradicciones que han acompañado a esas transformaciones.

Convirtiendo a España en un inmenso campo de trabajos forzados y sometiendo a las masas trabajadoras a la más extrema explotación y miseria, la oligarquía consiguió acumular en poco tiempo el suficiente capital para emprender un acelerado plan de industrialización y la transformación capitalista de la agricultura, con todo lo cual integraría al país en el engranaje de la economía capitalista mundial.

67

Junto a la ampliación de las zonas de tradición industrial (Barcelona, Euskadi, Asturias y Levante), se crean nuevos polos industriales en Madrid, Galicia, Andalucía, Valladolid, etc. En 1970, el número de obreros (4,7 millones) representa ya el 37,2 por ciento del total de la población activa. En la misma fecha, el 35 por ciento del Producto Interior Bruto era generado por el sector industrial (frente al 14,4 por ciento correspondiente al sector agropecuario y el 49,8 por ciento al de servicios). Paralelamente al desarrollo de la industria y su mayor concentración, ha tenido lugar la acumulación y centralización del capital financiero. Entre 1940 y 1.953,21 Bancos catalanes —el sector financiero tradicional— fueron absorbidos por los siete grandes Bancos —Banesto, Central, Popular Español, Vizcaya, Santander, Hispano-Americano y Bilbao— y esta tendencia ha proseguido de manera ininterrumpida hasta nuestro días (el caso más reciente ha sido el de la Banca Catalana).

Lo que nos interesa destacar aquí es que el desarrollo industrial de los últimos años se ha realizado bajo el predominio absoluto de la oligarquía monopolista, la cual se ha servido a fondo del Estado fascista para reprimir al movimiento de masas y hacer fabulosos negocios; ha suprimido la competencia de la burguesía industrial de la periferia, y por medio de la fusión, absorción y concentración

bancaria se ha hecho con el control de toda la actividad económica y de todos los recursos financieros del país.

Una importante consecuencia del desarrollo monopolista-financiero ha sido la completa integración de las burguesías vasca, catalana y gallega en el sistema económico y político de la oligarquía centralista, quedando supeditadas total y definitivamente a su hegemonía. De manera que hoy día no se puede hablar de las burguesías nacionales como de una clase social capaz de un desarrollo autónomo; su futuro está limitado por su irreversible dependencia económica de los monopolios industriales y financieros.

Tradicionalmente, el sector industrial había estado en manos de las burguesías periféricas. Pero esta situación cambió radicalmente a partir de los años 60, cuando la oligarquía tomó directamente en sus manos el desarrollo industrial, utilizando para ello como principal instrumento de su política económica al propio Estado fascista. No es casual, pues, que los Polos de Desarrollo Industrial —principalmente las grandes industrias metalúrgicas— hayan sido instaladas preferentemente fuera del ámbito de las nacionalidades con tradición industrial. Por otra parte, aunque las burguesías periféricas han seguido desarrollándose, este desarrollo se ha visto supeditado a las poderosas empresas dependientes del INI. Así, repasando el censo de empresarios españoles vemos (según datos de 1976) que, si bien sólo el 8 por ciento de las empresas corresponde al área de Madrid y que vascos y catalanes siguen gestionando un 23 por ciento y un 21 por ciento respectivamente, entre ese 8 por ciento se encuentran las mayores y más importantes empresas, aquéllas que tienen un mayor peso económico, condicionan y controlan el conjunto de la economía del país.

El desarrollo monopolista ha conducido a un estrecho entrelazamiento entre el Estado, la Banca y las empresas. Durante este período, el aparato político y burocrático del régimen se ha nutrido, principalmente, de los cuadros provenientes de la Banca y de las grandes empresas del INI, dando lugar a la formación de una nueva casta de fieles servidores de la política expoliadora y opresiva de los monopolios. Entre éstos se encuentran miembros de las principales familias de oligarcas, sin faltar, como es lógico, una nutrida representación de las antiguas burguesías vasca, catalana y gallega forman parte de los Consejos de Administración de las principales empresas españolas (por ejemplo, el 30 por ciento del total de los consejeros en 1976 eran vascos). De todos los ministros que tuvo Franco en 1960, un 15 por ciento eran de origen vasco y el

6 por ciento catalanes. Algo parecido ocurría en las Cortes fascistas, donde, en 1967, un 9,5 por ciento de procuradores pertenecían a la burguesía vasca y el 11 por ciento a la catalana.

68

Pero con ser importantes los cambios habidos durante este período de intenso desarrollo industrial dentro de la clase capitalista (cambios que han afectado, particularmente, a la relativa independencia económica y política que venían conservando las burguesías del País Vasco y Catalunya), más importantes y transcendentales han sido los cambios operados en el seno de la clase obrera de esas mismas nacionalidades.

Hoy día, el proletariado se ha convertido en una fuerza colosal, constituyendo el sector más numeroso de la población tanto en Catalunya (47,3 por ciento) como en Euskadi (48,3 por ciento); en Galicia, aunque no mayoritaria, la clase obrera ha crecido extraordinariamente en los últimos años (25,9 por ciento del total de la población), lo que la convierte en una poderosa vanguardia de las masas trabajadoras.

Todos estos cambios han modificado profundamente la antigua correlación de fuerzas sociales de forma muy favorable para el proletariado, diferenciándolo clara y tajantemente de la burguesía en todas partes.

El flujo constante de obreros inmigrantes a Catalunya y Euskadi durante los años 60-70, ha dado lugar a la aparición de un proletariado nuevo, integrado por obreros de las distintas nacionalidades, los cuales son objeto de la misma explotación, padecen los mismos problemas y lacras que genera el capitalismo y, por ello mismo, combaten codo a codo contra una misma clase explotadora y un mismo sistema de opresión. Actualmente, el 80 por ciento de los trabajadores manuales no cualificados en Catalunya no son catalanes; en Euskadi, e130 por ciento de la población (unas 700 mil personas, obreros y sus familias en su mayoría), son emigrantes provenientes de Castilla y Extremadura, principalmente.

En resumen, el desarrollo del capitalismo monopolista, el alto grado de concentración económica y política alcanzado por la oligarquía, y la integración de las viejas burguesías nacionales en el aparato económico, político e ideológico del régimen; y, por otro lado, el crecimiento numérico de la clase obrera en las distintas nacionalidades, la presencia en Euskadi y Catalunya de una numerosa población obrera no autóctona, la existencia de unos fuertes lazos entre todo el proletariado, forjados en decenas de años

de lucha, y el mismo proceso de lucha actual, todo tiende (a pesar de los intentos que viene haciendo la burguesía para confundirlo y fraccionarlo) a la más estrecha unión del proletariado de toda España para enfrentarse al enemigo común y por los objetivos comunes.

5.2 La lucha por el socialismo

El proletariado es la única clase capaz de poner término a la opresión nacional en España; pero para asumir esta tarea el proletariado ha de partir de una posición política clara y del principio del internacionalismo, Única base sobre la que poder abordar y dar una justa solución a este problema.

> *Nacionalismo burgués* —escribe Lenin— *e internacionalismo proletario: tales son las dos consignas irreconciliables, que corresponden a los dos grandes campos del mundo capitalista y expresan dos políticas (es más, dos concepciones) en el problema nacional*[27].

69

Al asumir el hecho nacional y los problemas nacionales que ha dejado sin resolver el capitalismo, que son una herencia que nos ha legado la burguesía y que no podrá hallar solución bajo este sistema, la clase obrera da un contenido socialmente distinto al nacionalismo. Para los obreros, la lucha por los derechos nacionales está indisolublemente unida a sus intereses de clase, a la lucha por la revolución socialista. Ciertamente, esta es una cuestión que no interesa sólo y exclusivamente al proletariado. Numerosos sectores de la población también son víctimas, en mayor o menor medida, de la explotación monopolista, de la represión y la conculcación de los derechos y libertades nacionales.

En estas circunstancias, y dado el auge extraordinario que están tomando los movimientos antifascistas y patrióticos en los últimos años en España —especialmente en Euskadi—, han aparecido, incluso dentro de las filas obreras, concepciones que tienden a considerar el fomento del nacionalismo y la creación de frentes de liberación nacional como la tarea más importante que deben acometer en esto momentos los revolucionarios. Para los comunistas está fuera de toda duda la estrecha relación que guardan los objetivos de la liberación social y nacional, y en esto

---

[27] Lenin: *Notas críticas sobre la cuestión nacional*.

parecen coincidir nuestras posiciones con las de aquéllos; ahora bien, las diferencias aparecen desde el momento mismo en que se intenta establecer el orden de prioridades, cuando se trata de definir el objetivo inmediato de la actividad revolucionaria: o bien la unión del proletariado de las distintas nacionalidades, para llevar a cabo la lucha por el derrocamiento del Estado capitalista e imperialista español, o bien la de crear partidos en cada una de las nacionalidades para desarrollar la lucha por separado y en base a un programa de liberación nacional.

Como se comprenderá, esto último nos llevaría a proclamar la consigna de la independencia y a dejar la lucha contra la propia burguesía, y por los propios objetivos de clase, para un futuro remoto. El proletariado no puede seguir ese camino sin traicionarse a sí mismo. Por eso, los comunistas hace tiempo que hicimos nuestra elección, decidiéndonos por la organización de todos los revolucionarios en un partido único, por la unión más estrecha de todo el proletariado de España y por la lucha resuelta contra la burguesía. Pero es que, además, como hemos analizado más arriba, esta elección se ha visto reforzada por la evolución histórica, hasta el punto de que hoy día se puede decir casi con toda seguridad que no existe realmente otra salida más que esa al problema nacional.

Más adelante nos ocuparemos con mayor detenimiento de esa estrategia que nos proponen los nuevos nacionalistas. Ahora queremos insistir en un punto capital, de cuya importancia baste decir que sirve de base a toda nuestra concepción política.

Tal como lo define la línea política de nuestro Partido —el PCE(r)—, de la base económica monopolista, de la actual correlación de fuerzas sociales y de la naturaleza del régimen que impera en España, se deducen las principales contradicciones de nuestra sociedad: contradicción entre la burguesía y el proletariado, contradicción entre la pequeña burguesía y la gran burguesía monopolista, contradicción entre las naciones oprimidas y el Estado imperialista, etc.

70

Todas estas contradicciones vienen determinadas por la contradicción fundamental que forma la base económica capitalista, altamente socializada, y las relaciones de producción correspondientes, fundadas en la gran propiedad capitalista y la explotación del trabajo. Esta contradicción fundamental y la lucha de clases que genera determina el carácter socialista de nuestra revolución. De aquí se desprende que hoy día es altamente improbable que se pueda dar la liberación de una o varias naciones si no se transforman a la vez las relaciones sociales y económicas

que están en la base de la explotación y la opresión. Por consiguiente, si tenemos en cuenta el carácter socialista de nuestra revolución y el hecho de que únicamente el socialismo es capaz de garantizar un régimen de auténtica libertad a los pueblos, sólo podemos concluir que la lucha por la solución definitiva del problema nacional está indisolublemente ligada a la lucha por el derrocamiento del Estado monopolista y a la realización del socialismo.

Esta lucha, que por su propia naturaleza es antifascista, antimonopolista y nacional, ha de llevarla a cabo el proletariado de las naciones oprimidas en unión estrecha con el proletariado de la nación opresora, y al hacerlo así, los obreros de Euskadi, Galicia y Catalunya deben ser conscientes de que no sólo luchan por la emancipación social, de su clase, sino también contra la opresión y la esquilmación de sus naciones por los monopolios.

La práctica consecuente del internacionalismo proletario y la lucha por el socialismo son, por tanto, inseparables y no excluyen en modo alguno la lucha por los derechos nacionales, sino al contrario: actualmente, dada la situación general que hemos descrito, esa es la única vía que permitirá a los pueblos oprimidos por el Estado español acceder realmente a su total liberación. No hay otro camino.

La Revolución Socialista de Octubre ilustra magníficamente nuestra posición. Como es sabido, el Partido Bolchevique aplicó esta misma orientación, que nosotros venimos defendiendo, en la solución del problema nacional —muy extendido en la Rusia zarista—, subordinándolo en todo momento a la cuestión social. La experiencia demostró, desmintiendo a los nacionalistas, que sólo el socialismo podía resolver este problema. Debemos advertir, no obstante, que de estas posiciones no se debe deducir que el partido de la clase obrera tenga que abandonar o aplazar la lucha por los derechos nacionales. Nada de eso. Tan sólo se trata de situarla en su justo lugar. Para nosotros no cabe la menor duda, tal como se deduce de la contradicción fundamental existente en nuestra sociedad, que lo más importante en estos momentos, la tarea principal que ha de acometer resueltamente el proletariado, es la lucha contra la burguesía y su Estado. Solamente cuando esta contradicción sea resuelta, todas las demás contradicciones entrarán en vías de solución. ¿Negamos por eso la existencia de las otras contradicciones? Precisamente porque reconocemos su existencia es por lo que, desde hace tiempo, nos esforzamos en establecer y desarrollar buenas relaciones con los movimientos pequeño-burgueses de clara orientación nacionalista que se hallan

enfrentados al fascismo y al monopolismo.

71

El desarrollo monopolista ha provocado la ruina económica y ha postergado políticamente a algunos sectores de esa misma pequeña burguesía que actualmente se encuentra en acelerado proceso de proletarización. Estos sectores pequeño-burgueses tienden a radicalizarse. En unos lugares se cobijan bajo el manto del marxismo— leninismo y, así, dan lugar a la aparición de toda una caterva de partidillos que se autodenominan *comunistas*. Pero allí donde existen las condiciones de una fuerte opresión nacional, estos grupos adquieren un tinte nacionalista furibundo.

De modo que nos encontramos con que, actualmente, representantes de estas capas sociales vuelven a agitar la bandera de la independencia nacional en un esfuerzo por sobrevivir como clase, resucitan viejas consignas e intentan ganar influencia y atraer al proletariado a su propia causa. Está claro que la época que les ha tocado vivir no facilita mucho las cosas a estos retoños del nacionalismo, no se presta para hacer que el proletariado se deje engatusar y siga sus consignas nacionalistas. Los obreros conscientes de todas las nacionalidades de España saben que en estos momentos sólo tienen un objetivo (el socialismo) y un enemigo: la burguesía, que sostiene y a la vez es sostenida por un Estado que explota y oprime a gallegos, vascos, catalanes o castellanos.

Por todas estas razones, se puede asegurar que todos los intentos que realice la pequeña burguesía por atraerse a los obreros están irremisiblemente condenados al fracaso.

A pesar de todo, estas capas de la población son un aliado potencial del proletariado. Sin embargo, no hay que perder de vista que vacilan continuamente, oscilan con mucha frecuencia desde una posición radical intransigente, a otra capitulacionista y entreguista. Estas vacilaciones son inevitables que se produzcan en una clase que está condenada a desaparecer y que se ve cogida entre dos fuegos, entre las fuerzas de los dos grandes ejércitos contendientes (el proletariado y la gran burguesía), sin decidirse nunca hacia qué lado inclinarse. Sólo cuando el proletariado actúa con todas las fuerzas y la energía de que es capaz (y esto podrá hacerlo una vez que se haya unido bajo la dirección de su Partido de vanguardia), sólo entonces la pequeña burguesía "basculará" a favor de aquél. Mientras llega ese momento, nuestra actitud ante esas organizaciones no puede ser otra que la de alentarlas a continuar la lucha.

El Partido debe apoyar a esos sectores de la pequeña burguesía nacionalistas en la lucha contra la esquilmación a que los someten los monopolios, y en su oposición a la opresión y al oprobio nacional: debe apoyar sus justas demandas (algunas de las cuales coinciden hoy con las del proletariado); pero al mismo tiempo tiene que estar vigilante y criticar tanto sus limitadas posiciones ideológicas y políticas (y sus desmesuradas pretensiones) como sus vacilaciones inevitables.

El Partido ha de preservar en todo momento su independencia orgánica y política; debe, sí, apoyar todo lo que tienda a debilitar al Estado capitalista, procure aliados potenciales a la clase obrera y facilite la organización de las masas populares; debe poner empeño en crear un frente común de lucha de todas las fuerzas democráticas y patrióticas, pero es fácil comprender que nada de eso se podrá conseguir si hipoteca su independencia, si se deja arrastrar y, menos aún, si hace dejación de los principios revolucionarios en aras de un acuerdo con los nacionalistas burgueses.

> *Los intereses de la clase obrera* —escribe Lenin— *y de su lucha contra el capitalismo exigen una completa solidaridad y la más estrecha unión de los obreros de todas las naciones, exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nación*[28].

72

5.3 El falso nacionalismo

No es nuestro propósito entrar aquí en la historia política más reciente del país, en lo que se ha dado en llamar *el período de la reforma*. Sólo nos interesan aquellos aspectos más directamente relacionados con el tema que nos ocupa.

Para nadie es un secreto que la *reforma* se hizo una necesidad para la oligarquía desde el momento mismo en que se inicia la crisis económica por la que atraviesa actualmente el sistema capitalista, y cuando el régimen, acosado por la lucha de masas, ve crecer sus contradicciones internas y comienza a hacer agua por todas partes. Era necesario, pues, llevar a cabo la *reforma*, a fin de adaptar la vieja máquina del Estado fascista a las nuevas condiciones y ponerlo en disposición de hacer frente a los nuevos problemas originados por

[28] Lenin: *El derecho de las naciones a la autodeterminación*.

la crisis y el ascenso incontenible del movimiento revolucionario de masas.

Esta *reforma* incluía, como una de las piezas más esenciales, el establecimiento de las llamadas autonomías en las nacionalidades. El mero hecho de que desde las áreas oficiales se reconociera la existencia como entidades nacionales de lo que hasta aquel momento no habían rebasado la categoría de *regiones*, hizo a más de un incauto abrigar no pocas esperanzas. Pero muy pronto se van a revelar los verdaderos planes de la oligarquía, que no van a ser otros, en realidad, que el de legalizar, como tantas otras cosas, una situación que se venía dando ya de hecho: la incorporación formal de las burguesías nacionales a la estructura del Estado centralista.

El desarrollo monopolista no sólo había colocado a las burguesías nacionales en una situación de completa dependencia económica respecto de la oligarquía financiera, sino que también, y como no podía ser menos, las había supeditado en el terreno político. Desde tiempo atrás, las antiguas burguesías nacionales no existen como fuerza política independiente, por lo que sus objetivos no podían ser diferentes de los objetivos de la oligarquía: seguir manteniendo la explotación de los obreros y defender su sistema frente al peligro de revolución.

Esta situación se venía gestando desde los tiempos de la II República, cuando el triunfo de las fuerzas populares en las elecciones del 16 de febrero demostró que el proletariado tenía ya suficiente fuerza para conducir el proceso democrático-revolucionario y hacerlo avanzar hacia el socialismo. Esto explica la complacencia —cuando no el apoyo más o menos encubierto— de la burguesía nacionalista al golpe y la victoria militar fascista; para esta burguesía era un mal menor la pérdida de los Estatutos y otras prerrogativas logradas durante la República, frente a la posibilidad de perderlo todo si las fuerzas populares llegaran a ganar la guerra. Durante los cuarenta años que duró la etapa franquista del régimen actual, los nacionalistas burgueses no alzaron su voz contra los crímenes del fascismo, para denunciar la miseria en que vivían los trabajadores o la represión de los derechos de los pueblos de las nacionalidades. Salvo los nuevos movimientos surgidos de la mano de la pequeña burguesía a que ya hemos hecho referencia, nada había quedado del nacionalismo *tradicional*.

73

Sin embargo, a partir de los años 70 vuelven a aparecer, de la noche a la mañana, los PNV, ERC, UPG, etc. ¿Era el resurgir de las viejas burguesías nacionalistas? ¿Estaban *dormidos* estos partidos en espera de tiempos mejores? No, ni mucho menos. Las burguesías

periféricas siempre habían estado ahí, medrando a la sombra del Estado; algo disminuidas en sus intereses, es cierto, pero beneficiándose también del desarrollo económico realizado en base a la superexplotación de los obreros.

Lo que ocurre ahora es que todos se han apresurado a acudir en ayuda de ese mismo Estado, cuando pasaba por unos momentos particularmente difíciles, esperando sacar de ello alguna que otra tajada. Todos esos grupos políticos burgueses que no habían movido ni un solo dedo (aunque sólo fuera para denunciar los atropellos cometidos por el régimen contra los derechos de *su* nación), se apresuraron a sacar a la luz las apolilladas momias del nacionalismo —algunas de ellas haciéndolas venir del exilio como Leizaola o Tarradellas, el *honorable*—, resucitando viejas y gastadas consignas al objeto de apoyar, desde sus respectivas parcelas, el proyecto de *Reforma Política* destinado a sustituir las viejas formas de dominación fascista por lo que han denominado, sin empacho, el *Estado de las autonomías*.

Con la aprobación de los actuales estatutos, que han venido a consagrar la Constitución monárquico-fascista, estos partidos pretendidamente nacionalistas se han puesto definitivamente, por si quedaba alguna duda al respecto, del lado del poder central, y han dado por bueno el peregrino argumento según el cual la opresión nacional ha dejado prácticamente de existir en España; consiguientemente, la lucha por los derechos nacionales habría perdido su razón de ser, no quedando ya más cosa que hacer que dedicarse a chalanear para aumentar las asignaciones económicas o para acaparar el mayor número de puestos burocráticos posibles en el ejercicio de no se sabe todavía qué tipo ni qué número de competencias. Lo que sí está claro, ya desde el principio, es que tales competencias serán las que el gobierno de Madrid tenga a bien conceder para conservar intacta la sacrosanta *unidad de la patria*.

Ni siquiera se les ha pasado por la cabeza a esas llamadas burguesías nacionales aprovechar la coyuntura política, en que el régimen se hallaba notablemente dividido y debilitado, para tratar de arrancarle algunas reformas reales (tal como hizo en diversas ocasiones en otro tiempo). La burguesía es muy consciente de sus limitaciones y de los riesgos que comporta una actuación de este tipo en los momentos históricos actuales; sabe que ya pasó la época en que podía plantearse un desarrollo autónomo y disputar a la oligarquía la hegemonía política del Estado. Hoy es una clase en plena dependencia, que tiene que defenderse, antes que nada, contra lo que representa para ella el mayor peligro: el proletariado;

y para eso necesita, más que nunca, de ese mismo Estado que manejan los grandes monopolios. Por este mismo motivo se ve también en la necesidad de defenderlo y no plantearle excesivas exigencias. De manera que los actuales estatutos de autonomía no pueden tener más finalidad que reforzar el predominio de la oligarquía y hacer posible la aplicación en cada nacionalidad de cuantas medidas tome el poder para incrementar la explotación y la opresión de los trabajadores.

Apenas si hace falta decir que estos estatutos no tienen nada que ver con los que, durante la II República, fueron masivamente apoyados por las masas populares de Euskadi, Galicia y Catalunya, y como todo el mundo sabe han debido ser elaborados a espaldas del pueblo y bajo un permanente estado de guerra impuesto en todo el país; que ni en la forma ni en su contenido responden a las aspiraciones e intereses de las masas; que no están destinados a resolver ninguno de sus problemas más acuciantes (como el paro, la enseñanza, la vivienda, la represión, etc.). Con los actuales estatutos de autonomía se niega la identidad nacional de los pueblos vasco, catalán y gallego (así como la situación colonial de Canarias); se intenta degradar a estas comunidades históricas, diluyendo el hecho diferencial nacional en una amalgama de autonomías en la que Euskadi, Catalunya y Galicia aparecen como otras tantas regiones castellanas — como Aragón, Asturias, Andalucía, etc.-. Los actuales estatutos de autonomía restringen el uso del idioma y de la cultura nacionales, supeditándolos al idioma castellano y a la enseñanza oficial; se priva a las comunidades supuestamente autónomas de toda capacidad legislativa que rebase el marco de la mera descentralización administrativa. De este modo, los flamantes parlamentos que se han erigido en todas y cada una de las regiones, incluidos los parlamentos *nacionales*, no pasan de ser una copia de los anteriores Consejos de Empresarios y *Trabajadores* de la etapa franquista. Lo único que realmente ha cambiado (como en el caso de las Cortes) ha sido el nombre; todo lo demás sigue como antes, con algunas variaciones de detalle.

74

Pero la burguesía no puede impedir que la nación, la lengua, la cultura, los sentimientos patrióticos sigan vivos; no puede impedir que los problemas y lacras sociales se sigan agravando. Por eso no renuncia a utilizar los símbolos y una demagogia seudonacionalista para tratar de sembrar la confusión y fomentar la división entre los trabajadores, pretendiendo sustituir la unidad de clase en la lucha contra el Estado por la idea del *orgullo nacional* (*¡ somos una nación!*); y si en un principio, aplaudió las manifestaciones de carácter patriótico (Diada, Aberri Eguna, etc.), intentando orientarlas hacia

el apoyo de sus estatutos, pronto tuvo que plegar velas ante la actitud decidida de las masas que acabaron por no acudir a sus llamamientos, en unos casos, o para transformarlos, en otros, en auténticas jornadas de lucha contra la opresión nacional.

Como complemento de esta política demagógica, la burguesía se ha esforzado por crear artificiales problemas de opresión nacional allí donde, como en Andalucía, la única opresión que ha existido siempre ha sido la de los capitalistas y latifundistas. Pero no pasó mucho tiempo sin que se demostrara que todos estos montajes carecían de la más mínima base. Efectivamente, todos los esfuerzos que hizo el gobierno de la UCD desde las Cortes y a través de la prensa (creando, incluso, fantasmales partidos *nacionalistas*, como el PSA), se vinieron abajo estrepitosamente cuando trataron de atar al pueblo al carro de su política embaucadora y marrullera.

En este sentido, merece destacarse la experiencia del referéndum andaluz del 28 de febrero de 1980, donde como es sabido, pese a todas sus artimañas orientadas a llevar al pueblo a las urnas, sólo registraron un 55'7 por ciento de votos afirmativos (¡Y esto en pleno apogeo del *nacionalismo* andaluz!). Como las trampas del gobierno no surtieron los resultados esperados, esta primera votación tuvo que ser anulada. Luego se efectuó una segunda, la *buena*, Y en ésta los resultados fueron aún más desastrosos: no cosecharon más del 47'9 por ciento de sufragios favorables al proyecto de estatuto presentado por el gobierno, lo que provocó una crisis en su seno de la que ya no lograría reponerse.

Igual suerte corrieron los demás chanchullos electorales destinados a implantar los estatutos y llevar a los caciques a las flamantes poltronas de los *parlamentos* de Galicia, Euskadi, y Catalunya. Con un 53'1 por ciento de votos afirmativos obtenido en Euskadi (donde también fue rechazado por mayoría del pueblo, que se abstuvo de acudir a las urnas), un 52'3 por ciento en Catalunya y el 20'8 por ciento en Galicia (donde la abstención fue casi absoluta), la burguesía dio por concluido el trámite que, según ellos, colmaba las aspiraciones de libertades de estas nacionalidades.

75

En otras condiciones históricas, la lucha por la consecución de los Estatutos de Autonomía despertó el interés y el entusiasmo de las masas. Era una época en que dichos Estatutos fueron elaborados sobre una base democrática (aunque todavía limitada), y contemplaban los intereses más inmediatos del pueblo de las nacionalidades frente al poder de las clases feudales reaccionarias. Por tanto, suponían un progreso indudable y venían a ser un importante paso adelante en la vía de la total solución de este

importante problema. Ahora, en cambio, propugnar la lucha por unos estatutos de autonomía, desligando esta cuestión del problema general de la lucha contra el Estado capitalista y de la conquista del derecho de los pueblos a su autodeterminación, es una mofa que sólo puede servir a los intereses de la clase explotadora que domina en España.

Pero, como acabamos de comprobar, las masas populares, con la clase obrera al frente, no han mordido el anzuelo, y esto le deja las manos libres para reemprender con más fuerza que antes el combate por la verdadera libertad.

5.4 El principio del derecho a la autodeterminación

Los comunistas sostenemos que el reconocimiento de la existencia de tres nacionalidades oprimidas en España, supone también el reconocimiento de su legítimo derecho a elegir su propio destino, el reconocimiento del derecho a su autodeterminación. Esta es la única base sobre la que se podrá resolver el problema nacional en nuestro país.

Ahora bien, ¿qué entendemos nosotros por *derecho a la autodeterminación*? Detengámonos en este punto, pues no faltan interpretaciones de este principio revolucionario adobadas para todos los gustos. La más extendida de todas —y también la más torcida— es la que lo entiende, sin más, como la separación, la independencia; ni que decir tiene que esta es una interpretación unilateral de dicho principio que no podemos compartir.

Dejemos que sea Lenin —que como se sabe es quien más se ha ocupado de este problema—, el que nos ayude a aclarar un poco las ideas a este respecto:

> *El derecho de autodeterminación de las naciones significa exclusivamente el derecho a la independencia en el sentido político y a la libre separación política de la nación opresora. Concretamente, esta reivindicación de la democracia política significa la plena libertad de agitación en pro de la separación y de que ésta sea decidida por medio de un referéndum de la nación que desea separarse. Por tanto, esta reivindicación no equivale en absoluto a la separación, fraccionamiento y formación de Estados pequeños. No es más que una expresión*

consecuente de la lucha contra toda opresión nacional[29].

El derecho a la autodeterminación significa, pues, el derecho de los pueblos de Catalunya, Euskadi y Galicia a expresar libremente su voluntad como nación para elegir sus destinos, hasta llegar a la separación, si así lo deciden, para formar un Estado aparte; significa también plena libertad de agitación a favor de esa separación. Sin estas dos condiciones no puede hablarse seriamente de libertad de elección ni de democracia política. Pero reparemos en un *pequeño detalle* que suele pasar inadvertido con harta sospechosa frecuencia: es el que se refiere al referéndum mediante el cual los pueblos de las nacionalidades han de expresar su voluntad. Digamos de paso que un referéndum para decidir una cuestión de esta naturaleza es impensable que se pueda realizar en España mientras exista el actual sistema capitalista.

76 Ahora bien, una vez garantizados los derechos políticos y la libertad plena de elección (únicamente el régimen socialista puede garantizarlo), la cuestión que se plantea es la siguiente: ¿En nombre de qué principio se puede impedir, aunque sólo sea a un sector minoritario de la población, manifestarse a favor de la unión? Por eso afirma Lenin que la reivindicación de la democracia política —que es al fin y al cabo de la que se trata— *no equivale en absoluto a la separación... no es más que una expresión consecuente de la lucha contra toda opresión*. Por consiguiente, el derecho a la autodeterminación no es sólo y exclusivamente —como lo interpretan los nacionalistas pequeñoburgueses— la separación, sino que implica también la unión y la libertad de agitación en pro de esa unión.

Tal es nuestro concepto del derecho de los pueblos a la autodeterminación que, como se ha podido comprobar, no tiene nada que ver con la *autonomía*, la *federación* o alguna otra fórmula, como la misma *independencia*, que suponga una imposición.

> *El derecho a la autodeterminación* —dice Lenin— *significa la existencia de tal régimen democrático en el que no sólo haya democracia en general, sino también en el que no pueda darse solución no democrática al problema de la separación*[30]. Y este régimen, apenas hace falta decirlo, no puede ser otro que el régimen socialista.

---

[29] Lenin: *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*.
[30] Lenin: *Acerca del programa nacional del POSDR*.

De ahí que el PCE(r), al mismo tiempo que apoya la lucha por el derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos por el Estado imperialista español, muestra su desacuerdo con los que propugnan la separación, y llama a los obreros de todas las nacionalidades a unirse a fin de derribar el Estado monopolista e implantar el socialismo en España como única solución al problema nacional.

Llegado ese momento, serán los pueblos los que decidan libre y democráticamente su destino como nación: la separación o la unión. Ni que decir tiene que ésta última habría de realizarse en pie de absoluta igualdad económica, política y cultural, sin que ninguna nación sobresalga o trate de imponerse a las otras.

No es misión del Partido de la clase obrera decidir ahora, y por sí mismo, cuál de estas dos posibles soluciones es la mejor. Eso dependerá de muchos factores y, en todo caso, serán los pueblos —y sólo ellos— quienes lo decidan. Nuestro deber en estos momentos consiste en defender consecuentemente este principio e impedir que la clase obrera —la única clase de nuestra sociedad que puede asegurar el ejercicio de ese derecho, así como la consecución de los demás objetivos de la revolución— sea fraccionada o imposibilitada de actuar unida.

77

Por todas estas razones nos oponemos resueltamente a la consigna de la independencia, ya que sostenerla supondría en estos momentos hacerle el juego a la burguesía —a la propia y a la de todo el Estado-; nos llevaría a dividir al proletariado según su nacionalidad, a crear varios centros dirigentes, varios partidos comunistas y varios focos de lucha independientes y desvinculados unos de otros. Así facilitaríamos la labor del fascismo, que podría concentrar sus fuerzas donde más le conviniera en cada momento e iría aplastando la resistencia por partes, nación a nación.

Este sería, en suma, el camino más corto para llevar la revolución a la derrota y no conseguir ninguno de los objetivos marcados: no se podría derrocar al Estado, ni conseguir el derecho a la autodeterminación ni, por ende, acceder a la independencia ni a ese *socialismo* a que hacen mención los nacionalistas para adornar sus proclamas.

Estos nacionalistas subordinan la lucha por el socialismo al logro de la independencia nacional y, consecuentes con este planteamiento, desligan el movimiento nacional del proceso revolucionario que se viene dando en el conjunto de España. Esta política no puede responder más que a los intereses de la pequeña burguesía que trata

así de defenderlos ante el riesgo inminente de su desaparición como clase. Esta no puede ser la política del proletariado, ya que sólo puede crear su aislamiento y hacer fracasar su propio movimiento. Y si ETA (por poner el ejemplo más conocido de materialización de aquella política) ha logrado durante un tiempo, aglutinar a su alrededor a un sector de la clase obrera vasca y jugar, en cierto modo, el papel de vanguardia del movimiento popular revolucionario en Euskadi, esto ha podido hacerlo por la coincidencia de dos factores: primero, por la eficacia probada del método de lucha que viene practicando (la lucha armada de resistencia); y en segundo lugar, por la ausencia durante muchos años de un auténtico partido marxista-leninista que lograra encabezar de una manera consecuente la lucha del proletariado y el pueblo vasco contra todo tipo de explotación y opresión, tanto social como nacional.

Ahora bien, la aparición de una nueva vanguardia de la clase obrera, la reconstrucción del Partido Comunista, fiel intérprete de los intereses inmediatos y futuros del proletariado y de las más amplias masas del pueblo, y la actividad consecuente que viene realizando, ha contribuido a poner al nacionalismo radical, pequeño-burgués, en la encrucijada: o bien tomar el camino de la lucha por el socialismo, de la revolución proletaria, adquiriendo así un carácter internacionalista; o bien proseguir por el estrecho camino del nacionalismo, lo que no puede conducirle más que a acentuar cada vez más su carácter de clase burgués y llevarle finalmente al fracaso y a la disgregación.

En cuanto a la posibilidad de ganar para la causa socialista a algunos de esos sectores que hoy se movilizan sobre la base de las consignas independentistas, hemos de decir que ésta no depende solamente —ni siquiera principalmente— de la posición que adopte el Partido ante esa consigna. Es más, estamos convencidos de que si existe realmente alguna consigna justa que permita al Partido ganar influencia en las nacionalidades, esa es la consigna del derecho a la autodeterminación. El proletariado no puede estar interesado en la separación más que en el caso hipotético (inadmisible desde todo punto de vista para nosotros) de que no se le permitiera acceder a todos sus derechos —y no sólo nacionales-. Ahora bien, la pequeña burguesía (como la media y la grande), siempre procurará influir en el proletariado, distraerlo de sus verdaderos objetivos; tratará de impedir que se una a sus hermanos de clase de las otras nacionalidades, y todo eso, como se comprenderá, no se puede evitar haciéndole concesiones en cuestiones de principios.

Por lo demás, tal como hemos demostrado, nosotros no nos oponemos a la separación, a la independencia de las naciones, y, como en el caso de Canarias, estamos decididos a apoyarla sin ningún tipo de reservas desde ahora mismo. No creemos, pues, que ninguna persona seria pueda acusarnos de chovinismo (o lo que es lo mismo, de *españolismo*, según la expresión acuñada por los nacionalistas burgueses). Nosotros lo que mantenemos es que hoy día la tarea más importante de todo revolucionario, lo que verdaderamente interesa al proletariado es acumular fuerzas suficientes, dotarse de una dirección única y esclarecida y adoptar los justos métodos de lucha que conduzcan al derrocamiento del Estado capitalista. Por eso nos oponemos a la consigna de la independencia, ya que esta consigna confunde y divide al proletariado, impide su actuación conjunta y lo aparta de sus verdaderos objetivos históricos.

Pretender enfrentarse a un Estado como el actual, armado hasta los dientes, fuertemente centralizado y con una larga experiencia en la represión del movimiento revolucionario; pretender derrocar a este Estado y lograr la independencia desde una estrategia localista, de aislamiento nacional, sin contar con la fuerza del proletariado del resto de las naciones —muchos de ellos emigrantes en Euskadi o Catalunya—, ése es un objetivo prácticamente imposible de lograr o, por lo menos, muy improbable. A lo máximo que podríamos llegar de seguir esa estrategia, como se está demostrando, es a una situación de *ulsterización*, a mantener un foco permanente de rebelión que llegado un momento, puede ser aislado fácilmente por la reacción.

Nuestra estrategia se orienta hacia el logro de la revolución socialista, hacia el derrocamiento del Estado, empeñándonos para ello en la tarea de lograr la unidad de todos los revolucionarios en un Partido Único que haga posible la organización y la lucha común de todos los obreros y los pueblos de las distintas nacionalidades, sin lo cual no será posible dar solución a ningún problema en España.

Luchar por los derechos nacionales sin más —incluso por la independencia— tenía algún sentido en la época ascensional de la burguesía o en una situación colonial donde exista una burguesía nacional con amplias perspectivas de desarrollo. Hoy día, cuando el capitalismo ha alcanzado en España la última fase de su desarrollo, unificando a las burguesías de las distintas nacionalidades y llevando a la máxima agudización sus contradicciones con el proletariado, sólo éste está en condiciones de encabezar y dirigir la

lucha nacional, y lo hará, qué duda cabe, sólo que supeditándola a la revolución social. Por tanto, excepto en la colonia de Canarias, no existe en la actualidad en ninguna nacionalidad de España una burguesía democrática o nacional que esté realmente interesada en un cambio profundo y radical de la sociedad, ya que este cambio únicamente puede venir con su propio derrocamiento.

Debemos dedicar unas palabras al caso particular de la colonia africana de Canarias, a la que ya hemos hecho referencia indirecta con anterioridad.

Nosotros consideramos que el problema colonial no escapa a lo que hemos dicho hasta ahora respecto al problema nacional —aunque presente ciertas peculiaridades-. Una colonia es, en esencia, una nación oprimida de un modo especial y, por tanto, también en este caso es aplicable lo que venimos sosteniendo para todas las naciones oprimidas: el derecho a la autodeterminación.

79

Sin embargo, son precisamente esas peculiaridades y esa opresión especial (que alejan a Canarias del objeto de nuestro estudio), las que le distinguen de las demás nacionalidades donde domina el Estado español. El Archipiélago Canario es un territorio africano que fue conquistado en el siglo XV por la monarquía castellana. Tras el sometimiento a sangre y fuego de la población aborigen, fueron suprimidos muchos rasgos étnicos, culturales y sociales de la población guanche y sustituidos por los castellanos.

Desde la época de su conquista, las islas del Archipiélago Canario han tenido, además, una importancia estratégica de primer orden para la política imperialista del Estado español. Las Canarias son un punto de engarce entre Europa, África y América; de ahí su actual valor estratégico para el imperialismo, que trata de convertirlas en trampolín y base de apoyo desde la que agredir a los países de la zona.

Económicamente, la vida del Archipiélago se inscribe en un marco netamente colonial; si excluimos los hoteles (por lo demás en manos extranjeras), en las Islas no existe prácticamente industria, mientras la producción agrícola, basada en el monocultivo (tomate, plátano), es destinada casi íntegramente a la metrópoli. La rica plataforma pesquera Canario-Sahariana ha sido prácticamente esquilmada por las grandes flotas de altura españolas y de otros países. Los terratenientes y aguatenientes, herederos y descendientes de los antiguos conquistadores, mantienen al proletariado agrícola y al pequeño campesino en la incultura y miseria. El paro alcanza allí cotas tercermundistas.

El hecho de que nos encontremos actualmente con una burguesía nacional muy débil es debido a la escasa industrialización, al expolio a que han sido sometidas las Islas y sus pobladores durante siglos, y, no en menor medida, al fenómeno de la emigración provocada por este estado de cosas; los isleños suelen decir que a sus hombres más emprendedores hay que ir a buscarlos a Venezuela, y no les falta razón. Esta debilidad de la burguesía canaria quizás explique también el escaso desarrollo que ha tenido en las Islas el movimiento de liberación. Aun así, existe una burguesía, dedicada a la pesca, al comercio, la industria tabaquera y la construcción, que se encuentra totalmente limitada en su expansión por los monopolios.

Las Islas Canarias son, pues, una colonia africana —el último resto del imperio colonial español, junto a Ceuta y Melilla—, cuyo sometimiento a la metrópoli es garantizado por la presencia permanente de la policía y los militares españoles, especialmente las tropas de élite coloniales: la legión. Son constantes los enfrentamientos que se producen entre los mercenarios de la legión y la población canaria, quienes ven en ellos el instrumento de la opresión a que están sometidas las Islas por parte de los *godos*.

En resumen, Canarias es una colonia (hecho que también se pone de manifiesto en el tipo de relaciones que su pueblo ha mantenido con los peninsulares), por lo que el principio de autodeterminación no puede ser allí aplicado en la misma forma que en las nacionalidades.

Lenin distinguía tres tipos de países a la hora de hablar del derecho a la autodeterminación, y decía refiriéndose a los países coloniales no europeos:

80

> *En ellos los movimientos democrático-burgueses en parte acaban de empezar, en parte están lejos de haber terminado. Los socialistas no deben limitarse a exigir la inmediata liberación absoluta, sin rescate, de las colonias, reivindicación que, en su expresión política, significa precisamente el reconocimiento del derecho a la autodeterminación; los socialistas deben apoyar con la mayor decisión a los elementos más revolucionarios de los movimientos de liberación nacional democrático-burgués en dichos países y ayudar a su insurrección —y, llegado el caso, a su guerra revolucionaria— contra las potencias imperialistas que les oprimen*[31].

Así pues, el proletariado revolucionario de España debe defender

[31] Lenin: *Balance de la discusión sobre la autodeterminación*.

sin vacilaciones y en todo momento el legítimo derecho del pueblo canario a su independencia nacional y apoyar con todos los medios a su alcance a las organizaciones revolucionarias canarias que luchan consecuentemente por la independencia.

5.5 El Partido Comunista y sus tareas generales más inmediatas

Dadas las agudas contradicciones que genera el régimen capitalista en proceso de descomposición, es inevitable que se produzcan protestas y luchas, algunas de gran virulencia, y focos de permanente tensión entre las más diversas capas de la población, las cuales difieren en sus objetivos últimos y, conforme a los mismos, en sus formas y métodos de actuación y organización. Estas diferencias —por otra parte inevitables en todo proceso revolucionario— se hacen más acusadas en algunas de las naciones donde domina el Estado español, según sea el peso que tenga dentro de ellas la clase obrera, sus tradiciones revolucionarias, su grado de organización, etc. Estas diferencias hacen aparecer también una corriente ideológica que tiende a considerar la lucha por la salvación de su patria como algo esencialmente distinto o desligado de la lucha general que se desarrolla en todo el país, fomentando, consecuentemente con ello, la creación de organizaciones interclasistas e incluso partidos pretendidamente marxistas con una clara orientación nacionalista, es decir, desvinculados del resto del proletariado de España.

Frente a esta tendencia, el PCE(r) hace tiempo que adoptó la decisión de trabajar sin descanso para forjar la unidad de los revolucionarios de las distintas nacionalidades en un Partido Único, verdaderamente marxista-leninista, capaz de unir a la clase obrera y de forjar una alianza de todas las fuerzas que se hallan enfrentadas al fascismo y al monopolismo; el PCE(r) persigue de esta forma crear un amplio movimiento popular de resistencia, bajo la hegemonía de la clase obrera, dotándolo de un único y efectivo estado mayor. Esto no excluye que puedan existir varias organizaciones y que cada una de ella posea su propia dirección. Nosotros no pretendemos tener en exclusiva la dirección del movimiento popular, ni nuestro Partido puede representar otros intereses que no sean los de la clase obrera. Precisamente, es en aras de esos intereses por lo que nos negamos a aceptar que puedan existir distintos partidos comunistas con distintos objetivos y

distintos programas.

En cuanto al funcionamiento orgánico, el Partido Comunista, asentado firmemente en el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, adopta el principio de organización y funcionamiento del centralismo democrático. Esto quiere decir que el Partido Comunista es una organización centralizada, que sólo admite un centro dirigente (el Comité Central) al cual se subordinan todos los militantes y las organizaciones que lo componen. Todo lo cual exige, a su vez, la adopción de procedimientos democráticos en la discusión y en la adopción de decisiones, en el control de los dirigentes sobre la base y de ésta sobre los dirigentes, etc. La aplicación del centralismo democrático garantiza, junto a la más amplia libertad de discusión, la unidad de acción necesaria para enfrentar a la reacción que permanece siempre unida y armada hasta los dientes.

81

La pequeña burguesía no puede ver con buenos ojos la existencia de un Partido Comunista de este tipo, fuerte y unido, y que conduzca al proletariado y a los distintos pueblos de las nacionalidades a la lucha más resuelta contra el capitalismo, por la supresión de la explotación y por las demandas nacionales. Por esta razón ataca constantemente y boicotea de mil formas todos los esfuerzos que venimos haciendo encaminados a lograr la unidad, anteponiendo los objetivos nacionalistas a la lucha de clases y pretendiendo de esta forma escindir al proletariado según su nacionalidad.

Esta influencia de la ideología nacionalista pequeño-burguesa se deja sentir incluso en las filas de la clase obrera, y en ocasiones hace aparecer dentro del propio Partido a elementos que propugnan una u otra forma de estructura orgánica y de funcionamiento distinta del centralismo democrático. Entre esas proposiciones destaca la estructura federal que, de ser adoptada, llevaría en poco tiempo a la liquidación del Partido como vanguardia de la clase obrera; llevaría a destruir la organización monolítica necesaria del Partido. Estas proposiciones no son algo nuevo en la historia del movimiento obrero revolucionario. Ya Lenin tuvo que luchar contra los nacionalistas de su país para poder formar el Partido Bolchevique; y aquí, en España, también surgieron estas tendencias en el curso de la formación del Partido Comunista que encabezó José Díaz.

La división del Partido en federaciones conduciría a organizar a los obreros bajo el principio de su nacionalidad, es decir, de lo que diferencia a unos de otros, y no en base a lo que les une como clase, a lo que les lleva a luchar contra el enemigo común.

> *De este modo* —explica Stalin en uno de sus numerosos trabajos dedicados a este problema— *en lugar de derribar las barreras nacionales, nosotros, por obra y gracia de los federalistas, las reforzamos aún más con barreras de organización, en lugar de impulsar adelante la conciencia de clase del proletariado, la haremos retroceder y les someteremos a pruebas peligrosas*[32].

Crear un Partido Comunista *federado*, escindir a la clase obrera según su nacionalidad, equivale a dar el primer paso hacia la liquidación del Partido y a sofocar la lucha de clases, convirtiendo a la *patria* en el terreno donde confluyen los intereses del proletariado y de la burguesía.

En sus más de ocho años de existencia, el PCE(r) ha venido aplicando consecuentemente los principios del internacionalismo y del centralismo democrático dentro de su organización, y ha realizado su trabajo político entre la clase obrera de toda España combatiendo cualquier intento de fragmentar el Partido o escindir a los obreros. Es desde estas posiciones como viene impulsando la lucha contra la burguesía. Fue, precisamente, la fusión de dos grupos marxistas-leninistas (Organización Obreira y OMLE) y la creación de núcleos comunistas en Euskadi y Catalunya lo que sentó las bases orgánicas para la celebración del Congreso Reconstitutivo del Partido. En el futuro, el Partido seguirá desarrollándose sobre estas mismas bases y ninguna corriente ideológica pequeño-burguesa, por muy bien que se quiera camuflar con los ropajes del marxismo, del leninismo o del maoísmo, podrá apartarnos de este camino.

82

Decía Stalin, al atacar al federalismo en la organización del Partido proletario:

> *Sabemos a qué conduce la separación de los obreros por nacionalidades: la desintegración del partido obrero único, la división de los sindicatos por nacionalidades, la exacerbación de las fricciones nacionales, rompehuelgas nacionales, completa desmoralización dentro de las filas de la socialdemocracia: he ahí los frutos del federalismo en el terreno de la organización*[33].

La clase obrera de España viene padeciendo, desde hace tiempo, esa misma situación descrita más arriba, de la que únicamente se

---

[32] José Stalin: *Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional*.
[33] José Stalin: *El marxismo y el problema nacional*.

beneficia la burguesía. Combatir esa tendencia a la dispersión, a la atomización de la clase obrera, a la confusión de objetivos y a la consiguiente desmoralización que crea, es una de las tareas más importantes que tenemos que acometer en este momento sin vacilar.

El PCE(r) elabora su línea política y su programa teniendo en cuenta las condiciones generales de nuestro país y los problemas más importantes que origina la existencia del capitalismo. Abordar los problemas que padecen las masas obreras y populares, buscar las mejores soluciones para ellos conjuntamente con las masas, y luchar en primera fila para resolverlos, es lo que va a permitir al Partido ligarse estrechamente a los trabajadores, desarrollarse y encabezar finalmente el movimiento de resistencia popular en todas partes.

Del cúmulo de tareas que tiene hoy ante sí, el Partido destaca y pone en primer lugar aquéllas que guardan relación directa con las necesidades inmediatas y los objetivos políticos del movimiento obrero y popular en su conjunto: boicot y denuncia de las maniobras políticas del régimen, apoyo a la lucha de las amplias masas por las consecución de mejoras económicas y sociales, apoyo a las organizaciones guerrilleras, exigencia de retirada inmediata de España de la OTAN; para que sean derogadas las leyes terroristas del régimen, para que sean liberados los presos políticos antifascistas y patriotas y se establezcan las libertades políticas y sindicales plenas, etc. Sobre la base del cumplimiento de estos objetivos, el Partido desarrolla su labor entre todos los sectores de la población (campesinos, estudiantes, mujeres trabajadoras, patriotas...) fomentando la creación de organizaciones unitarias y democráticas entre todos ellos y animándolos a proseguir la lucha de la manera más resuelta. Además, el Partido no pierde de vista ni por un momento la agravación de la crisis internacional y la amenaza de agresión imperialista que pende sobre las cabezas de todos los pueblos del mundo, y apoya las justas propuestas de los países del campo socialista tendentes a relajar la tensión y en apoyo a los movimientos de liberación de las naciones y pueblos oprimidos.

Queda claro, pues, que la dirección del Partido toma en consideración el conjunto de los problemas que afectan hoy día a las masas y que rebasan, con mucho, el estrecho marco de las reivindicaciones meramente nacionalistas.

83

En relación al movimiento nacional popular, el PCE(r) no realiza su actividad de forma igual y esquemática; ante todo tenemos en

cuenta las diferencias que existen en una nacionalidad respecto a otra.

Los comunistas de la nación opresora deben llevar a cabo una labor de propaganda del hecho diferenciador de los distintos pueblos que integran el Estado y de la existencia de la opresión nacional; deben desarrollar un trabajo constante de educación internacionalista de las masas basada en el respeto a las diferencias nacionales así como en su derecho a elegir libremente sus propios destinos como nación, su derecho a separarse, a constituirse en Estados independientes. Por su parte, los comunistas de las naciones oprimidas han de partir también de las posiciones de clase internacionalistas de los intereses del proletariado en su conjunto, y dejar bien sentado en su labor de propaganda y agitación que sólo una vez derrocado el Estado y a través de la revolución socialista es como se podrá hacer efectivo el ejercicio del derecho a la autodeterminación, abogando por la unión más estrecha y fraternal del proletariado de todas las nacionalidades en la lucha contra el enemigo común (la burguesía y su Estado), y por la creación de un Partido Comunista único. Además, llegado el momento, deben defender con firmeza y hacer campaña por la unión voluntaria y en pie de absoluta igualdad de su pueblo con los otros pueblos de España.

Esta doble actividad de los comunistas, única forma de integrar en una misma lucha los deberes internacionalistas del proletariado con las reivindicaciones del movimiento nacional popular, se manifiesta igualmente en la labor que realizan las distintas organizaciones nacionales del Partido. Estas aplican la política y las resoluciones aprobadas en los Congresos, y están sujetas a la misma disciplina. Ahora bien, los Comités Nacionales poseen algunas atribuciones —como convocar Conferencias Nacionales y mantener una representación permanente en el Comité Central— que no son necesarias a las otras organizaciones del Partido, y además gozan de una amplia autonomía para aplicar la línea política de acuerdo con las peculiaridades concretas de su nacionalidad.

Ni qué decir tiene que las organizaciones nacionales del Partido proletario están obligadas a estudiar los problemas específicos de su nación, buscarles soluciones de acuerdo con los intereses del proletariado y de las amplias masas trabajadoras y denunciar constantemente el nacionalismo y la ideología reaccionaria burguesa en todas las formas que ésta presente. Particularmente, las organizaciones del Partido de las nacionalidades deben prestar mucha atención a las maniobras políticas del régimen encaminadas a imponer por la fuerza sus actuales estatutos de autonomía. En la

realización de todas estas actividades, los comunistas de las nacionalidades han de procurar establecer justas relaciones con todas aquellas organizaciones nacionalistas que luchan consecuentemente contra el monopolismo y por la liberación nacional.

Las organizaciones del Partido de las nacionalidades también tienen la obligación de abordar de forma sistemática aquellas tareas derivadas de la existencia de una lengua y una cultura propias. En este sentido, es absolutamente necesario editar (en la medida de lo posible) la propaganda en bilingüe, respetando así también los derechos de los obreros inmigrados a recibir la propaganda comunista en su propia lengua; es decir, los comunistas han de tener presente en todo momento que en cada nación hay dos naciones, dos culturas, dos clases: la burguesa y la proletaria, y que, por tanto, su deber consiste en defender y desarrollar la cultura democrática popular en todas sus formas.

84

No menos importante es la labor que tienen que realizar los comunistas de las nacionalidades oprimidas entre los obreros encaminada a resaltar el hecho de que el proletariado de la nación opresora es igualmente explotado y oprimido por la misma clase capitalista y por el mismo Estado que les explota y oprime a ellos (lo mismo a los obreros de SEAT de Barcelona, a los de Altos Hornos de Vizcaya, a los de Astilleros Astano de Ferrol, como a los obreros de Chrysler de Madrid, etc.).

Es preciso, pues, que todas las organizaciones del Partido encabecen las diversas manifestaciones de la lucha de las clases integrándolas en un solo movimiento orientado a la destrucción del sistema capitalista, la realización del socialismo y la liberación nacional.

La clase obrera no tienen ningún interés económico y egoísta que defender que la lleve a desear un mercado propio, exclusivo; por consiguiente no tiene tampoco interés alguno en explotar ni oprimir a ningún pueblo. Además, el proletariado está interesado en el derrumbamiento de las barreras nacionales, en la libre unión de todos los pueblos para marchar juntos a la meta del comunismo, ya que, como dijeron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*:

> *El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponde.*

> *El dominio del proletariado los hará desaparecer más deprisa todavía. La acción común, al menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.*
>
> *En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.*
>
> *Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.*

He ahí, brevemente expuestos, los motivos que mueven a los comunistas y sus objetivos últimos en el terreno de la lucha nacional.

6. Bibliografía

— Ambou, Juan: *Los comunistas en la resistencia nacional republicana*, Ed. Hispamarca.

— Balcells, Albert, y otros: *Historia dels Països Catalans*, Ed. Edhesa.

— Barbero, M. y Vigil, A.: *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Ed. Ariel. — Barbero, M. y Vigil, A.: *El feudalismo en la Península Ibérica*, Ed. Crítica.

— Barrenechea, Eduardo: *Objetivo: Canarias*, Ed. Dopesa.

— Campos, A.: *Guatemala: Un pueblo en lucha*, Ed. Revolución.

— Castelao, A.: *Sempre en Galiza*, Ed. Akal.

— Comorera, Joan: *Socialisme i qüestió nacional,* Ed. Undarius.

— Concepción, José L.: *Los guanches,* Ed. Tenerife, 1982.

— Corcuera Atienza, Javier: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco*, Ed. Siglo XXI.

— Díaz, José: *Tres años de lucha*, Ed. Ebro.

— Egin: *Euskadi (1977-1982)*.

— Elorza, Antonio y otros: *Estudios de Historia Contemporánea del País Vasco*, Ed. Haramburu.

— Extramiana, José: *Historia de las guerras carlistas*, Ed. Haramburu.

— Freixanes, Víctor F.: *Memoria dun fuxido, 1936*, Ed. Xerais de Galicia.

— González Portilla, Manuel: *La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco (1876-1913),* (Vols. I y II), Ed. Haramburu.

— Ibarruri, Dolores y otros: *Guerra y revolución en España (1936-1939)*, Ed. Progreso.

— Lenin: *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*, Ed. Progreso. — Lenin: *Sobre el internacionalismo proletario*, Ed. Akal.

— López Adán, 'Beltza': *El nacionalismo vasco, 1876-1936*, Ed. Txertoa.

— Marx y Engels: *El Manifiesto Comunista*.

— Marx y Engels: *La Revolución en España*, Ed. Progreso.

— Morán, Gregorio: *Los españoles que dejaron de serio*, Ed. Planeta.

— Núñez, Luis C.: *Clases sociales en Euskadi,* Ed. Txertoa.

— Ortzi: *Los vascos, ayer, hoy y mañana*, Editions Mugalde.

— Pérez, Joseph: *La Revolución de las Comunidades de Castilla*, Ed. Siglo XXI.

— Pi i Margall, F.: *Las nacionalidades*, Ed. Cuadernos para el Diálogo.

— Prat de la Riba, Enric: *La nacionalitat catalana*, Edicions 62.

— Reglá, Joan: *Historia de Catalunya,* Ed. Alianza.

— Solé Turá, Jordi: *Catalanismo y revolución burguesa*, Ed. Cuadernos para el Diálogo.

— Stalin, J.: *El marxismo y el problema nacional,* Ed. Cepe.

— Stalin, J.: *La cuestión nacional*, Obras Escogidas, Vol. III, Ed. E. Escolar.

— Tamames, Ramón: *Introducción a la economía española*, Ed. Alianza.

— Tuñón de Lara, M.: *Historia de España*, Vol. X, Ed. Labor.

— Tuñón de Lara, M.: *El movimiento obrero en la historia de España*, Ed. Taurus. — Varios: *Historia de Galicia*, ANPG, Coruña, 1980.

— Vicens Vives: *Aproximación a la historia de España*, Salvat-RTV

— Vilar, Pierre: *Historia de España*, Ed. Grijalbo.

— Vilar, Pierre: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Ed. Grijalbo.

— Villares, R. y otros: *Historia de Galiza*, Ed. Alhambra.

PCE(r)